

Concierto para Instrumentos Desafinados

Juan Antonio Vallejo-Nágera

Con la colección FÁBULA, Editorial Planeta se ha propuesto ofrecer al público los títulos más representativos, dentro del campo narrativo, de aquellos escritores que, frente al inmovilismo mental al uso, ofrecen un ejemplo constante de imaginación creadora y anticonvencional.

COLECCION FÁBULA

Dirección: Rafael Borrás Betriu

Consejo de Redacción: María Teresa Arbó, Marcel Plans y Carlos Pujol

© Juan Antonio Vallejo-Nágera, 1980

Editorial Planeta, S. A., Córcega, 273-277, 08008 Barcelona (España)

Diseño colección y cubierta de Hans Romberg (realización de Jordi Royo)

Ilustración cubierta: detalle de .El oído., de Jan Brueghel, Museo del Prado (foto Oronoz)

Primera edición en Colección Fábula: noviembre de 1985

Segunda edición en Colección Fábula: diciembre de 1985

Tercera edición en Colección Fábula: febrero de 1986

Cuarta edición en Colección Fábula: setiembre de 1986

Quinta edición en Colección Fábula: mayo de 1987

Sexta edición en Colección Fábula: noviembre de 1987

Depósito legal: B. 40.775-1987

ISBN 84-320-4644-2

ISBN 84-7071-976-2 publicado anteriormente por Editorial Argos Vergara, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

Talleres Gráficos Duplex, S. A. Ciudad de la Asunción, 26-D, 08030 Barcelona

Ediciones en Editorial Argos Vergara:

1ª, noviembre de 1980

2ª, diciembre de 1980

3ª, diciembre de 1980

4ª, diciembre de 1980

5ª, febrero de 1981

6ª, abril de 1981

7ª, junio de 1981

8ª, julio de 1981

9ª, octubre de 1981

10ª, enero de 1983

11ª, setiembre de 1983

ÍNDICE

CONFIDENCIA AL LECTOR	5
1. Joyas en el basurero.....	6
2. El orinal de plata	9
3. El beso de Judas	13
4. El teniente de tranvías	26
5. El mango de paraguas.....	32
6. La fuga de los grandes capitales.....	38
7. El Eufrasio, desde el otro lado del espejo de sus pupilas.....	49
8. Amor en el crepúsculo	57

DEDICATORIA

***A mis enfermos del hospital. Dieron
dimensión y sentido a mi vida.***

***Aprendí de ellos muchas cosas que no
están en los libros, y que en homenaje a
su recuerdo voy a contar.***

CONFIDENCIA AL LECTOR

Lector amigo: La trama de este libro está tejida con fibras del alma de personas a las que he querido mucho. Posiblemente al cerrar las páginas, estas historias sigan dando vueltas en tu mente, como vienen haciéndolo en la mía desde hace tantos años.

Son viejas historias. Por obligada discreción he seleccionado acontecimientos ocurridos hace más de veinte años, cuyos desaparecidos protagonistas ya no pueden incomodarse con su publicación.

Ornamentados y disfrazados para construir los relatos, los hechos fundamentales son ciertos. En la consulta sigo recibiendo, casi a diario, lecciones similares. Es uno de los grandes atractivos de mi hermosa profesión.

Situada la acción en un antiguo hospital psiquiátrico para enfermos crónicos, que era un verdadero manicomio antes de su reforma, no he podido evitar que alguna de las escenas resulte penosa. No he buscado impresionar, sino ponerte alerta, dispuesto a ayudar si la ocasión cruza tu camino.

Entonces, el libro y su autor pensarán que la misión está cumplida.

JUAN ANTONIO VALLEJO-NÁGERA

Sotogrande, verano de 1980.

1. Joyas en el basurero

Higinio, viejo y noble amigo. Escucha:

El manicomio es el basurero en el que la sociedad arrincona a los que, como tú, parecen inservibles para siempre.

Buscando bien, sabiendo mirar, a veces se encuentran joyas en el basurero. Fuiste una de ellas.

Nunca pudiste sospechar la gran influencia que has tenido en mi vida. Llegaste al sanatorio poco después que yo, en un traslado desde otro hospital donde no pudieron curarte y te enviaban a uno de «crónicos». No les gusta llamarlo de «incurables».

¡Pobre Higinio! En las primeras semanas eras una «curiosidad clínica», que debía mostrar a los estudiantes de Medicina que acudían a hacer prácticas, por si no tenían posibilidad de estudiar otro caso similar.

Esa mirada tuya, transparente y limpia de hombre sin doblez e ilusionado, estaba fija, inexpresiva, vidriada como la de las figuras de los museos de cera. En realidad de personaje secundario del museo, sólo útil para completar la escena, pues representabas a un campesino zafio. Entre paleta de Gila o «isidro» de comedia de Arniches. Abarcas hechas con trozos de neumático desechado, el pantalón de pana sujeto con una soga, la camisa sin cuello. Sobre el tuyo, corto y ancho, la cabeza hirsuta. Dentadura mellada, cejas casi juntas, y la boina, Higinio, la boina desteñida color ala de mosca que no te quitabas ni para dormir.

¿Cómo podíamos sospechar que ese corpachón tosco, deformado por el duro trabajo inclemente desde la niñez, escondía tal tesoro de belleza interior? Ni siquiera hablabas, Higinio. Recuerda que había que vestirme, darte de comer, cucharada a cucharada, bocado a bocado... y tú masticando lentamente de forma mecánica, como una vaca, con expresión estupurosa y los ojos inmóviles. ¡Compréndelo!, no es culpa nuestra, nadie lo hubiese adivinado.

La revelación llegó repentinamente tras abandonar el hospital, con tu primera carta, en la que te disculpabas por no haber acudido a la consulta:

«ENDE QUE NO FUI, HABRA VD. PENSADO QUE SOY DESAGRADECIDO, PERO ES LA VERDAD QUE NO ME LO QUITO DE ENTRE LAS MIENTES.

»NO FUI POR LA RECOGIDA DE LA ACEITUNA, QUE AQUI EN EL PUEBLO ES AHORA LA FURIA DE ELLA.

»LA ACEITUNA, NO SE SI VD. SABRA, ES DE DONDE SALE EL ACEITE Y ES UN FRUTO MUY HERMOSO...»

Lo sé, Higinio, lo sé. Es una maravilla. Tiene el ritmo melódico de una sonata barroca. Milagro verbal. Proeza literaria de alguien que nunca fue a la escuela.

Pastor desde los cinco años, y bracero del campo en cuanto pudieron sostener la azada y manejar la hoz aquellas manos infantiles que en seguida crecieron y se deformaron. Todos lo reconocimos; bueno, los pocos que entonces trabajábamos en el hospital. Atónitos, en el despacho leíamos en voz alta una y otra vez esta poesía involuntaria. Repasábamos el papi amarillento y esponjoso en el que se había corrido la tinta verde con tu caligrafía casi ilegible. Pero, ¿por qué os

daba en los pueblos por usar tinta verde?

Vicente Gradillas, extremeño, insistía en que se trata de Castellano arcaico puro. Rubén Cobos, nicaragüense, comentó: «no sé si es Castellano puro, pero es asombroso». José Luis, optimista y un tanto farolero aseguró que él «ya se barruntaba algo». Sor Adela, en silencio, asentía repetidamente movilizand o aquella gigantesca toca almidonada, reliquia medieval que hacía a las hermanas pasar las puertas con la cabeza de perfil.

Sin saber por qué me puse triste y te juro que jamás, Higinio, jamás he vuelto a sentirme superior ante alguien a quien el destino ha dado menos oportunidades. Ya lo dije, has influido mucho en mi vida.

Las primeras semanas seguías siendo una figura de cera. Nunca te interesó el nombre de la enfermedad que bloqueaba todas tus iniciativas: Esquizofrenia catatónica. De la variedad que tiene un síndrome llamado «flexibilidad c érea», porque el cuerpo, los brazos, las piernas, las manos, todo opone una resistencia pasiva, como de cera, a las posturas en que se intenta colocar. Luego queda así inmovilizado, tal como se moldeó, hasta que otra persona altera la posición de la estatua viviente.

Esta forma de la catatonía es una rareza, por eso había que mostrarte a los estudiantes. Reconocerás que siempre tenía buen cuidado de advertirles antes de llegar a ti, que aunque no reaccionabas perceptiblemente a nada te enterabas de todo, y que por tanto debían tener mucho esmero en no herir tu sensibilidad con algún comentario.

No es grato sentirse colocado en una postura rara, artificial, con cada dedo en una dirección y una pierna en el aire, para que comprueben que permaneces así. Luego había que demostrarles que en esa enfermedad con abolición de toda motilidad voluntaria no hay sin embargo una parálisis pues se conserva la motilidad automática, la que se tiene instintivamente cuando uno pierde el equilibrio y va a caer. Por eso sentado en una silla, traicioneramente tirábamos de ella hacia atrás, y extendías repentinamente los brazos y las piernas, como hacemos todos por reflejo en situación similar. Luego tornabas a quedar inmóvil, congelado.

De acuerdo, es triste, y si quieres humillante; pero ¡compréndelo, Higinio!, tienen que aprender. Sólo así conocerán esta enfermedad, para el día de mañana curar a otros enfermos iguales. Si nosotros no hubiésemos estudiado años atrás otras víctimas de tu enfermedad, no te habríamos podido curar. Y te curamos, Higinio, te curamos. Y ellos están curando ahora a otros enfermos que sufren lo mismo que padecías tú.

Los años cincuenta fueron los del gran avance práctico de la Psiquiatría. Cada pocos meses salía un nuevo medicamento dando esperanza a enfermos antes incurables. Una de estas medicinas te salvó de perpetuar el amargo destino al que parecías condenado.

«Fíjense en que adopta pasivamente, y luego mantiene, las flexiones que impongo a sus dedos.» Mis manos parecían una frágil miniatura entre las tuyas gigantes y nudosas, como sarmientos de vid. Era febrero. La escarcha brillaba al sol invernal y embellecía el patio cuando ocurrió el milagro. Tu mano, en lugar de la resistencia pasiva cediendo pausadamente a la presión, apretó la mía. Miré tus ojos y por primera vez tenían expresión; los labios temblorosos dejaron salir las primeras palabras musitadas: «Tengo... tengo miedo.»

Todo fue muy rápido. En pocos días transformado en otra persona, en una persona, pedías lo que nunca habías querido interrumpir: trabajar.

Es muy fácil decir ahora que debíamos haber intuido el torrente de poesía que brota de tu alma; al ver que en la huerta hacías los surcos amorosamente, enterrando las semillas como quien arropa un niño.

En el verano, al entregar una sandía o una berenjena, la boca abierta en sonrisa mellada y los ojos radiantes: «mire usted ¡qué cosa más bonita!». Fíjate, no lo entendimos.

* * *

Higinio, llevas un mes completamente bien, el tratamiento se puede seguir en casa: avisa a tu familia «NO TENGO A NADIE.»

Te dimos una carta para el médico del pueblo explicando cómo convenía seguir el tratamiento, y una palmada en la espalda. No mucho.

Viniste a consulta poco después de la primera carta, y meses más tarde llegó la segunda, en que contabas tus cuitas al regresar al hogar vacío: «EN LLEGANDO AL PUEBLO HUBE MUCHA SOLEDAD...»

Lo ocultaste hasta entonces pues no gustabas agobiar a los demás con tus penas. Ahora podías decirlo porque las habías superado gracias al encuentro con una mujer como tú: «...LA VI Y ME DIJE: POCO HE DE PODER O ME HE DE CASAR CON ESA...»

Pudiste, Higinio, pudiste. No olvidaré la escena dos años después. Con el pretexto de una revisión aparecieron la mujer y el hijo de pocas semanas. Se te caía la baba al entregar el niño a cada una de las monjas. Aquel día bajó sor Carmen, la superiora. Por las cartas eras una celebridad: «Señor director, ha venido Higinio con la mujer y el niño.» También los médicos acudimos a veros. De aquel niño y aquella palpable felicidad nos sentíamos, cómo lo diría, dispensadores de gracia. «Mire, doctor.» Tus manazas cogían al niño con tanto amor ¡como si fuese una semilla!

Pasaron los años. En el hospital fueron cambiando muchas cosas. Al fin la calefacción, que no disfrutaste. Nuevos pabellones, médicos, psicólogos, asistentes sociales, régimen abierto, dinámica de grupo, talleres, campos de deporte. Tantas novedades que no parecía el mismo. En realidad no lo era.

En la última visita te asombró que los vientos conciliares se llevasen por los aires las tocas centenarias de las Hermanas de la Caridad. El nuevo hábito, que parecía un uniforme, las tenía desconcertadas. Pese al funcional tocado seguían ladeando la cabeza al cruzar los obstáculos, al modo de los venados tras el desmogue, «esmogaos» dijiste riendo. En pocos meses se consolaron Higinio, empezaron a encontrar ventajas: es mejor para el autobús.

Tu precaria economía de temporero sufría con el viaje anual, y quedamos en aconsejarte por correspondencia a través del médico del pueblo, «Don León», un hombre bueno y comprensivo. ¡Cuánto hubiésemos dado por que fuese distinta aquella carta!

Estimados compañeros:

Dado el interés que siempre mostraron por Higinio Sánchez, lamento comunicarles que falleció ayer en el vuelco de un tractor. La muerte fue instantánea, nada se pudo hacer.

Deja mujer y cuatro hijos, en el más completo desamparo...

2. El orinal de plata

El orinal no es de plata, tampoco su propietario es archiduque como pretende. Por tanto no tienen gran cosa que reprocharse. Mejor así, porque pasan juntos muchas horas.

Lleva tanto tiempo sin utilizar su nombre que quizá no lo recuerda. O piensa que es un pseudónimo empleado antes de manifestar su «auténtica» identidad: Archiduque don Ataúlfo de Betancur Ostende y Allende Austerlitz.

Dice el nombre enfáticamente, con pausa después del Ostende, acentúa la ay» recreándose luego en las dos últimas palabras como si fuesen las más importantes. Modula con voz bien impostada, consiguiendo un efecto musical rotundo.

La representación es una pequeña obra maestra de buen decir teatral. Al menor pretexto vuelvo a preguntar: Por favor, ¿me quiere recordar su nombre completo? Nunca falla. Se encampana, ladea la cabeza y mira al interlocutor entornando los párpados. A través de las pestañas la mirada se tamiza, adquiriendo dignidad y misterio, mientras desgrana solemnemente las sílabas: Archiduque don Ataúlfo... ¡y ALLENDE AUSTRERLITZ! Desluce un poco que pronuncie «auterlis », pero nadie es perfecto, ¡caramba!

Parece una tontería, pero es difícil en un hospital psiquiátrico acertar en el modo de llamar a un paciente que tiene lo que en lenguaje común se denomina «delirio de grandezas». El trato debe ser cortés y afectuoso. Aun con la mejor intención no siempre se consigue. Si aspira a un trato reverencial, toma la cariñosa familiaridad como una ofensa. Por otro lado la cortesía tiene sus inconvenientes. Muchos médicos se niegan a dar al paciente los títulos que pretende poseer, con el argumento de que se le refuerza el delirio. Es una precaución innecesaria. O el enfermo sana, o no se cura. En este último caso da igual, y en el primero él mismo corrige el error. A veces esta corrección lo es también para el médico. Recuerdo una enferma muy simpática y redicha que creía ser hermana del Papa, quien por aquellos días padecía una seria enfermedad, que ella seguía con angustia a través del periódico. Solía iniciar el contacto matutino con la enferma dándole las noticias escuchadas en la radio del coche, camino del hospital. Una mañana dije optimista: su hermano está fuera de peligro. La medicación había hecho efecto y la enferma respondió, en tono de melancólico reproche: «Doctor, ya sé que el Papa no es mi hermano... pero me alegro de que Su Santidad se haya curado.» Todos contentos. Imagino que especialmente el Papa.

El Archiduque era incurable, con muchos años de hospitalización. En estos casos se acaba estableciendo un equilibrio entre la persona, su enfermedad, y el ambiente; que hay que tener cuidado no empeorar con los cambios de situación. El único cambio importante era yo, que acababa de llegar como director del hospital, y el Archiduque estaba pendiente del trato recíproco que debía haber entre nosotros, las dos personas que él consideraba importantes en el establecimiento. Sin herirle en su dignidad, no debía fomentar una actitud de superioridad o privilegio en relación con sus compañeros.

Las negociaciones fueron delicadas, pero cordiales. Hice lo que casi todos los españoles: Eché la culpa al gobierno: «como director de un centro oficial, había recibido instrucciones estrictas de...». El Archiduque encontró una solución diplomática, con distinto tratamiento en público y en privado. Ante

los demás yo le podía llamar «simplemente don Ataúlfo», y él a mí «doctor», y cuando estuviésemos solos me dirigiría a él como «archiduque», y me contestaría como «señor director». Aceptado el acuerdo solfa aprovechar cualquier disculpa para entrar en mi despacho, con el orinal «de plata» bajo el brazo, sin duda para oírse llamar Archiduque. Esas cosas gustan.

Al principio en el «señor» del «señor director», había un acento insincero con deje guasón, que fue desapareciendo al establecerse entre los dos una relación auténticamente cariñosa.

Ataúlfo es una figura humana patética y conmovedora. En permanente lucha para mantener su dignidad emplea un lenguaje ampuloso e incisivo, con magistrales destellos arcaizantes. Uno de estos fogonazos verbales lo padecí en el único reproche que me dirigió en nuestros 15 años de convivencia. En un momento de jovialidad le saludé al pasar: «hola, Ataúlfo». Levantándose buscó el modo de tener un discreto aparte, y recibí la siguiente lección: «Doctor, precisamente por que le aprecio, a ninguno de los dos nos conviene una excesiva familiaridad. No olvide que la confianza injustificada induce al menosprecio.» ¡Bravo, don Ataúlfo!

Pese al distanciamiento que su «rango» y solemnidad de expresión crean, la relación con los demás enfermos, monjas y personal sanitario es satisfactoria. Manteniendo las distancias sabe ser afable.

Igual que cuida el lenguaje lo hace *con* el atuendo. Verdaderos milagros con su exiguo guardarropa: dos trajes viejos, raídos y deformes por tantos años de uso. Cada noche los dos pantalones extendidos bajo el colchón reciben un planchado que ayuda a disimular las rodilleras. Los codos raídos, a través de los que se ve el forro, han quedado cubiertos con dos parches ovalados de cuero, cortados de unos guantes que le regaló un compañero al abandonar el hospital. En el bolsillo de la chaqueta blanquea enhiesto y arrogante un papel que ha plegado en pico para que parezca un pañuelo.

Su figurilla se vislumbra desde el otro lado del jardín, en el que gusta pasear los días soleados de invierno, combatiendo el frío con su propia apostura en el andar señorial, que acompasa con movimientos aiosos de un bastón. La luz rasante destaca la blancura del papel-pañuelo, y enciende con destellos la silueta de la bacinilla.

Este recipiente suele ser motivo de fricción con otros enfermos, por las tardes, cuando juegan a las cartas o al dominó, y Ataúlfo se presenta a la partida con el cachirulo, en la misma postura *con* que los árbitros de fútbol traen el balón. Las quejas de los contertulios se deben a que les enfada la permanente sospecha de que se lo puedan robar, por eso no lo suelta. También a que suele llevarlo limpio... pero no siempre. Hay días en que no está uno para detalles.

¿De dónde lo sacó? Se ignora. No es de los de «reglamento» del hospital, de hierro esmaltado de blanco con sus desconchones; sino de aluminio, con sus abolladuras. En la provincia donde Ataúlfo nació se hablaba mucho, y reverencialmente, de un prócer local que tenía orinal de plata. Esta pequeña extravagancia suntuaria del ricacho provinciano quedó enclavada en la mente de Ataúlfo, que al desarrollar su delirio la integró en él. Sin parientes ni amigos, abandonado en un hospital de beneficencia, todas sus posesiones terrenas aparte el exiguo vestuario consistían en este utensilio que idealizó: «de plata peruana purísima, trabajada a mano, por eso no brilla».

Único tesoro, posesión preciada, objeto amado, pedestal para su orgullo. También fuente de angustia, por temor a la codicia ajena. Aunque dispone de armario con llave prefiere llevarlo consigo, «así estoy seguro de que no me lo roban, hay mucho desaprensivo».

Hubo un momento en que la acariciada vasija peligró, por mi culpa. Al hacerme cargo del hospital, destartalado, sin calefacción, lóbrego... su aspecto más deprimente eran las letrinas. El hospital milagrosamente estaba limpio. Los enfermos no. Hasta para los milagros hay limitaciones. Centré en este aspecto la primera reforma hotelera del hospital, luchando contra la máquina burocrática con todas mis fuerzas. Se lograron en poco tiempo cuartos de baño, duchas, lavabos ¡con calefacción! Todo esto parece obvio, pero no lo era. El hospital pasó repentinamente, en cuanto a las

funciones de aseo personal, de la Edad Media a la edad turística, mientras el resto del edificio seguía cayéndose a pedazos. Arrastrado por el entusiasmo, borracho de triunfo, en esta primera victoria quise mandar al diablo todos aquellos malditos orinales, testimonio vergonzoso de nuestro reciente subdesarrollo.

Ataúlfo reclamó el suyo afirmando que era «propiedad particular». — Pero hombre, si ya no lo necesita, tiene baño, retrete con ventilación directa, bidé, todo —. La monja de la sala argumentaba queriendo eliminar aquel estorbo. Inútil, Ataúlfo no soltaba su bacinilla. Al fin expuso el motivo: «comprenda, hermana, un archiduque sólo puede usarlo de plata». Inapelable.

La monja, que era una santa, optó por transigir. En aquella comunidad de monjas había de todo. La santidad de ésta no es una frase, y este episodio lo demuestra. Para no privar al enfermo de un capricho patológico, el perico tenía que limpiarlo ella casi todos los días; y no hace ninguna gracia cuando se sabe que además no es indispensable.

Solucionado el problema; mientras el hospital se remozaba y rejuvenecía, Ataúlfo y yo envejecíamos plácidamente. En aquellos años estuve unos cursos encargado de la cátedra de Psiquiatría de Madrid y luego seguí como adjunto con López Ibor muchos años más. Necesitando los alumnos ver enfermos para aprender, a cada clase solían acompañarme dos o tres del hospital. Con la misma enfermedad unos preferían no aparecer en público, y otros lo deseaban.

Elegía siempre entre éstos. El viaje en la furgoneta a Madrid, la paradita en un café, la conversación con los alumnos... suponían una ruptura de la monotonía hospitalaria, que muchos pacientes codiciaban: ¿Doctor, cuándo me lleva usted a clase?

El Archiduque era un entusiasta de esas expediciones. Tenía ocasión de relatar ante un auditorio de varios centenares de estudiantes de Medicina sus cuitas: El atropello de que era objeto encerrado en un hospital para privarle de su fortuna y títulos, etc.

Esta descarga pasaba a segundo plano en la fase final, en la que recitaba a los alumnos alguno de sus versos. Unos ripios malísimos que los otros enfermos hacía años que se negaban a escuchar. El plato fuerte, que reservaba para rematar la actuación, era uno dedicado al amor materno de una vaca por su ternero. Los alumnos, un tanto desconcertados y sin saber qué hacer, terminaban por aplaudir calurosamente.

Ataúlfo se fue enviando con este triunfo periódico. Una vez paladeados los aplausos en escena es difícil renunciar a ellos. A primeros de octubre empezaba a rondar el despacho. «Doctor, ¿cuándo se inauguran este año las clases?» Llegado el día solía hacer algunas peticiones: «Doctor, le importa darme un papel de su escritorio, es más sólido que el nuestro y queda mejor de pañuelo... «Doctor, se me han acabado los polvos para la dentadura postiza, y si se mueve va a estropear el recitado de las poesías... «Doctor, ¿le importa guardarme el orinal en su despacho hasta que volvamos?» Los divos acaban poniéndose imposibles.

Espectáculo enternecedor ver a Ataúlfo recibiendo los aplausos, inclinarse ceremoniosamente una y otra vez, con brillo de lágrimas contenidas en los ojos, y las mejillas arboladas. De regreso en la furgoneta, el enfermero acompañante solía decir con sincera admiración: Don Ataúlfo, hoy ha estado usted magnífico. El Archiduque, la mirada perdida en el horizonte, condescendía: «buenos muchachos estos estudiantes... buenos muchachos. Se nota que les interesa la Literatura».

Los tiempos fueron cambiando, y con ellos el equipo que trabaja en el hospital. Un mal día llegó enviado por Sanidad y sin ningún derecho, una cataplasma humana con título de médico que proporcionó más quebraderos de cabeza que todos los enfermos juntos. Ignorante, rígido, suspicaz, pleitista, ineducado; desde el primer día se dedicó a plantear conflictos y a no resolver ninguno. Por su desconocimiento de la Psiquiatría los enfermos no le interesaban. Jamás mejoró a ninguno, pero pretendía imponerles sus criterios.

Inesperadamente el Archiduque y su orinal cortaron esta pesadilla.

Destinado en el departamento de Ataúlfo, desde el primer momento se odiaron. Aunque parezca inconcebible, a aquel cretino le molestaba que el enfermo quisiera ser archiduque. Al paciente le molestaba que al otro le molestase, y pretendió que le diese tratamiento de alteza. Mal comienzo.

La Primavera llega también a los hospitales psiquiátricos. Aquel día radiante, las ventanas y puertas abiertas dejaban pasar libremente el aire embalsamado y a los enfermos, por el jardín, pasillos y salas. Todos estábamos de buen humor menos el nuevo médico. Llevaba varios días empeñado en llamar al Archiduque por su nombre legal, Bernardo. Nadie recordaba que Ataúlfo se llama así. Por supuesto, el enfermo se negó a contestar por este nombre, respondiendo al médico con un silencio despectivo. El colega decidió aquella mañana que los enfermeros y la monja «tenían» que llamarle también Bernardo, pues los nombres utilizados eran «clínicamente inadmisibles». La monja y un enfermero que estaban hartos de él, ante la intransigencia del médico se plantaron, amparándose en ser «humanitariamente inadmisibles». La violencia del médico convirtió el incidente en un altercado y vinieron todos a la dirección.

En el despacho había una reunión, que interrumpió el afectado con su cortesía habitual, exigiendo una «solución inmediata». Pedí a los presentes que nos acompañasen, con lo que prácticamente todo el equipo del hospital en procesión malhumorada se dirigió al departamento en conflicto, en realidad sin saber para qué.

Ataúlfo, un tanto ajeno al drama que se había desencadenado en torno a su persona y nombre, estaba precisamente utilizando el orinal... en mitad del pasillo. Por lo visto se sentía especialmente sociable aquella mañana luminosa, y desde allí podía saludar a los que paseaban por el jardín. Dos pájaros de un tiro.

Así lo encontramos, de sopetón. Sentado y leyendo el periódico. El grupo paró sorprendido, y el conflictivo arremetió vociferante: « ¡Guarro! ¿Qué haces aquí? ¡Vete ahora mismo de aquí!»

Ante el estupor del grupo, Ataúlfo improvisó una frase redonda y demoledora. Bajó calmadamente el periódico, y como un buen director de cine que enfoca la escena desde el ángulo adecuado, fue subiendo la vista poco a poco, despacio, hasta llegar a la cara del médico. Entonces, mirándole fijamente a los ojos, dijo con voz suave y heladora: « ¿POR QUE SE ATREVE USTED A TUTEARME? SENTADO DONDE ESTOY SENTADO, NO LLEGA USTED A LA ALTURA DE MI DESDÉN», y pausadamente tomó al periódico.

Quedamos paralizados. Yo de gusto, los demás ellos sabrán de qué. Como espectadores de un partido de tenis las cabezas se volvían alternativamente del médico al enfermo, del enfermo al médico. Nadie habló.

El médico tramitó poco después su traslado.

Nunca volví a llamar «don Ataúlfo» a Bernardo. «Archiduque» delante de los demás; y en la intimidad del despacho: «Alteza»; hasta mi último día en el manicomio. Las deudas hay que pagarlas.

3. El beso de Judas

«No es frecuente encontrar ángeles en el infierno.» Esta frase pertenece a una novela reciente.¹ La acción ocurre en un manicomio, y el autor con este comentario busca ensalzar a la protagonista que entró en el hospital fingiendo estar enferma para resolver un crimen. El escritor refleja sus impresiones, pues deseaba proporcionar veracidad al relato y vivió unos días en un hospital psiquiátrico actual. Del comentario se deducen dos cosas: Opina que el hospital es un infierno, y que en él no hay ángeles.

La experiencia me hace estar en desacuerdo con la segunda deducción. En los manicomios, como en todas partes, se encuentran ángeles y demonios. Hay que saber identificarlos. A los demonios es fácil porque atormentan. Los ángeles, por ser silenciosos, con frecuencia pasan inadvertidos.

Esta es la historia de un ángel. Antes de hablar de Al conviene que el lector se familiarice con el infierno donde estaba recluido desde la adolescencia y... para siempre.

Para el recuerdo de estos hechos, hemos de retroceder en el tiempo aún más que en los restantes capítulos de este libro, pues ocurrieron en los últimos años de la década de los cuarenta.

Se tiende hoy, en un constante error de perspectiva histórica, a considerar como unidad a la prolongada etapa del régimen político que sucedió a la guerra. Desde el punto de vista de quienes lo vivimos entero, muy poco tienen que ver los años cuarenta con los cincuenta, y casi nada éstos con la década de los sesenta.

Al iniciar mis estudios de Medicina en 1943 seguíamos bajo el espectro del hambre, azote pavoroso de los tres años anteriores. La triste clientela de los hospitales del estado era toda «de beneficencia», no podían costear su asistencia médica, y el Seguro de Enfermedad en etapa de arranque, sólo cubría a un pequeño sector de la población.

Las tragedias acumuladas en cada hospital eran una combinación de enfermedad y miseria. Los estudiantes nos percatábamos de que muchos enfermos no venían a curarse sino a morir. En seguida aprendimos a diagnosticar los «edemas de hambre», una hinchazón en manos, tobillos y otras partes del cuerpo esquelético de aquellas gentes famélicas. Tras muchos meses de no poder comer carne ni cualquier otro alimento con proteínas, el déficit proteico provoca una permeabilidad en los capilares que deja salida a los líquidos que deberían contener, encharcando los tejidos de zonas del cuerpo, que parecen llenas cuando sólo están hinchadas con agua. En algunas regiones, al faltar alimentos, empezaron a consumir productos vegetales inadecuados para el hombre. Entre las intoxicaciones de este origen fue terrible la provocada al comer almortas, llamada «latirismo», cuyo envenenamiento provoca dolores lancinantes y parálisis. Las víctimas seguían ocupando muchas camas del hospital de San Carlos, en el que cursábamos los estudios. Faltaban medicamentos y toda clase de medios. Para el enfermo el calvario terminaba con la muerte, no para su familia. Entre clase y clase, al deambular por los pasillos, los estudiantes tropezábamos de vez en cuando con una algarabía patética. La de los gritos y lamentos de la familia del fallecido, a la puerta del depósito de cadáveres que está al lado de la sala de disección, en la que teníamos que hacer prácticas de Anatomía.

Muchos enfermos fallecidos en el hospital no *tenían* familia, o ésta anclada por la miseria en el

¹ *Los renglones torcidos de Dios*, de Torcuato Luca de Tena, 1979.

lugar de origen no podía viajar. Otros congregaban allí, a la puerta del depósito de cadáveres a sus allegados. El entierro en la fosa común tiene en esos años un costo de 17 pesetas. Si nadie lo paga, el cadáver pasa a la sala de disección. No hay que hacer un esfuerzo de imaginación para comprender el dolor de quienes no podían aportar las monedas imprescindibles para liberar los restos de un ser querido de esta tétrica desmembración final. Una de las aulas en que tentamos clase está al lado de la del depósito. Si la salida de los estudiantes coincidía con una de estas escenas desgarradoras, era frecuente verles realizar la apresurada colecta de una cifra que en la mentalidad de hoy de estudiantes con automóvil nos parece ridícula, pero que no era fácil reunir.

Al terminar mis estudios en 1949, la situación en San Carlos había cambiado ostensiblemente. Abundancia de medicaciones, más medios de toda índole, y... escasez de cadáveres disponibles para el aprendizaje de la Cirugía.

En los últimos años de la carrera, el estudiante de Medicina ya suele saber la especialidad a que le inclina su vocación, y aprovecha el período de vacaciones para hacer prácticas en un hospital de la especialidad elegida. En mi caso un hospital psiquiátrico en la provincia de Madrid. Un auténtico manicomio, con todas las agravantes. Estos establecimientos, por tradición cuyos sórdidos motivos no es difícil intuir, se edifican alejados de las ciudades.

Entonces me di cuenta de cómo había mejorado San Carlos. Creí volver a los primeros cursos de la carrera. Las reformas hospitalarias llegan siempre con retraso a los centros psiquiátricos, y aquél tenía una dotación de cinco pesetas diarias por enfermo, para alojamiento, comida, asistencia médica, fármacos, vestido y tabaco. Puede imaginarse la calidad de todo ello.

«Departamento de sucios.» Es absurdo y degradante, este letrero encabezaba la entrada de un pabellón en casi todos los manicomios del mundo. El olfato permitía inmediatamente comprender lo certero de la denominación. Acumulaban allí a todos los pacientes con incontinencia de heces y orina. Carecen de control de esfínteres o la enfermedad les induce a no utilizarlo.

Los enfermos se dividen por esta alternativa. Unos no pueden y otros no quieren permanecer limpios. En el primer paso están entre otros los paralíticos, y en el segundo se encuentran ciertos enfermos, sanos físicamente pero a los que sus ideas delirantes les hacen creer, ¡por ejemplo, que si no sueltan inmediatamente, vestidos, lo que apremia por salir, les matarán sin remedio. Prefieren encharcarse en sus propias deyecciones o la muerte, y obran en consecuencia. Desde el punjo de vista de quienes tienen que limpiar la diferencia es pequeña, pero no resulta así en el interior de la mente del enfermo.

Como los restantes pabellones del hospital el «de sucios» tiene un jardín, al que salían los pacientes los días si lluvia. En este departamento no salen, les sacan porque casi ninguno tiene iniciativa propia, y muchos no pueden caminar.

Los pacientes inmóviles, por parálisis o porque su trastorno mental les induce a no moverse, solían estar agrupados en un lugar próximo a la puerta, por economía de esfuerzo de quien tenía que trasladarles. La mayoría de los sillones de paralítico carecían de ruedas, y aun a los que las tienen había que alzarlos a pulso en las escaleras, pues no han construido rampas, ignoro por qué. ¿Sillones de paralítico sin ruedas?, sí, amigo, solían ser unos toscos, incómodos y resistentes sillones de madera con un amplio orificio en el asiento con el orinal debajo. El enfermo, para que no caiga, está sujeto con cinchas de lona, correas, etcétera, al respaldo y brazos. Si algún miembro del personal tiene sentido común, han adosado a los sillones dos pares de asas metálicas, por las que pueden deslizarse unos palos, y llevarlo en volandas entre dos personas, como las antiguas sillas de manos.

«No habrá ninguno que no las tenga.» Te equivocas, amigo. El sentido común está muy poco difundido. He visto en muchos hospitales acarrear al paciente trabajosamente entre dos cuidadores,

sujetando encorvados al enfermo por el asiento, desplazándose lateralmente con pasitos cortos y peligro de tropezar y caer los tres. Enfermo tras enfermo, día a día, año tras año, sin pensar en tan sencilla mejora. Estos puestos de cuidador estaban pésimamente retribuidos, y solían ocuparlos ignorantes de pocas luces, incapaces de lograr otro empleo.

— ¿Por qué no usan los palos para llevar los sillones?

—Estamos acostumbrados a hacerlo así.

Del equipo de cuidadores los menos inteligentes, o más indefensos, acaban siempre en el pabellón de sucios. La torpeza no significa entusiasmo por el trabajo, y los parálíticos quedan habitualmente, como dijimos, a la puerta del pabellón. En torno al grupo de sillones hay otros enfermos que teóricamente pueden moverse, y lo hacen de vez en cuando en el momento que les apetece, no cuando los enfermeros pretenden hacerles salir, por lo que les acarrearán igual que a los parálíticos y allí les dejan. Unos sentados en sillas, bancos, o en el suelo. Otros en la postura que eligen, o en la que han caído.

Los parálíticos, además de la silla, tienen en común el estar vestidos con una especie de camisón de lona que fue blanca. Ahí terminan las semejanzas. Si pueden mover los brazos los tienen sueltos, en caso contrario, adosados a las asideras mantienen actitud de estatua sedente con sólo dos posibles variantes: Yerguen la cabeza en vigilia cuando algo les interesa, y la dejan caer con la barbilla ligeramente ladeada si están dormitando. Así hasta que les vuelven a entrar para acostarles. Así hasta el fin de sus días... que son muchos, porque desde el advenimiento de las sulfamidas y luego los antibióticos, las úlceras e infecciones que acababan con ellos en poco tiempo ahora no les hacen mella y, ¿para su desgracia?, esta población hospitalaria tiene muy poca mortalidad.

Ya entonces era una rareza la enfermedad que antes llenaba la mitad de estos sillones: La «parálisis general progresiva de los enajenados de la mente», PGP para los aficionados a las siglas. Enfermedad terrible que destroza a la vez la mente y el cuerpo. Un tratamiento casi ha borrado esta pesadilla, y los sillones de parálítico fueron ocupándose por otros huéspedes. Algunos no tienen el alma deformada por una verdadera enfermedad mental. Pueden dividirse en dos grupos, y es difícil saber quiénes merecen mayor compasión.

Muchos no tienen ni tuvieron vida intelectual, que por lo tanto no ha podido «enfermar». Lesionado el cerebro desde el nacimiento, con las neuronas irreparablemente muertas mantienen una vida meramente vegetativa, de muñeco que respira. Carecen a la vez de movimiento voluntario y de inteligencia, sólo se expresan con gritos guturales con la cabeza colgante y babeando, la mirada errante e inexpresiva. Un perro normal aprende buen número de órdenes; un loro repite varias palabras. Ninguna de las dos tareas está a su alcance, son un trozo de carne sufriente, aunque algunos parecen insensibles también al dolor.

Mezclados con ellos están otros pacientes, condenados a silla perpetua por incapacidad de moverse. Multitud de enfermedades neurológicas llegan a paralizar brazos y piernas, o a provocar movimientos desordenados e incontrolables. En ocasiones estas dolencias no afectan el psiquismo, y los enfermos inteligentes y alerta quedaban como espectadores lúcidos y aterrados de su propia tragedia.

La reacción al drama varía de uno a otro, en situación similar. Recuerdo a Lucas, pidiendo cada vez que un médico para a su lado «una inyección para acabar de una vez, no puedo aguantar más». Junto a la memoria de Lucas acude la de Manuel en el mismo hospital, el primero en que hice prácticas como aprendiz de psiquiatra.

Inolvidable Manuel. Hay una momia egipcia en un museo francés con el más bello epitafio: «Thais, sacerdotisa de Osiris, que nunca se quejó de nada.» Podemos colocar un letrero semejante en la cabecera de Manuel.

Tenía Manuel tantos motivos para lamentarse que es un milagro que no lo hiciese. Más aún, encontraba siempre una frase, un argumento para eludir la compasión. La primera vez creí que se

trataba de un sarcasmo. Llevaba meses sin que le movieran de la cama, en el segundo piso del «pabellón de sucios». En mi primera visita acompañaba a un enfermero nuevo, recién destinado al departamento, más inteligente y humano que sus predecesores. Inmediatamente se percató de que Manuel, en su forzada postura, sólo podía contemplar la desnuda pared de enfrente con la ventana, y encuadrado por ella, un rectángulo de cielo. Propuso acercar la cama al ventanal, y colocando un espejo inclinado permitir a Manuel que pudiese ver lo que ocurría en el patio, y tener así alguna distracción. Interrumpió Manuel: *«Por favor, no se moleste, no hace falta. Dios es tan bueno que hace que de vez en cuando vea pasar un pájaro.»* ¿Nos estaba tomando el pelo, o la frase desdeñándonos iba más allá, dirigida al Dios que acababa de mencionar, como una ironía blasfema? No, Manuel era así. Mejor dicho, había conseguido ser así. Cuando los terribles espasmos dolorosos contraen su rostro, y alguien al percatarse acude con la inyección para aliviarle, su comentario con voz entrecortada por el sufrimiento siempre es: «No hace falta, ya se está pasando», aunque de sobra sabe que la crisis dolorosa está en la fase inicial, y sin el espasmolítico se convierte en una tortura creciente y prolongada. ¿Por qué se portaba así? ¿De dónde sacaba fuerzas? Nunca lo quiso explicar, fingía no entender la pregunta.

«Una persona inteligente, con las facultades mentales intactas, en el departamento de sucios de un manicomio, ¿cómo es posible semejante monstruosidad?» Lector amigo, ¿en qué mundo vives? La prosperidad económica vertiginosa e ininterrumpida del 58 al 73 hace parecer remoto, como una pesadilla irreal, nuestro pasado de miseria y atraso, ¡tan próximo! Hoy un enfermo de esta índole puede estar en un departamento de Neurología, con baños diarios en piscina templada, masajes, movilización pasiva, intentos de rehabilitación de los músculos conservados, terapia de ocupación, por ejemplo tocar la armónica que le sostienen, o pintar sujetando el pincel con la boca, etc. Efectivamente puede estar, y algunos están. ¿Te has preguntado qué pasa con los demás? Al ingresar casos recuperables y estar todas las camas ocupadas, los crónicos se van trasladando a otros departamentos menos diferenciados y menos costosos. De allí acaban mudándoles también...

Manuel no pudo bajar trabajosamente peldaño a peldaño, porque no existía casi ninguno de los escalones superiores. Ni un solo departamento de Neurología en toda España.

De todos modos era llamativo su rodar hasta el fondo del abismo, que un día en que estábamos solos y parecía presto a las confidencias, le pregunté cómo conseguía mantener la serenidad de ánimo, que en ocasiones daba la sensación de una extraña plenitud interior. Manuel, que para no fatigarse con el esfuerzo del limitado giro de la cabeza que podía realizar estaba mirando al techo, desvió los ojos hacia mí. La actitud era distinta de la habitual. Ojos penetrantes, con una mirada que no he podido olvidar: *((Leí unos versos, no me acuerdo del autor. Explican muy bien lo que hay que hacer:*

.....
*Baja, y subirás volando
 al cielo de tu consuelo,
 porque para subir al Cielo
 se sube siempre bajando.»*

La rotunda sinceridad aleja toda impresión de beatería. Antes de terminar el recitado, Manuel mira de nuevo al techo. ¿Para no dar aire de sermón a esta confidencia? Los trastornos motrices de Manuel afectan ya ligeramente la musculatura del cuello. En ocasiones se atraganta al deglutir, y las cuerdas vocales, aunque habla con claridad, no permiten inflexiones para una dicción perfecta. Tampoco da la sensación de intentarlo, dice los versos sin énfasis, le importa mucho más el contenido que la forma.

Es la única vez en que nuestra charla adquiere matiz de lección. Le he obligado a ello con mi imprudente penetrar en su intimidad. Somos de la misma edad, 21 años. Tengo la sensación de estar empezando mi vida. El cuerpo de viejecito esquelético de Manuel da la impresión del epílogo de la suya. También el rostro está demacrado. Pómulos salientes, cuencas hundidas. La combinación de la mirada y la sonrisa acariciadoras se independizan del cuadro general, como en esos planos de cine en que la cámara desenfoca el fondo para destacar aislado algún detalle primordial.

Resulta ingrato verle con el pelo cortado al cero. El primer cuidado al ingreso de los enfermos era despiojarles, y por temor a los piojos, la mayoría de los pacientes tenía la cabeza rapada durante toda su estancia en el hospital.

Los manicomios próximos a Madrid alojaban cerca de cuatro mil enfermos, con menos de una docena de psiquiatras para su cuidado. Hoy sólo el más pequeño de esos hospitales, aquel del que fui director, para 450 enfermos tiene una plantilla de 307 profesiones. Veintidós psiquiatras, cincuenta ATS, cincuenta auxiliares psiquiátricos, diez asistentes sociales, cinco psicólogos, cuatro monitores laborales, etc., etc. En aquel tiempo muchas de estas profesiones ni existían.

Lamentablemente el mundo de Manuel era el otro, el de antes, y para acompañarle durante un rato va a ser de nuevo el tuyo, amigo lector.

Por la necesaria rotación para el aprendizaje pronto me destinaron a otros departamentos, y en uno de ellos coincidí otra vez con el enfermero humanitario y con Manuel. Entre los dos se había establecido un profundo afecto. Al ser trasladado el cuidador insistió en llevar consigo a Manuel, sacándole del pabellón «de sucios». Decisión elogiada, mas con sus inconvenientes. Manuel contra su voluntad, pero inexorablemente, se ensuciaba todos los días, y el pabellón de «sucios» es el único que dispone de cierta preparación para el aseo de éstos enfermos: Una gran habitación, caldeada por un chubesqui, con bañeras a la altura de las camillas, y unas mesas de baldosines, como el suelo y paredes, en las que con unas mangueras de agua templada... Sólo son dos enfermeros y dos mozos para ciento veinte enfermos. En realidad hacen proezas para que aquello no sea aún peor. Pero es malo, muy malo. En el nuevo departamento el enfermero tendrá que arreglar a Manuel con una palangana y una esponja, varias veces cada día. Insistió en que prefería hacerlo a abandonar a Manuel, y éste tras repetir que por él no se molestasen, que estaba contento, no resistió la tentación de seguir a la única persona que le mostró cariño, o no se atrevió a decepcionarlo. ¿Quién sabe?, era tan raro Manuel.

Manuel nunca pedía favores, pero sabía agradecerlos y mostró su gratitud con una alegría contagiosa que iluminó todo el nuevo pabellón, habitado por esquizofrénicos crónicos, incurables, con las más variadas y pintorescas expresiones de la enfermedad. Poco a poco se fueron presentando al nuevo inquilino: «Soy el Conde de Lemos, inventor del vino de moras», «soy el hombre más fuerte del mundo», «soy el Cristo de Orense, el de las barbas, que me han afeitado»,

«Soy Jesús Fernández, servidor de usted», «soy... ».

En el manicomio cada departamento es un mundo aparte, casi sin conexión con el resto, y en aquel pabellón un parálítico, permanentemente rígido en cama, fue una novedad que despertó la curiosa atención de los demás enfermos, y a la vez la posibilidad de sentirse útiles. Al contemplar la solícita actitud del enfermero algunos se contagiaron, portándose con Manuel como niñas que juegan con una muñeca, arropándola, dándole de beber. Otros, también al modo infantil, reaccionaron con celos del «nuevo», al que veían tan atendido mientras de ellos no se ocupaba nadie.

Los niños se cansan pronto de los juguetes, y unos días más tarde sólo se ocupaban de atender a Manuel tres enfermos que lo hacían con sacrificada generosidad. Las enfermedades psíquicas pueden deteriorar la mente dejando intacto el corazón. Hay locos generosos y otros mezquinos, abnegados, vengativos, sensibles, violentos, sufridos, despiadados. Todas las variantes de la bondad y malicia humanas, vestidas con el multicolor ropaje de la locura.

En el pabellón, un centenar de cuerpos sanos con las mentes destrozadas fueron sintiéndose

atraídos por el único cerebro íntegro, el cerebro sin cuerpo de Manuel. Pronto en lugar de venir a atenderle acudieron en busca de ayuda, de apoyo para sus almas rotas. El paralítico sabía dialogar con ellos, interesarse por las preocupaciones y anhelos, resolver dudas, dar versiones consoladoras, regalar esperanzas precisamente él que no podía tener ninguna.

El egoísmo humano acrecienta con el encierro, y con las privaciones cuando éstas llegan al límite del sufrimiento, cuando el plato un poco más lleno supone no quedarse con hambre ese día. Era extraño que Lorenzo, «El Judas», atrabiliario, cruel y rencoroso, hubiese tomado tanto afecto a Manuel como para ofrecerse a darle él la comida, pacientemente cucharada a cucharada todos los días. Descubrió el secreto el «Hombre más fuerte del Mundo» al venir a realizar una de las frecuentes exhibiciones ante el paralítico, para recibir las alabanzas de rigor. Lorenzo por cada cucharada al enfermo inmóvil se apropiaba de dos. Lo estaba haciendo desde la primera vez y Manuel no le había delatado. Quitó importancia al incidente cuando todos recriminaban a Lorenzo, quien desde aquel momento miraba torvamente de lejos al paralítico, sin acercarse, con expresión de odio irracional que se palpaba a distancia.

El incidente con Lorenzo «El Judas» puso en evidencia lo que ya desde el principio se sabía. Manuel estaba indefenso ante cualquier agresión, capricho o extravagancia de los demás enfermos, que aún con buena intención podían ponerle en peligro. Tras la limpieza del dormitorio común, quedaba éste vacío con la única excepción de Manuel y quienes acudían a darle conversación. El enfermero optó por cerrar con llave y sólo abrir cuando al menos dos pacientes simultáneamente deseaban acompañar al paralítico.

La medida disgustó a muchos, pues por diversos motivos preferían estar con Manuel a solas. Para hacerle confidencias, contar sus «secretos que no sabe nadie» — que nos habían repetido a todos hasta la saciedad—, o para presumir sin que les apagasen los faroles.

Uno de los que más sintieron tener que ir acompañados fue Basilio, el «Hombre más fuerte del Mundo». Escuchimizado, lampiño y tolondro, Basilio solía recibir un silencio relativamente cortés, un comentario sarcástico, o un «quita allá» acompañado de un empujón o patada en el trasero cada vez que se empeñaba en contar o demostrar su portentosa fortaleza. Y se empeña todo el día, al menor pretexto o sin él. Vuelve como una mosca pegajosa: «Doctor soy el hombre más fuerte del mundo», «mire puedo cruzar el patio a la pata coja», «mire puedo sostener una silla con cada mano», «mire...».

Manuel, igual que a todos, le escuchaba con atención, admiraba sus demostraciones, y con la exquisita delicadeza que sacaba Dios sabe de dónde, encontró una fórmula para que Basilio no hiciese demasiado el ridículo ante los demás: «Basilio, no tienes que abusar de tu fuerza, no te pegues con nadie. Tampoco hagas alarde ante ellos, les asustas o les vas a dar envidia.» Basilio hinchando su pecho esquelético, radiante de orgullo prometía moderación, para olvidar la promesa poco después. Sus momentos gloriosos, hacia los que fue desarrollando una apetencia concupiscente, los disfrutaba con la cariñosa aprobación de Manuel.

Basilio al encontrar por vez primera un espectador atento, interesado y admirativo fue saliendo de la rutina, aguzó el ingenio y enriqueció el repertorio de demostraciones. Por eso le fastidiaba tanto que hubiese testigos y buscaba cualquier pretexto para ir solo, pero el enfermero asustado con el incidente de Lorenzo «El Judas» se mantenía inflexible: por lo menos dos o ninguno.

Aquel día de julio éramos tres, pues decidí acompañar en su visita a Basilio y a Nemesio «el caballo de oro». Los enfermos con un delirio pueden adoptar dos tipos de conducta: Uno de ellos es la representación de las ideas delirantes, como un actor que hace su papel. Esto ocurre cuando el delirio es complejo y coherente consigo mismo. Antiguamente llamaban a estos enfermos «locos razonadores», al modo de Don Quijote luchando con los molinos de viento, y usando la bacía como yelmo. Igual que Don Quijote fuera de su delirio discurren correctamente, y la propia enfermedad la argumentan de un modo relativamente hábil por lo que suelen seducir algún Sancho Panza. Otros enfermos no representan su delirio. En estos casos las ideas delirantes suelen ser absurdas,

incomprensibles, y no las argumentan o lo hacen de modo desorganizado y pueril, como Basilio. El psiquismo del enfermo está desflechado, incongruente y también su conducta.

El «caballo de oro» es otro caso típico de esta modalidad, nunca pretende demostrar su condición de equino áureo, camina normalmente y no relincha portándose con naturalidad dentro de las limitaciones a que la esquizofrenia le ha reducido. Únicamente al preguntarle quién es expone su pintoresca convicción: «el caballo de oro». Lo que desea mostrar a Manuel no eran alardes ecuestres sino una rara habilidad con la que hoy podría acudir a un concurso de televisión: La oreja izquierda carece de cartílago, y plegando el pabellón auricular logra introducirlo en el conducto auditivo, quedando desorejado para asombro de los espectadores que se lo jalean las primeras veces. Los demás enfermos sienten un cierto orgullo por esta proeza circense de su compañero y gustan mostrarla a los visitantes o recién llegados: «anda, Nemesio, haz lo de la oreja», pero si no hay ningún novicio le es difícil encontrar espectadores, todos lo han visto demasiadas veces.

En aquella ocasión Nemesio «el caballo de oro» repite el numerito para Manuel, quien finge sorprenderse, como en ocasiones anteriores. La oreja derecha conserva algo de cartílago por lo que su manipulación no resulta tan lucida como la de la izquierda, quedando una especie de moñito cárneo detrás de la patilla. Fingimos no darnos cuenta. ¿Verdad que puedo ganar dinero en las ferias con esto?, no hay nadie que lo haga. «Si, Nemesio, pero ten cuidado no te lastimes.» Más que las palabras es la sonrisa y la mirada de Manuel lo que incita a los otros enfermos a buscar su aprobación, siempre presente.

Basilio tiene preparada una sorpresa en la nueva exhibición de fortaleza: «soy el hombre más fuerte del mundo. Puedo bailar el zapateado ese de Antonio el bailarín sin cansarme. Si quiero puedo cruzar todo el dormitorio bailándolo y no me canso». Imposible disuadirle, a eso ha venido. Su triste figurilla acentúa la ridícula silueta canija y encorvada al adoptar postura de bailaor flamenco. La raída chaqueta, heredada de alguien mucho más corpulento, ciñe por una vez la cintura al sujetarla con la mano izquierda, mientras alzando la derecha inicia lo que pretende ser el zapateado de Sarasate. Taconeo en sordina con zapatos destrozados, de suela blanda como un cartón, agujereada y los tacones desgastados y torcidos. También el infeliz Basilio está desgastado y torcido. Arrastra los pies, tropieza de vez en cuando, pero en un esfuerzo heroico por mantener la figura continúa el remedo de un taconeo rápido y convulso, con el que avanza lentamente por el dormitorio. Mal orientado el edificio a saliente, el abrasador sol matinal marca con fuego la silueta de los ventanales en el suelo, y ante ellos la sombra de Basilio se va recortando una y otra vez según los atraviesa en fatigosa marcha. Nemesio ha olvidado sacar las orejas y mientras contempla al «bailaor» parece una extraña especie de mono o un marciano, pelón y desorejado. No sé cómo interrumpir tan penoso espectáculo sin herir la vanidad del «forzudo». Manuel contempla aprobando con la mirada alentadora aquel baile desatinado que va lentificándose por la fatiga. Es Nemesio el «caballo de oro» quien interpela al «hombre más fuerte del mundo» sudoroso y jadeante. «Oye, te estás cansando.» Basilio casi no puede hablar. Con las palabras ahogadas por la respiración veloz y entrecortada logra gritar: ¡Si, pero me agunto!

Aplaudos y Nemesio se suma a la ovación. Con el movimiento se le despliega la oreja derecha a su posición natural, y él saca la izquierda del escondrijo. Manuel, dulcemente, comenta: «Muy bien, Basilio, nadie habría llegado hasta ahí.»

El médico tiene que atender otros dos pabellones además de éste. El enfermero y los dos cuidadores o «mozos» (es el título oficial), totalmente desbordados no pueden apenas conversar con los pacientes. Los enfermos organizan su aplastante soledad en simulacro de mutua compañía. Conversación de sordos porque muy pocos escuchan. Manuel y algún otro.

Entre los que saben escuchar y hablar coherentemente, está un personaje pintoresco y popular del Madrid de entonces. Entra y sale de los hospitales psiquiátricos según oscila la intensidad del hambre o de sus extravagancias. Sin dinero para comer, lo ha sacado para unas tarjetas de visita que reparte en la calle, en los corrillos que logra formar en su torno ; o entre los estudiantes, especialmente los de Medicina del viejo San Carlos, uno de los lugares que por misteriosos motivos

más le gustaba frecuentar. Del patio de San Carlos le recordaba. Alto, fornido, melena y barbas al viento repartiendo sus tarjetas: «CRISTOBALIA», y debajo en letra menuda, «Abogado defensor de Cristóbal Colón, y acusador de Américo Vespuccio, usurpador del mérito y fama de Colón».

La perorata, elocuente y divertida, tiene como punto central la injusticia histórica que supone llamar América a América, en lugar de Colombia como debiera ser en recuerdo del descubridor. Barbas y melena son una rareza en aquellos años, y contribuyen a dar empaque a Cristobalia, quien sobre el pedestal de su prestancia física, ampuloso y tonante, con voz de barítono bien matizada provoca curiosidad, risas, desconcierto y una buena dosis de respeto. Feliz si al terminar le invitan a tomar algo, sólido o líquido le da igual, en cualquiera de los bares próximos. Acepta discretamente si se tercia algún modesto «donativo para la causa». Unos céntimos, o una peseta si algún donante quiere presumir de rumboso.

Cristobalia fue tema de discusión frecuente entre los estudiantes madrileños a finales de los cuarenta. Nunca llegamos a estar de acuerdo sobre si estaba loco, o se hacía el loco para sobrevivir. La misma duda debían tener en las comisarías pues unas veces le enviaban a la cárcel y otras a los manicomios. Allí al parecer también persistía la duda, pues en algunas ocasiones le retenían y otras le echaban a la calle, en la que inmediatamente reunía el corro de papanatas, nos iba a buscar a los estudiantes que es lo que más le gustaba, y vuelta a empezar.

¿Por qué le llevaban a la comisaría? Ah, hijo mío, eran otros tiempos. No se podía andar por ahí dando mítines por muy locoides que fueran. Dependía de las buenas o malas pulgas del guardia de turno. ¿Con qué pretexto o motivo? Probablemente la ley de «Vagos y Maleantes». Maleante no parecía. Vago un rato largo, pero no como para meterle en la cárcel por eso.

En el reencuentro en torno a la cama de Manuel, de cuyas tertulias Cristobalia se hizo asiduo, nos fue contando sus trucos para pasar de la comisaría al hospital en lugar de a la cárcel. Confesó que muchos de los encierros los provocaba para escapar del hambre y especialmente del frío. Por eso solía reaparecer en primavera por las calles de Madrid, como años después empezó a ocurrir con los tulipanes. También resultaba, como ellos, muy decorativo.

En este encierro estaba menos decorativo porque le trajeron afeitado y con la cabeza rapada al cero. Manuel le conocía de una estancia simultánea en la sala de Psiquiatría del Hospital Provincial de Madrid, y recordando el buen comportamiento de Cristobalia con él le recibió con alegría.

— ¡Qué pena que te hayan rapado!

—Es que hubo otra epidemia de piojos en el Provincial, y nos pelaron a todos.

Los hospitales además de escasez de medicamentos la tenían del DDT. Los jóvenes de hoy, tan orgullosos de sus ñoñerías ecológicas contra los insecticidas no saben, casi ni por referencia, lo que son pulgas, chinches y piojos, que por vez primera en la larga historia de la Humanidad se vieron frenados precisamente en esa triste década.

Cristobalia sí lo sabe. Durante su encierro en los manicomios no pone mucho entusiasmo en los discursos en pro de Cristóbal Colón. Hay demasiada competencia. Resulta poco halagador presumir de «abogado defensor» de alguien, cuando puede uno encontrarlo en persona en la cama de al lado. Le cuesta renunciar al corro de oyentes asombrados, y los reúne con otros trucos:

—Tengo un sistema fenomenal para matar los chinches.

Un grupo expectante se reúne de inmediato. — ¿Cómo?

—Así — y ríe mientras aprieta la uña del pulgar contra la del dedo índice.

Nadie corea su risa. El sentido del humor no es el fuerte de Cristobalia, sólo tiene gracia cuando no se lo propone. En cambio sí tiene buen corazón, y una curiosidad inagotable sobre la vida de los otros asilados, que casi constantemente logra agrupar en su torno. Tres o cuatro le siguen donde va.

Las frecuentes visitas de Cristobalia a Manuel dan repentino volumen de romería al gotear de

parejas que acuden a hacerle compañía. La tertulia se prolonga en ocasiones hasta la llegada de los demás al dormitorio común. Varios se acercan a saludar al paralítico. Otros viven en la Luna o están peleados con alguno de los que en ese momento le hacen compañía, y pasan de largo como si el grupo no existiera. Lorenzo «el Judas» nunca se acerca. Desde que se descubrió que robaba la comida de Manuel fingiendo cuidarle, se ha hecho aún más solitario. Va derecho a su cama y desde allí mira fijamente al grupo, sin pestañear. Manuel le invita.

—Lorenzo, acércate, me gusta hablar contigo.

Desviando la torva mirada que aún ensombrece más, Lorenzo no responde.

—No le llames, Manuel, no le llames, es mal bicho — tercia Cristobalia.

El grupo de esquizofrénicos, como un coro de tragedia griega asiente silenciosamente, y luego repite en sorda sibilancia: «es mal bicho».

—No es tan malo, está muy enfermo —intercede el paralítico.

—Tú no le llames, Manuel, déjale — insiste Cristobalia.

Hace calor, el aplastante calor estival de la meseta castellana. Los árboles del manicomio no tienen conciencia de su encierro tras esos muros, que pudieran ser los de un huerto bien cuidado y han dejado crecer las hojas, tiernas y vibrantes al menor soplo de brisa. La sombra que unas hacen a otras matiza la luz, y con diferente iluminación el verde idéntico refleja mil tonos distintos. Los enfermos se cobijan en los bancos colocados a la sombra. Al mirar atentamente la copa del árbol más próximo, el burbujeo cromático de las hojas movidas por el aire ejerce una fascinación hipnótica y adormecedora, como la de las llamas de la chimenea encendida en las noches de invierno. Igual que entonces la conciencia somnolienta afloja las riendas a la imaginación que cabalga libre, teñida, no se sabe por qué, de una dulce melancolía.

Cruza el jardín central del manicomio un amplio y hermoso camino enmarcado por doble hilera de árboles robustos, a los que una poda torpe ha mutilado. La copa remata los gruesos troncos, como un muñón hipertrófico en el que se apelotonan las hojas faltas del alivio de unas ramas amplias, sobre las que extenderse esponjadas provocando la caricia del limpio aire de Castilla. La franja de sombra de cada hilera de árboles es estrecha, y por ella caminan los pacientes en fila india o en parejas apretadas, como quien anda sobre el tablón que cruza un charco y evita salirse para no mojar los pies. Así me crucé con Cristobalia y Bartolo «el Cristo de Orense, el de las barbas, que me han afeitado». Bartolo siempre añade esta coletilla aclaratoria a su identificación.

El reglamento del hospital es todavía muy cuartelero, pero poco a poco se van haciendo excepciones.

Una de ellas ha sido permitir a Cristobalia y Bartolo que vuelvan a dejar crecer las barbas frondosas que tanto añoran. Ambos las necesitan. Bartolo para su autoidentificación delirante, mutilada por el afeitado. Cristobalia para configurar adecuadamente el personaje que representa por las calles de Madrid. Sin barba y melena no le reconoceríamos y precisaría todo un nuevo lanzamiento de imagen, por eso no abandona el hospital pese a que la estación es propicia. El director simpatiza con Cristobalia y es muy tolerante con su particular conveniencia de altas y admisiones en el manicomio.

Cristobalia corresponde ayudando como puede al hospital y a los enfermos. En cuanto reingresa se convierte en una especie de enfermero honorario y recadero universal. Escribe cartas de los enfermos analfabetos, ayuda a moverse a los inválidos y, chismoso irrefrenable, se entera de todo y se mete en la vida de todos, pacientes y cuidadores. Los médicos y los estudiantes nos hemos acostumbrado a utilizarle como fuente de información, a veces irremplazable.

Al cruzarnos en la franja de sombra, en la que no cabemos los tres, reaccionan como quien baja a la calzada dejando libre la acera para que pase el otro, y salen de la sombra para dejármela. Es una deferencia que hay que agradecer y paro a saludarles. El Cristo de Orense aprovecha para informar

que ha aumentado los días de indulgencia, concedidos a quien le rece una breve oración que ha compuesto para su culto. También es de agradecer. Tras la buena nueva nos abandona y sigue el paseo en majestuoso recogimiento.

Cristobalia tiene ganas de conversación, y se ofrece a acompañarme al despacho para ir avisando a los enfermos que tengo que reconocer esa mañana. Es un servicio que ha prestado otras veces, y que realiza muy bien... con tendencia a quedarse en el despacho, en lugar de esperar fuera durante las entrevistas. Dado que su curiosidad natural se acompaña de discreción, nos es útil y nunca ha perjudicado a un enfermo, se le ha ido considerando como un colaborador sui generis, que ayuda cuando le viene en gana.

Cristobalia cumplió tan bien aquel día, con tanta habilidad y tacto en el trato de los pacientes, que al terminar le propuse: a Cristobalia, ¿por qué no te dedicas de verdad a esta tarea? Tienes facultades para hacerlo mejor que los cuidadores que hay ahora aquí. ¿Por qué no te dejas de fantasías bohemias y quedas como empleado? En septiembre empieza un cursillo para cuidadores, se te puede matricular, y tienes inteligencia y cultura de sobra para sacar el número uno. Si consigues la plaza, ya que esto te gusta y lo haces bien, puedes ser útil a los enfermos y a la vez dejar de pasar hambre y frío haciendo el ridículo por las calles de Madrid.

Mientras pensaba si no me habría excedido en la oferta, pues yo estaba en aquel hospital simplemente de prácticas, Cristobalia ladeó la cabeza y me contempló a través de los párpados entornados antes de contestar. Luego, pausadamente, en tono monótono y sin convicción, sin la teatralidad de otras ocasiones dijo: a me gustaría, pero tengo mi tarea... Es una vergüenza lo que se ha hecho con Colón; Américo Vespucio le ha robado el nombre del continente que él descubrió, hay que conseguir que se llame Colombia...»

¿Se estaba burlando? Nada en su expresión permitía suponerlo. Tampoco era la actitud de un paranoico que expone su delirio. Comprendí que como novato, aún no estaba preparado para diagnosticar un caso tan complejo. ¿Llegaría a estarlo algún día?

Fue él quien cambió de conversación al recordarme que aún no había visto a Manuel, incluido en mi cupo de aquel día.

—Manuel está raro, a veces dice cosas extrañas.

Era cierto. Ya me lo había recordado el médico jefe del servicio al entregar las historias clínicas que debía revisar esa mañana:

—Tráeme bien hecha la exploración de Manuel, parece tener ideas delirantes de influencia, de presencia de otra persona, y posibles alucinaciones visuales.

Cristobalia recogió las historias en la carpeta e insistió en llevarla él. No teniendo bata blanca como los mozos, el caminar al lado de un estudiante portando ostensiblemente la carpeta da una especie de investidura de profesionalidad. Hasta los grandes hombres tienen sus debilidades. La de Cristobalia es representar un papel, el que sea, pero representar.

Fuimos charlando por pasillos y escaleras. Al cruzar el jardín, el sol inclemente de julio ya en su cenit había estrechado la franja de sombra de la línea de árboles de copa mutilada. Instintivamente buscamos alivio, marchando en fila india por la angosta sombra, y sin la conversación de Cristobalia fui anticipando mentalmente el encuentro con Manuel. ¡Dios mío! ¡Ha perdido lo único que le quedaba, la razón! ¡Pobre Manuel!

La historia clínica reseña escueta y rutinariamente, casi como datos burocráticos, las penas que fueron lloviendo sobre él, tras una infancia feliz: *«Hijo único y tardío de un matrimonio de edad madura. El padre, funcionario municipal, fallecido de infarto cuando el enfermo tiene 11 años. La madre fallece de neumonitis dos años más tarde. Pasa a un internado y a vivir con el abuelo materno y una tía subnormal. Sin antecedentes patológicos excepto las enfermedades habituales de la infancia. Buen desarrollo físico e intelectual. Conducta normal, muy buena escolaridad. Termina el*

Bachillerato a los 17 años, meses antes de iniciarse la enfermedad actual...

En este relato casi telegráfico puede leerse entre líneas el manantial de sufrimientos que brota con la muerte del padre; y creciendo constantemente como un río de dolor al que se unen nuevos afluentes, va a acompañarle el resto de su vida. El derrumbamiento de un mundo grato y acogedor que giraba en torno a ese hijo tardío y adorado. Se convierte a la vez en un niño vital y en un viejo precoz que comprende que las espaldas de su madre no están hechas a la carga que ahora pesa sobre ellas.

Espectador impotente y asustado del descenso a otro tipo de vida. Hay una frase ramplona muy empleada por entonces: «Murió y se llevó con él la llave de la despensa», que encierra una realidad, que él palpa ahora, incluso en el estómago.

La mísera pensión no permite que siga en el colegio, en el que ya está bien encajado y con tantos amigos. ¡Qué amargura la de su madre!, cuántos rodeos al decirle que el próximo curso irá interno al colegio de huérfanos.

Manuel en esos meses la ha oído comentar lastimeramente con las visitas, cada vez más escasas: «...una mujer sola...», «...sin un hombre en la casa...». Con madurez prematura comprende la urgencia de que ese hombre sea él. Decide no añadir un lamento a los de su madre, y ya no se quejará jamás. Nunca. De nada. Aprende a realizar piruetas para buscarle al mal tiempo esa buena cara que le ha escondido: «Mamá, creo que es muy buen colegio. A lo mejor me eligen para cantar la lotería. Nosecuantossetentaydoos dieeezmil pesetas.» Y se aleja saltando por el pasillo antes de que su madre pueda ver las lágrimas que aún no sabe dominar.

En las visitas de su madre no mencionó el despego, y las novatadas crueles que como los otros recién llegados tuvo que soportar. Es curioso que al año siguiente le escogiesen, efectivamente, para cantar la lotería. No sacó ningún premio importante, pero es su mejor recuerdo de esa etapa. Como si el destino quisiera mostrarle que no le iba a dejar levantar cabeza, a las pocas semanas muere su madre...

Vacaciones. ¿Por qué siendo verano nota un escalofrío al pasar ante la casa, donde nació y vivió, y en la que ya no hay nada suyo? En la del abuelo, jubilado hace muchos años, le han arreglado un cuarto al lado del de su tía deficiente mental. Abuelo y tía le tratan con cariño, y vuelve a sentir la urgencia por ser hombre, el hombre que pueda ayudar a esos dos seres desvalidos que ahora intentan ampararle.

Fin del Bachillerato. Beca para la universidad. Todo un nuevo horizonte de esperanzas, y la tragedia. En rápida sucesión el accidente y la enfermedad. ¿Qué importan los nombres técnicos? Cuadriplegia espástica, atrofia muscular... El horror de saberse para toda la vida una cabeza sin cuerpo útil. Cabeza, que como quien se asoma a un muro tras el cual se están cometiendo atrocidades, ve cómo se las hacen a él mismo. Un día le cuentan que falleció el abuelo, y apresuradamente se ve trasladado del sanatorio a un hospital de beneficencia. En éste de la sala de Traumatología al departamento de Psiquiatría y Neurología. ¿Por qué se atreven a añadir «y de Neurología», si no tiene la menor condición para enfermos de esta índole? ¿Para justificar atropellos como el que ahora cometen con él?

De allí al «departamento de sucios» del manicomio provincial donde le hemos encontrado; donde ha iniciado un alivio a su destino, y un sentido de utilidad a la vida en un departamento de esquizofrénicos graves y la mayoría incurables.

Ya hemos llegado al dormitorio. Hace rato que Cristobalia camina de nuevo emparejado conmigo, pero ahora en silencio. ¿Está pensando, igual que yo, en qué nueva tribulación va a brindar el destino a esta cabeza indefensa, que ahora parece empezar a desmoronarse por dentro? Manuel está desnudo. El enfermero le asea con ayuda de la esponja y la palangana. Cómo se ha acentuado la atrofia! Se pueden contar todos los huesos del esqueleto rígido, con la piel pegada a ellos y a las articulaciones. Manuel sonrío. «Buenos días, doctor — sabiendo que yo aún no lo era, siempre me

llamaba así —, hola, Cristobalia.» Nos saludamos con el enfermero, y terminado el arreglo de Manuel quedamos de tertulia en torno a la cama, como tantas veces.

La orden del jefe «haz bien la exploración de Manuel» obliga a cambiar disimuladamente varias veces de tema de conversación. El paralítico muestra la lucidez y la radiante alegría interna de siempre. Pienso retirarme pues se acerca la hora de comer de los enfermos, y de salida de nuestro autobús a Madrid, cuando Manuel pide afablemente:

—Cristobalia, ¿puedes traer una silla para mi Amigo?, quiere sentarse con nosotros.

Mientras el defensor de Colón la acerca hay un pesado silencio. Recuerdo en la historia clínica anotaciones del jefe en los últimos días, sobre la presencia en la conversación de Manuel de un amigo imaginario, antes nunca aludido. La petición de una silla hace probable la sospecha del jefe clínico sobre alucinaciones visuales de Manuel. Al parecer con tanta corporeidad que no sólo ve a su personaje, sino que éste adquiere una realidad de presencia como la de las otras personas que le rodeamos. Es extraño porque nunca había presentado el menor trastorno mental, y cuando aparecen algunos tan graves como ideas delirantes y alucinaciones, suelen acompañarse de otros síntomas, por ejemplo alteraciones de la conducta y del estado de ánimo, y esto no ocurre en Manuel. Repaso mentalmente las posibilidades clínicas. La esquizofrenia no se contagia, y como he comentado Manuel no presenta los síntomas concomitantes que tendrían que haber acompañado a los que ahora muestra. El deterioro mental por hospitalización prolongada, el «hospitalismo», tiene otros rasgos. En algunas ocasiones la enfermedad psíquica no es muestra del derrumbamiento de las funciones mentales, sino un intento desesperado del psiquismo por no desmoronarse ante realidades que no puede soportar, y se refugia en fantasías consoladoras, como los delirios y alucinaciones de algunos histéricos; pero el paralítico no tiene el menor rasgo histérico en su personalidad. De todos modos la situación de Manuel es tan desconsoladora y sin esperanza, que incluso este alma de temple privilegiado puede doblegarse buscando refugio en un mundo irreal. Como aprendiz de psiquiatra llevo mala mañana, no atino con ningún diagnóstico.

—Manuel, ¿de qué amigo hablas?

—De mi Amigo. Siempre lo he tenido conmigo dentro, ayudándome. Ahora ha venido en persona porque me va a llevar.

—¿Dónde vais a ir, Manuel?

—Marcho con Él. Vosotros no le podéis ver, pero quiere estar con todos, por eso he pedido el asiento.

Manuel tuvo que cerrar casi los párpados para dirigir la mirada desde la cabeza inmóvil hacia la silla, que Cristobalia había colocado a los pies de la cama.

Enfermo y enfermero miraban perplejos a Manuel, la silla vacía, y mi cara, temo que tan desconcertada como la de ellos. Las instrucciones del jefe eran: «no te metas a hacer interpretaciones, que no estás preparado. Haz observaciones, las apuntas bien, y lo otro ya te enseñaré a hacerlo». Resultaba violento ponerme a apuntar las frases de Manuel en la ficha, nunca lo había hecho en conversaciones anteriores. Además el tono de Manuel al pronunciar Amigo, y E1, diciéndolo en mayúsculas, provocaba una aureola especial de presencia entre mágica y sagrada. Manuel nos miraba de nuevo plácidamente sin hablar, y no se me ocurrían nuevas preguntas.

Aquellos instantes quedaron congelados en el tiempo, pero el reloj avanzaba porque oímos pasos y voces. Algunos enfermos subían siempre al dormitorio a recoger algo antes de las comidas. El «Rey de Portugal» venía a buscar el servilletero de celuloide nacarado, con la servilleta impoluta, nunca usada, pues se limpiaba con el pañuelo para no mancharla. Anselmo una gorra que encasquetaba durante las comidas, «para que no se me escapen los vapores del alimento por el cráneo, porque si no desmejoro».

Tras ellos Lorenzo «el Judas», y «Don Luis» que vería a colocarse su dentadura postiza. Don

Luis era el fundador y presidente de un partido político. «El Partido Razonable y Justiciero.» «Nuestro partido no mata a los criminales, los deshuesa.»

Además de no matar a los criminales, don Luis sólo utilizaba la dentadura durante las comidas. «No se me ocurre andar todo el día con la cuchara y el tenedor a cuestas. ¿Para qué voy a cargar con la dentadura después de comer? ¿Para parecerles a ustedes más guapo? No me da la gana.» Efectivamente no estaba nada guapo ni con la dentadura, ni sin ella. Desdentado, seguía todo el día mascullando impertinencias con la mayor soltura, que es lo que le gustaba de verdad.

Al acercarse a nuestro grupo parecieron contagiados del sobrecogimiento que nos invadía, y caminaron silenciosamente. Don Luis abrió con ceremonia la alacena en que guarda el vaso con el «utensilio para comer». Lorenzo se dirigió a su cama, luego como cambiando de idea, silencioso y torvo se acercó pausadamente. Tras quedar un rato parado mirando la silla vacía, ante el asombro de todos se inclinó sobre Manuel, le dio un beso en la frente, y marchó caminando unos pasos hacia atrás sin apartar la vista de Manuel, y luego dio la vuelta y aceleró el paso correteando hasta salir del dormitorio.

— ¿Ves Cristobalia como no es mala persona?, está muy enfermo, y no sabe cómo portarse.

— No te fíes, Manuel, ese Judas es un arrastrao, ha sido «el beso de Judas».

— Es muy triste hacer el papel de Judas, obligado por una enfermedad.

Fueron las últimas palabras que le escuché, pues respondió a nuestra despedida sólo con la sonrisa luminosa.

Las últimas las pronunció aquella misma noche, mientras otros enfermos sujetaban a Lorenzo.

El drama se desarrolló en un instante, pero Lorenzo debió rumiarlo mucho tiempo porque es laborioso desprender un trozo de cemento del alcorque de un árbol, sin herramientas. En el silencio de la madrugada en el dormitorio corrido, débilmente iluminado por una bombilla azul sobre la puerta, Lorenzo se deslizó hasta la cama de Manuel y golpeó una y otra vez brutalmente el cráneo del parálítico con el bloque de cemento. El ruido y los gritos despertaron a los vecinos que sujetaron a Lorenzo que vociferaba con la boca espumeante de rabia: ¡maldiiiiitooo!, ¡maldiiiiitoooo! Los que aterrados se acercaron a Manuel le oyeron decir: «no sabe lo que hace». Palabras muy parecidas a las de su Amigo en la agonía. Repitiéndolas quedó inconsciente.

Hoy le hubiesen salvado en cualquier quirófano de neurocirugía. Murió veinte horas después sin recuperar el conocimiento.

Le imagino junto a su Amigo, contando cosas de Basilio «el hombre más fuerte del mundo», de Nemesio «el caballo de oro», de Cristobalia, de Don Luis y su dentadura... Siempre que pienso en esto no puedo evitar una pregunta: ¿Le habrá hablado de mí? ¿Qué le habrá dicho?

4. El teniente de tranvías

Nuestro Nicanor no tiene tambor, pero es dueño de una gorra con estrellas, que también da aires marciales que es lo que a él le gusta.

Su afición castrense viene probablemente de que no le dejaron cumplir el servicio militar, y a todos nos apetece lo prohibido.

Las ambiciones marciales de Nicanor fueron causa del conflicto entre el director del manicomio y el Ejército. Un conflicto pintoresco y tontiloco, como todo lo relacionado con Nicanor.

¿Por qué lleva esa gorra? «Es que soy teniente de tranvías.» En la gorra de plato gris, de guardacoche o algo parecido, ha cosido una cinta roja y las dos estrellas de teniente. Con ella pasea ufano por todo el hospital y por el pueblo. Es el recadero de las monjas. Turulato y pamplinero Nicanor sabe cumplir los encargos. Sorprendente ya que su lenguaje está disgregado, y en las pocas rachas de coherencia sale casi siempre por peteneras. En algunas ocasiones con alarde de certera malicia.

En un corte del agua seguía funcionando la fuente con caños de la plaza, y le enviaron las monjas con un cántaro. Nicanor, muy serio y callado como de costumbre, hacía cola entre las mozas y una de ellas le interpeló: Nicanor, ¿cuándo te casas? «Cuando encuentre una mujer honrada, no quiero que me pase lo que a tu marido.» La chica era soltera y sin compromiso, en aquel pueblo nos enterábamos de todo, pero no volvieron a ensayar burlas con él.

De otra salida inesperada fue víctima uno de mis colegas, por culpa de una repentina indisposición que me impidió dar clase en la Facultad. Habían enviado del hospital dos enfermos como de costumbre, y mi improvisado sustituto decidió aprovechar aquel «material docente». Parecía muy interesante la historia clínica de uno de los enfermos. El médico los desconocía ya que trabaja sólo en la cátedra y no en el hospital. La ficha describe un enfermo con autismo, Felipe Sánchez, tan adecuado para lo que había que explicar aquel día, que sin tiempo para estudiar antes a ninguno de los dos decidió renunciar a uno — Nicanor —, y presentar a Felipe a los alumnos.

«Baje usted con los dos pacientes, y espere en el banco que hay a la puerta del aula.» Los enfermeros de manicomio son también de carne y hueso, y el nuestro tuvo lo que luego describió como «un apretón». No viendo a nadie a quien encomendar el «material docente», pidió al más cuerdo que cuidase del otro: Nicanor, quédate con Felipe, le metes en la clase cuando abran la puerta, y cuando salga esperas con él aquí hasta que yo vuelva.

Nicanor obedece siempre... a las monjas, y aquel enfermero en aprietos no tenía cara de hermana de la caridad. Además en el pasillo hace frío, y es muy aburrido quedarse solo con un compañero que no habla.

Se abrió la puerta: que pase Felipe Sánchez. El interesado siguió en la Luna, que para eso es un autista, y Nicanor entró tan campante en el aula. Ya lo ha hecho otras veces y le gusta. En la clase hace calor y a los alumnos les interesa mucho eso de los tranvías.

Con la gorra ladeada, el palillo en una comisura de la boca, un vistazo de reojo a los estudiantes, marchó directamente a la silla ante el profesor, y se sentó con las piernas cruzadas mirando pensativo hacia el centro de los escaños, sin hacer el menor caso al médico. Luego explicó que le

había «caído gordo».

«...Vean ustedes este típico comportamiento. Aunque llevamos un rato hablando de él, el enfermo sigue con la mirada perdida en el vacío, indiferente a cuanto ocurre en su torno, encerrado en su mundo interior, desconectado del mundo real. Estas son las características del autismo. Sin embargo tienen la capacidad de conectar, y orientarse adecuadamente. Suele ocurrir que abstraídos en su vida imaginaria hace falta un estímulo especialmente enérgico para que hagan el esfuerzo de volver a la realidad. Veamos si lo conseguimos con este enfermo. ¡FELIPEEE!, ¿en qué estás pensando?» «*En las tonterías que está usted diciendo. Me llamo Nicanor, y soy teniente de tranvías.*» Se acabó la clase.

Pese a estas dos andanadas certeras, más fruto de la casualidad que de una intención sarcástica, Nicanor es un chiflado tolondro y zarramplín, de pocas luces, que siempre va a su aire. Padece un síntoma llamado «incoordinación entre mímica y estado de ánimo», por lo que la expresión del rostro no indica su buen o mal humor. Puede aparecer con gesto ceñudo y estar alegre, o sonreír beatíficamente encontrándose de mal talante.

Triste historia de niño de suburbio madrileño, en las fronteras entre la mendicidad y la delincuencia menor, sin una familia ni una inteligencia despierta como punto de apoyo. Autonombrado guardacoches al encontrar una gorra de plato, los titulares de las zonas rentables le fueron echando. El hambre le indujo a cargar bultos en la estación de Atocha, pero también los maleteros tienen nombramiento y placa. No sé quién los proporciona. Tampoco lo sabe Nicanor, por eso le expulsaron también de allí pese al amparo «oficial» de su gorra. Con ella apareció en la comisaría tras un altercado. Incoherente durante el interrogatorio le enviaron a un hospital psiquiátrico «para observación». Lo que observaron debió ser muy significativo, ya que rodando de un hospital a otro apareció en el nuestro, en el que me precedió varios años, con las dos estrellas cosidas a la gorra.

¿Por qué teniente de tranvías? En su vida de truhancillo con anhelo de trabajo estable, Nicanor debió conocer pocas figuras dignas con quienes desear una identificación. En las correrías por la estación de Atocha, vio tratar con respeto a un individuo obeso uniformado y con galones, del que entendió que era «brigada de ferrocarriles». Al iniciar su delirio de grandezas eligió este modelo, el de más rango con quien había tenido contacto; pero en un grado mayor «teniente». Como en la estación no había recibido más que golpes, transfirió el nombramiento a otro medio de transporte más familiar: el tranvía, en cuyo parachoques trasero tantas veces había viajado acurrucado para pasar inadvertido al cobrador.

Las monjas del hospital fueron las primeras personas que le trataron con afecto, y correspondió a su modo, con una lealtad de perro fiel que no transfirió a las demás figuras autoritarias del hospital. Nunca se despojaba de la gorra en mi despacho en el que mantenía una actitud despegada: «¿qué quiere usted?» En cambio se la quitaba reverencialmente ante sor Carmen, la superiora. Reconozco que el asunto no me era indiferente. Nicanor me caía simpático, pero yo a él parece que no. Supongo que ustedes han oído hablar de los amores no correspondidos. Cuando le toca a uno el turno fastidia bastante, ¡caramba!

En realidad no me percaté del cariño que tenía a Nicanor hasta que la primera llamada del cuartel amenazó su rango militar.

A mediados de los cincuenta el pueblo seguía siendo una pequeña villa agrícola, congelada en el tiempo, de campesinos con huertas de pozo y noria, lechugas, coles y cebollas para el mercado de Madrid; ese Madrid tan próximo y tan remoto. Pasó en tres lustros de cuatro mil habitantes, a ser una ciudad monstruo de cien mil, unida en un infierno de tráfico, asfalto y ladrillo con otras villas próximas, pero entonces no podíamos preverlo.

En el pueblo había tres islotes autónomos, sin apenas contacto con la población ni sus autoridades municipales: Dos cuarteles, uno de la Legión, otro de Infantería y el Manicomio.

El más próximo es el de Infantería. Desde el despacho podía escuchar el cornetín, «tarariiii»,

llamando la guardia a formar a la llegada y salida del coronel.

El manicomio no tiene guardia ni cornetín, pero sí una gran campana, Dios sabe de qué procedencia, que tañían por tres veces a la entrada del director. «Tolón-tolón, tolón-tolón, tolón-tolón», pausa, y otras dos veces lo mismo. Era un toque de campana bastante soso, pero metía mucho ruido, y complacía pensar que sin duda lo oían desde el cuartel, igual que yo el cornetín, anticipándome o llegando con retraso respecto al coronel. «Tararííí», «tolón-tolón...» Pedí al enfermero que hacía de portero-campanero que prolongase la última racha acústica en tres tolones más. Los psiquiatras también tenemos nuestro corazoncito. El campanero encantado, cuanto más ruido mejor.

Muchos años más tarde, durante mis vacaciones veraniegas, el administrador en fiebre de reforma puso hilo musical, y cambió la campana por un timbre conectado con todos los departamentos. Nunca me repuse. Temo que mi prematura dimisión, que ocurrió poco después de este cambio, no le haya sido del todo ajena. En la época de esta historia aún disfrutaba plenamente del desafío sonoro cotidiano con el coronel: «tararííííí... », «tolón-tolón... ».

El intercambio de andanadas melódicas era por el momento nuestra única relación, por eso me sorprendió el recado: «Le llama el coronel.» ¿Cuál de los dos? «No sé.»

El despacho carecía de teléfono, por lo que hube de atravesar el patio de entrada, con su doble fila de moreras que daban grata sombra, y nos ponían perdidos al menor descuido.

El teléfono está en la administración (como la mejor estufa de butano, y todo lo apetecible del hospital), y el administrador, listísimo, ya sabe de qué coronel se trata: El de infantería.

Diga. *¿Es el director del manicomio?* Soy el director del hospital psiquiátrico. *Un momento, le va a hablar el coronel.*

El momento fue bastante largo, al fin se puso. Parecía hombre afable y cordial. Doctor, soy el coronel Benavides, no tengo el gusto de conocerle personalmente y creo que deberíamos vernos algún día, para mejor dirimir cualquier asunto común de nuestras jurisdicciones, como el pequeño tema que me hace llamarle hoy. Completamente de acuerdo, coronel, siempre puede surgir algún incidente. Por cierto, espero que no les molesten nuestras campanadas. ¿Qué campanadas?, no sé de qué me habla. (¡Maldita sea!, ni las ha oído y yo como un idiota haciendo prolongar los tolones.) Me refiero a una campana muy sonora que hay en el hospital, y que es costumbre tocar en ciertos momentos; temí que les molestase el ruido, me alegra saber que no la oyen. Ah, esa campana, si, sí la oímos. No sabía que fuese del hospital, pensé que era de la parroquia. (¡ Encima pitorreo!) Coronel, iba usted a hablarme de algún problema. Efectivamente, creo que uno de sus enfermos acostumbra a pasear por el pueblo con insignias de oficial del ejército. Por favor, es un pobre esquizofrénico inofensivo que las monjas suelen utilizar de recadero porque a él le halaga, ayuda a mantenerle sanamente ocupado y además presta verdadero servicio. Sí, pero lo hace con estrellas de teniente en la gorra, y le recuerdo que la ley prohíbe el uso de uniformes, insignias y atributos militares o que se les asemejen. Mire usted, poco a poco vamos suprimiendo todos los trajes y adornos patológicos o extravagantes, especialmente en los enfermos que salen, pero para algunos tienen un valor sentimental tan importante que es cruel despojarles, hasta que mejoren y puedan comprender. Disculpe que insista, pero ese paciente es al parecer muy popular en el pueblo, una especie de gracioso oficial, y algunos soldados han comenzado a cuadrarse cuando pasa y otras bromas. Ayer un sargento de la Legión al presenciarlo les llamó la atención. Aunque ya han sido sancionados, comprenda que no podemos exponer nuestro cuartel a otra situación de esa índole... así que no salga, o que deje la gorra en la portería y se la devuelven al regresar.

Nunca he volcado tanta elocuencia en una conversación telefónica:... La desgracia acumulada del desamparo social, la falta de inteligencia y encima una enfermedad psíquica desoladora que seca todas las fuentes de complacencia normales... Tras infinitas humillaciones y fracasos, al fin un punto de apoyo a la propia dignidad tan apaleada desde el nacimiento... El honor personal asociado a un despojo de guardarropía. Una triste gorra andrajosa, a la que el delirio compensador había añadido

dos estrellas... Frágil ilusión de un pobre desgraciado... Única posesión terrena, llevada con orgullo, acariciada con ternura...¿íbamos a despojar de todo eso, por *mero* formalismo, a quien sólo eso tenía?...

Por de pronto me había convencido a mí mismo y estaba emocionadísimo, pero el jerarca cuartelero era duro de pelar, y para colmo guasón: *Oiga, oiga, a ese enfermo suyo, ¿no le daría lo mismo un casco de bombero con águila imperial, que no compromete a nada?* Coronel, no añada un sarcasmo a tanta desventura...

Benavides es buena persona. Acabó cediendo y llegamos a un acuerdo provisional: El enfermo podía transitar con su atuendo por la zona del pueblo no frecuentada por la tropa. Según el resultado, ya veríamos.

Nicanor, sin enterarse de nada, como de costumbre, seguía tan pancho entrando y saliendo sin saludar más que a las monjas. No creó grandes problemas hasta Semana Santa. ¡Dios mío! ¿A quién se le ocurre mandarle a un recadito el día de la procesión?

Como otros años, el único paso de procesión del pueblo iba escoltado por un pelotón de cada uno de los dos cuarteles locales. Delante el de Infantería, y detrás el de la Legión.

Saludó muy satisfecho desde la acera a alguno de sus amigos que reconoció en la escolta de Infantería. Al parecer ya les habían levantado la sanción, o la procesión forma parte del castigo. Iban muy serios y marciales, siguiendo el ritmo solemne y trágico de los tambores, con el fusil colgado al revés, apuntando al suelo.

Al pasar los de la Legión, Nicanor comprendió que era otra escala de valores. Miró hipnotizado las grandes manoplas blancas en la muñeca del *brazo* remangado, moviéndose con pausada violencia. Fuerza controlada, que en cada gesto irradia virilidad castrense.

Le pareció que sus amigos de Infantería no hacían buen papel, y corrió a ponerse ante ellos en el centro de la procesión imitando, a su modo, los movimientos de los legionarios, ladeada hasta la oreja la gorra, al modo de éstos.

Intentaron apartarle. Primero unos espectadores devotos, luego los dos guardias municipales. Olvidé advertir que cuando a Nicanor le llevan violentamente la contraria, grita. Como un niño, pero con pulmones de adulto. Ocurrió como con esos niños que corretean por una iglesia, y cuando sus padres pretenden detenerles se ponen a chillar, y acaban dejándoles correr porque si no es peor. Nicanor, después de un par de berridos que sonaron mucho más que nuestra campana, presidió la procesión hasta el final. Realizó verdaderamente esfuerzos para que sus amigos comprendiesen *cómo* debían hacerlo, para lo que no tuvo más remedio que exagerar los gestos, con regocijo de parte del pueblo y de toda la Bandera de la Legión. El resto del pueblo, y los de Infantería, echaban humo.

Pocos días después el administrador apareció en el despacho sin su optimismo habitual. «Siento interrumpirle pero tenemos un asunto urgente y muy desagradable.» «... Ha llegado un oficio. Nos han puesto una denuncia por el incidente del Jueves Santo...», «... sarcasmo al Ejército... insignias de oficial...», «advertencia previa A, «reincidencia...».

Ahora parece una tontería, pero en abril del cincuenta y tantos el asunto tenía maldita gracia.

Con absoluta inexperiencia burocrática, no sabía por dónde empezar. Al fin acabé haciendo lo que todos los españoles en apuros: buscar influencias.

Comenzó una desoladora peregrinación ascendente por las escalas del Ministerio de la Gobernación. El jefe provincial de Sanidad me mandó al director general y éste al ministro. El ministro me mandó a paseo: ¡Pero!... ¡¡¡ ¿Qué os habéis creído los psiquiatras que es el ministro de la Gobernación?!!!

Al principio quedé perplejo, porque siempre me había tratado muy bien. Le conocía y tenía aprecio, que estoy seguro era mutuo. Sin embargo, su reacción era lógica. Por supuesto yo no sabía

que otro colega le había visitado aquella misma mañana. De saberlo ni se me ocurre aparecer. Dos psiquiatras seguidos acaban con la paciencia de cualquier alto funcionario. Pero nadie me lo advirtió.

El ministro luchaba por dominar su indignación, y tuvo la cortesía de justificarla: Imaginas la envergadura de los problemas que tengo que resolver, ¿verdad? Pues fíjate lo que me ha venido a plantear tu querido compañero. Lo explicó aún más acalorado: Un colega, recién nombrado catedrático de Psiquiatría en una provincia próxima a Madrid, vive en la capital y se aloja en el manicomio de aquella ciudad los días que va a dar clase, durmiendo un par de noches a la semana. El manicomio tiene un director, que considera una usurpación que el catedrático le haya arrebatado unas salas del hospital e instalado allí su vivienda. Conserva el piso superior, y ha improvisado un plan diabólico para vengarse. La habitación sobre el dormitorio del visitante-usurpador tiene suelo de madera. Ha retirado la moqueta y puesto allí la cama de una loca violenta, coja, con insomnio y pata de palo. Quizándole el taco de goma, la cantonera metálica, toc... toc... toc, atormenta al compás de los continuos paseos nocturnos de la lunática insomne al catedrático, y le impide dormir. Este se ha quejado al rector de la universidad, al presidente de la diputación (el manicomio pertenece a la diputación), etc., pero todos son de la provincia, amigos del director vengativo y están contra el visitante. La chiflada de la pata de palo es ya un ídolo del movimiento anticentralista local. El catedrático ha tenido la peregrina idea de venir con el cuento al ministro, que aún no se ha repuesto: Pero ¿en qué país vivimos? ¿Hay alguna otra nación en el mundo, en el que le detallen al ministro de la Gobernación los paseos nocturnos de una loca coja, de un manicomio de provincias? ¡Y ahora apareces tú, con esa ridícula historia de la gorra de un tal Nicanor! ¡Pero, ¿qué os habéis creído los psiquiatras?! Comprendí que convenía esperar mejor ocasión.

Aquel ministro era el mismo que tan generosamente se volcó en la reforma de la asistencia psiquiátrica. Tras la bronca inicial solía tomar partido en favor de los médicos, y se había puesto en marcha para mi defensa. Yo no lo sabía e intenté quemar el último cartucho. Un hermano de mi padre desempeñaba un alto cargo militar de Madrid. Fui con los lamentos a su oficina. Aunque no le había visitado ningún colega, reaccionó igual que el ministro: *¡Pero ¿qué os habéis creído los psiquiatras?!*

Por lo visto todas las autoridades españolas creían que los psiquiatras creíamos algo. Puedo prometer, y prometo, que a los psiquiatras lo único que nos interesa es curar a nuestros enfermos y hablar mal de los colegas. Como todos los médicos.

Mi tío José también se puso en acción después de enfadarse (debe de ser un preliminar obligatorio), pero sin resultado. El coronel mantuvo su denuncia, que seguía los trámites habituales.

Estaba desolado en compañía del administrador y la superiora contemplando la citación judicial. Nunca había estado en el banquillo de los acusados y me atormentaban los más negros pensamientos. ¿Cómo nos habrá hecho esto Benavides, que parecía buena persona? El administrador cortó: «No ha sido Benavides, le ascendieron a general y está en Valencia, el nuevo coronel acababa de incorporarse, se llama Fernández Muiño.»

La monja saltó a la palestra. ¿No será Don Luis Fernández Muiño? «Si, se llama Luis.» ¡Pero bueno!, si a ése le curé cuando era teniente en la guerra, en el hospital de campaña. Me siguió escribiendo muchas Navidades. Vamos ahora mismo al cuartel!

—Yo no me atrevo, sor Carmen, vaya usted.

Fue.

Retiraron la denuncia.

En cuanto a Nicanor, recordando el casco de bomberos aconsejado por Benavides, llamé por teléfono a un amigo de Barcelona para pedir una gorra igual a la del presidente de la asociación de capitanes de yate. Por aquellos días aparecía en los periódicos con un uniforme tan deslumbrante, y al parecer de su propia invención, que le colocaban en el centro de todas las fotografías... *No, no me*

he contagiado. Mándame en seguida esa gorra... Creo que la venden en una tienda que se llama « El dique flotante»... Ya te explicaré... Oye, si hay sitio que le pongan dos anclas en vez de una... Que no, hombre, que no me he contagiado. Es urgente...

Nicanor, enhorabuena, te acaban de ascender. Eres .ALMIRANTE DE TRANVÍAS». Mira, han llegado las nuevas insignias, fíjate qué bonitas. Toma esta gorra y dame la vieja.

5. El mango de paraguas

Es la historia de un hombre, un mango de paraguas y su entrañable relación. Tienen de común que están rotos y abandonados. Se pertenecen. Faustino es dueño del mango, y el fragmento de paraguas tiene hipnotizado a Faustino. Así les conocí. Luego, un arranque caritativo, el más generoso que he presenciado en toda mi vida, separó sus destinos.

Una de las impresiones penosas a la llegada al hospital, fue comprobar que en un departamento los pacientes no disponían de armarito o alacena a la cabecera de sus camas, y por tanto donde guardar sus mínimas pertenencias. ¿Y la ropa? Sólo tenían un traje, que por la noche se plegaba sobre la silla. Camas y sillas, los únicos muebles en el largo dormitorio corrido. ¿Por qué no guardaban algunas cosas en los bolsillos? Tampoco los tenían. Su «traje» era una especie de camisón de tela blanca y muy resistente, porque debería lavarse casi todos los días. De mangas amplias, sólo hasta el codo, abrochados a la espalda con botones o con cintas, sin ningún ornamento, pliegue, añadido, o bolsillo.

Hace años que el hospital tiene lavandería automática y planchado mecánico. Entonces todo había que hacerlo a mano. Estos blusones nunca se planchaban, y el lavado que excepto en los meses más crudos del invierno no disponía de agua caliente, se realizaba a diario sólo cuando el olor lo hacía indispensable. Paradójicamente los enfermos más limpios eran los que estaban más sucios, pues el lavado de su ropón «podía esperar», y se iba aplazando. Faustino era uno de ellos.

Un simple parche de tela en la parte delantera hubiese servido de bolsillo, a modo de la bolsa marsupial de los canguros, rudimentario pero suficiente para llevar algunas cosas guardadas. ¿Por qué no lo añadían al blusón? Algunos de los responsables de esta posible decisión no sabían por qué, otros argüían que tratándose de enfermos tan deteriorados, olvidaban sacar sus pertenencias al cambiar de ropa, en ocasiones alfileres o alambres oxidados que podían herir las manos de la lavandera, otras veces sus deyecciones o cualquier otro elemento repugnante. Si tenían apego a lo guardado su pérdida les provocaba un disgusto, por tanto era mejor que siguieran utilizando «la bolsa del tesoro».

Sirve de relativo consuelo comprobar que esta situación tenía carácter internacional, pues por aquellos años se publicó en Francia un interesante trabajo con este nombre, «La bolsa del tesoro», refiriéndose a la que sus enfermos, igual que los nuestros, llevaban colgando de la mano, o prendida a la cintura. El trabajo del colega francés era interesante. Realizó una investigación sistemática de lo que el enfermo guardaba, su «tesoro», realizando un análisis dinámico del por qué de esta arbitraria selección de objetos, en relación con el mundo interno de cada paciente.

El contenido de los bolsillos del pantalón de un niño, casi siempre muy abultados, se parece en cierta medida al «tesoro» de los enfermos: Un pañuelo sucio, un trozo de lápiz, el rabo de una lagartija que quedó en su mano al agarrarla, una piedra, un sacapuntas roto, un alambre enrollado, tres clips, un pegote de chicle varias veces usado, tres cromos arrugados, dos chapas metálicas de las que cierran las botellas...

En mi infancia, los niños íbamos al colegio además de con los bolsillos en estas condiciones, con una bolsa de tela, cerrada por una cinta que servía para colgarla del cinturón. La función de la bolsa era llevar en ella las canicas. Bolas de barro pintado en colores vivos, también las había de piedra o

de cristal. Las canicas pesan, abultan, y, por su forma, tienden a escapar por cualquier agujero o descosido del bolsillo. Eran a la vez el patrimonio, los ahorros y las ganancias del niño. La bolsa tenía su justificación, formaba parte de la silueta infantil, y a un niño sin ella se le veía como a un desposeído, casi un mutilado.

Las esferitas de barro eran las más baratas, un céntimo cada una (hasta 1936), pero se rompían con facilidad y su forma imperfecta no acababa de agradar. Una de piedra se cambiaba por cinco de barro. Las de cristal eran de dos tipos. Unas, de vidrio monocolor, procedían de las botellas de gaseosa, de las que formaban el cierre hermético, apretándose por la fuerza expansiva del gas contra una arandela de goma en el borde superior de la botella. Valían diez canicas de barro. Las otras de cristal transparente, con espirales multicolores en su interior, nos parecían un milagro de la técnica y el ingenio de los adultos. Su precio: veinte de las de barro, pero había ejemplares excepcionales mucho más valiosos.

Algunos privilegiados disfrutaban con la posesión de esferas de acero, residuo de algún rodamiento a bolas. Era un signo de ostentación estéril, como la de los propietarios de yate que no navegan y sólo lo usan para presumir tomando copas en cubierta, para envidia de los que pasean por el puerto y de los que toman las mismas copas en una embarcación de menores dimensiones y lujo. Las bolas de acero, pese a su atractivo y prestigio, pesan demasiado y no se prestan a la función de las canicas: el juego del castillo o del puente. Por su nombre estos juegos deben tener una larga tradición, quizá desde la Edad Media. El castillo se forma con cuatro bolas, tres de base y una sobre ellas, tal como se colocan las antiguas balas de cañón en los museos de artillería. El oponente, desde una distancia convenida, que suele ser una zancada del propietario del castillo, dispara la canica sujeta en el dedo índice flexionado, utilizando como fuerza propulsora la del pulgar, engatillado con la uña sujeta por el extremo del índice. Si derriba el castillo se adueña de las cuatro bolas, si no lo toca pierde la suya.

En su aparente simplicidad las canicas cumplen muchas funciones en el adiestramiento del niño para la lucha por la vida. Son la primera actividad deportiva «marrón», remunerada. Embrión de las actitudes competitivas en la adquisición de bienes materiales. Hay jugadores hábiles y torpes, fanfarrones y ladinos, limpios y sucios, ganadores natos y otros que se condicionan a perder. Algunos niños poco habilidosos físicamente no juegan, pero con astutos cambalaches van aumentando el contenido de su bolsa, que acaba siendo la más abultada. Todo un micromundo, espejo de la dinámica de la sociedad humana en ebullición. Como en ella: ¡Ay de los vencidos!

Las bolsas de los enfermos eran idénticas a las de las canicas, quizá por eso me impresionaron tanto. La función del contenido completamente distinta. Estos enfermos, los más deteriorados del hospital, por su empobrecimiento psíquico habían perdido todas las aptitudes competitivas que adquirieron en la infancia. El «tesoro» siempre era multiforme y absurdo en apariencia. El contenido de cada bolsa adquiere significado y resonancia sentimental para su dueño, pero generalmente no lo tiene para los otros enfermos.

Deprimente espectáculo el de un grupo de pacientes mentales «profundos». La esquizofrenia es una enfermedad con múltiples formas clínicas, de apariencia y consecuencias completamente distintas. Tanto que muchos dudamos de que se trate de una misma enfermedad. Hay formas benignas, precisamente las que más asustan al enfermo y su familia, las que por sus alucinaciones, desorganización del pensamiento, episodios de violencia, etc., coinciden con el concepto que el vulgo tiene de la «locura». Gran número de estos enfermos se recuperan y vuelven a la lucha por la vida. Otras formas de esquizofrenia son destructivas de la función cerebral. Provocadoras de «demencia» en sentido estricto: aniquilamiento de la mente. Los pacientes inician la enfermedad en una etapa muy temprana de su vida, en la pubertad o primera adolescencia, y quedan «demenciados», empobrecidos intelectualmente. Faustino era víctima de esta modalidad destructora y, en aquella época, sin esperanza.

No existían todavía centros especializados en subnormales graves, y a éstos se les alojaba con los psicóticos profundos. El grupo es fantasmal y deforme, como una pesadilla de la que se quisiera

despertar y que no pudiese ocurrir en la realidad. Los pacientes sin capacidad de relación estable, no se comunican y permanecen inmóviles, deambulan torpemente o se agreden.

Los libros técnicos describen las estereotipias y regresiones. Contemplarlas simultáneamente en un grupo de personas encerradas en un patio, deja huella en todo corazón no encallecido. Las «estereotipias» son actos innecesarios que se repiten perseverantemente. Casi todos estos pacientes las tienen. Algunos caballos estabulados mueven incesantemente la cabeza de un lado a otro, en un penduleo constante, para el que no hay corrección. Generalmente se les sacrifica. Suele ocurrir con los osos enjaulados en el estrecho recinto de los antiguos zoos, o de los circos ambulantes. Algunos de estos pacientes realiza el mismo tipo de movimientos, se le llama «síndrome del oso enjaulado». Otros golpean rítmicamente con una mano, durante horas, o rascan con las uñas el suelo o la pared. Además de las estereotipias de movimiento, como éstas, las hay de fonación, y quien las padece grita intermitentemente, sin carácter intencional, sin pretender significar o comunicar algo, es sólo un acto automático repetitivo, una «estereotipia». Las hay también de lugar, la víctima al salir busca todos los días el mismo rincón, o banco y de allí no se aparta. También existen posturales, y el sujeto en cuanto puede adopta una postura, siempre la misma, aunque sea inadecuada o contraproducente, como estatuas humanas.

La llamada «regresión» significa que la persona retrocede, regresa, a etapas iniciales de su desarrollo, y olvida todo lo aprendido después: hablar, vestirse, el uso de los utensilios para comer, el control de esfínteres. En las regresiones graves, el comportamiento remeda el de un niño de sólo meses o días de edad, pero con cuerpo y vigor de adulto. Hay quien teoriza que la regresión puede alcanzar etapas prenatales de la vida intrauterina, pues algunos de estos enfermos adoptan constantemente, incluso en la cama, una postura «fetal», plegados sobre sí mismos, como el feto en el útero y no hacen otra cosa, ni comer. Hay que alimentarles forzosamente, por sonda nasal, porque la muerden y cortan si se les da por la boca.

Otros comen vorazmente, con apetito ciego, sin distinguir de los alimentos las piedras, mechones de pelo, tierra, etc. Se llevan a la boca, como el niño al que le salen los primeros dientes, todo aquello con que tropieza su mano.

Las moscas son una molestia ocasional, casi un recuerdo que se reactiva incómodamente cuando se ponen pegajosas los días en que sopla el poniente.

Allí eran una plaga, posadas a miles, como manchas negras sobre los enfermos estatuarios, que no hacían ningún movimiento defensivo, ningún gesto o parpadeo para espantarlas de las comisuras de la boca o del borde de los párpados. Dentro de la repugnancia con que asocio su recuerdo, tengo que reconocer que estos insectos proporcionaron, con su fotografía sobre el rostro de algunos pacientes, el primer dinero que pude arrancar al ministerio para la reforma del hospital. Incluso los políticos y los altos funcionarios tienen estómago y corazón.

En este ambiente conocí a Faustino. Llevaba en el pabellón varios años. No muchos, aún era joven. Uno de los matices más desoladores en un departamento como aquél es el de la incomunicación: Los que gritan lo hacen para sí mismos, los pocos que hablan palabras articuladas no suelen construir frases completas. Los gestos de estupor, sufrimiento o embeleso tampoco van dirigidos a los demás. ¿También de embeleso? Sí, algunos pacientes tienen expresión de gozo inefable.

«Inefable», el diccionario define: «que con palabras no se puede explicar». Es un adjetivo que solemos escuchar asociado a las vivencias místicas. Cuando una persona experimenta algo que no tiene nada que ver con la vida cotidiana, que carece de puntos de referencia previos, que no corresponde a nada conocido; es mucho pedir que nos los explique con palabras, que siempre están asociadas a algo que se conoce. Es lo que ocurre a los místicos en el contacto subjetivo con la divinidad. Provoca en ellos sensaciones nunca vividas fuera de estos momentos: los «éxtasis místicos». Al tomar de nuevo tierra no pueden dar una versión asimilable de lo sentido durante el éxtasis: es inefable. Algunos místicos con talento literario, como Santa Teresa, nos permiten atisbar

ciertos rasgos del misterio; siempre expresado a través del vocabulario que se utiliza en el amor humano, en su expresión más exaltada. La iconografía con que los artistas intentan reproducir en esculturas y retratos los episodios de arrobamiento espiritual, con excesiva tendencia a poner a los santos ojos de carnero degollado, nos han acostumbrado a identificarlos como gozosos, o impregnados de dolor ambivalente, dolor-placentero placer-doloroso. También ocurre en el amor.

Estos momentos, en que seres privilegiados ascienden a un nivel de sublimidad que no parece asequible a la naturaleza humana común, tienen su triste remedo, su caricatura, en la enfermedad.

Un paciente, que por su expresión parece estar transportado en éxtasis, destaca sobre cuantos le rodean con gesto ausente o dolorido. La facies de embeleso místico, que puede permanecer durante horas, y ser un estado habitual en determinado paciente, no contiene el volcán de ideas y sentimientos del auténtico místico, es una máscara hueca, casi vacía de contenido. Cuando lo tiene suele ser agradable para el enfermo, pero se trata de un estado de ánimo inducido biológicamente, no de un raptó espiritual. Es un automatismo sentimental, que gusta saber que se vivencia placenteramente, porque su protagonista modifica el tono general del departamento y despierta interés y simpatía.

Faustino sufre, ¿disfruta?, frecuentes raptos de embeleso, pero mi simpatía se debe a otros motivos, ya he conocido muchos casos similares. Sólo parecidos, porque Faustino es un ser de bondad y desprendimiento excepcionales. De inclinación solitaria no busca compañía, sin embargo, dentro de su aislamiento siempre está dispuesto a ayudar. Si cae otro paciente lo levanta, si se lamenta o llora, acude a su lado e intenta consolarle, luego marcha a su rincón. Faustino es uno de los menos deteriorados del grupo. Conserva un cierto nivel de lenguaje, desorganizado y elemental.

Al entrar los médicos, cuidadores o monjas en este departamento, la mayoría de los enfermos permanecen ausentes. Otros siempre se acercan, tropezando y babeantes. No es un acto de cordialidad o petición de ayuda, es un automatismo, vienen a posarse, igual que las moscas que les cubren, y a toquetear instintivamente, como hacen con todo lo que se mueve, con las manos sucias de secreciones nasales o excrementos. Con una claudicación egoísta siempre que puedo entro detrás de sor Aniceta, la monja del pabellón que sirve de pararrayos, pues se adhieren al que va delante, y la sor no les rechaza.

Faustino suele estar en su esquina preferida, en el borde de la sombra de uno de los árboles, tanto en verano como en invierno. Contesta si se le habla, si no prefiere continuar abstraído. La mímica de arrobo de Faustino tiene dos modalidades. Una de ellas fija, congelada, mirando beatíficamente al vacío, los ojos perdidos en lo alto. La otra modalidad es la que más interesa por lo poco habitual. El embeleso tiene contenido, se dirige a un objeto, siempre el mismo, al que mira con placer indescriptible: el mango de un paraguas.

Es un mango de celuloide, los plásticos no se habían difundido entre nosotros. Ambarino, transparente, con volutas nacaradas en su interior. No puedo imaginar con qué tipo de tela se completaría aquel disparate estético. La huella de la inserción por atornillamiento de la vara metálica central del paraguas está aún visible en su extremo inferior. Está roto por la rosca, y éste debió de ser el motivo de su abandono.

¿De dónde lo sacó Faustino? Sor Aniceta dice que llegó con él al hospital dentro de su bolsa. Una bolsa casi vacía, porque en sus gestos de consuelo a otros pacientes, suele regalar al apenado algo de lo que contiene, y es muy difícil reponer el ahorro gastado, en el patio de un pabellón de profundos de un viejo manicomio. El «tesoro» de Faustino mantiene dos elementos fijos, su única posesión preciada, y tema de muchos episodios de gozo inefable. Uno es el mango del paraguas, y otro es un retrato ovalado, sobre chapa metálica con orificio en los dos extremos, para dar paso a los tornillos que lo sujetaban a la lápida, pues se trata de una de esas fotos, que en cementerios de pueblo pueden verse sobre las tumbas.

Faustino, ¿de quién es esa fotografía?: «madre»

Imposible saber si se trata realmente de su madre, o el retrato lo recogió de un cubo de basura, junto al mango del paraguas. Subjetivamente da igual, porque él la identifica como su madre, y dentro del reducto estrecho en que ha quedado limitada su vida afectiva, ocupa el lugar prevalente. Es el ancla sentimental que fija su corazón al pasado.

Cuanto más se observa a Faustino, resulta más interesante y distinto a los restantes enfermos. Su jornada sigue un esquema fijo, casi un ceremonial litúrgico. Llegado al patio, se dirige a «su» puesto de meditación, bajo la sombra del árbol. Como los demás pacientes son también muy rutinarios, suele estar vacío, pero si alguno lo ocupa Faustino no disputa. Marcha a otro punto similar, siempre en el límite del sol y la sombra.

Sentado en el suelo, con las piernas cruzadas y un pie bajo cada muslo al modo de los orientales, coloca la bolsa en el centro. Deshace el nudo y abriéndola rebusca en el interior. Saca con pausa, con solemnidad, el retrato de su madre. Tras mirarlo un rato lo besa y vuelve a guardar. Entonces alternan sus éxtasis inmóviles, con los que tiene, apasionados, con el mango del paraguas. Muchas veces quedo escudriñando, de lejos para no turbarle, cómo Faustino contempla su objeto amado. Lo acaricia, mira, remira, contempla al trasluz, lo vuelve a acariciar. Cambia de iluminación, sacándolo de la sombra a la luz del sol. Quizá por eso busca siempre la zona limítrofe. Contempla con perceptible embeleso los destellos de luz vibrando en las volutas nacaradas y cómo varían al pasar de nuevo a la sombra. Lo deja reposar en la palma de la mano izquierda, lo mira inmóvil, o lo gira lentamente con la mano derecha. Sólo cuando le llaman para la comida, para retirarse, o sale espontáneamente en ayuda de alguien, interrumpe el diálogo amoroso con aquel pedazo materializado de su corazón, y lo vuelve a guardar en la bolsa flácida, la más vacía de todo el departamento. En un sentido es el más pobre. En realidad el más rico porque no desea otra cosa, y tiene lo que quiere con toda el alma.

Es difícil dilucidar quién merece más piedad en un grupo como éste que parece acumular todas las deprivaciones. La propia gravedad de la dolencia hace que algunos pacientes parezcan insensibles, y por tanto sin sufrimiento. Tampoco el que más llora es siempre quien más sufre, pero en este caso sí: Luisito.

Me opuse tenazmente a su ingreso, impuesto por «la superioridad, porque con sólo 15 años no tiene la edad reglamentaria, y su angustiado desvalimiento hace más patente la miserable condición del hospital.

Es un retrasado mental, y no existía un solo centro especializado en subnormales. Su madre gravemente enferma no puede atenderle, y la familia aunque parezca increíble ha movido influencias para que ingrese precisamente en nuestro hospital, que es el más próximo al pueblo donde residen. Tenemos otros subnormales, pero de más edad y más profundos, y no es tan cruel su mezcla con los psicóticos. Además Luisito va a ser la víctima, codiciada e inmediata, de los homosexuales a la espera de una presa similar.

Paradójicamente en el pabellón de profundos es donde corre menos riesgos mientras gestiono su traslado. ¿A dónde?

Luisito nunca se ha separado de las faldas de su madre, ahora agonizante sin que él lo sepa. Padece tardíamente el trauma de separación, en el tétrico escenario de nuestro pabellón de profundos.

Pasa los primeros días llorando asustado, sin querer soltar el hábito de sor Aniceta, un tanto desconcertada por su repentina asignación maternal, a la que va tomando apego.

No pudiendo cargar todo el día con Luisito, procura buscarle niñeras suplentes, en alguno de los enfermos menos tarados e inofensivos. No tiene mucho donde elegir, y algún rato lo deja junto a Faustino.

Por algún motivo Faustino no puede soportar ver llorar a otro, y Luisito vuelve a deshacerse en llanto en cuanto marcha la monja. Faustino apenas habla. Comprendiendo lo que se le dice si no es

muy complicado, prefiere hacerse entender por señas y gestos. Sonríe a Luisito, luego le acaricia. El crío sigue llorando, ahora silenciosamente, y Faustino saca el mango del paraguas, y lo hace brillar al sol. Hay un momento de silencio. Lentamente el chico extiende la mano e intenta coger aquel objeto que también a él le atrae de modo singular. El psicótico retira bruscamente el tesoro. ¡Todo tiene un límite! Luego, al ver que Luisito frunce de nuevo el ceño y asoman las lágrimas, lo muestra otra vez y se lo deja tocar, sin soltarlo.

Fue el comienzo de una relación extraña y cordial, que Faustino procura distanciar porque prefiere estar solo, pero que reanuda siempre que ve al crío atribulado. Luisito por su parte se va independizando tanto de la sor como del enfermo. Familiarizado con el ambiente, y más rápido que los demás, corretea, juega, y empieza a ser él quien gasta bromas a los otros. Tiene su «bolsa del tesoro», llena con algunas chucherías que le trae la monja.

De vez en vez se acerca a Faustino, que contempla embelesado el ámbar de celuloide. En ocasiones lo muestra a Luisito y lo admiran juntos. Otras sigue abstraído, hipnotizado por la pieza fascinadora, y el chico aprende a sentarse silenciosamente al lado del enfermo, y como un espectador en el teatro presenciar esta singular escena de amor. A Luisito no se le ocurre, pero muchas veces da ganas de aplaudir.

Faustino cada vez está más transportado, más ausente en su embeleso, y al niño le empiezan a aburrir estas aproximaciones sin eco visible en el otro. Poco a poco deja de acercarse a Faustino. Parecen haberse olvidado.

Una mañana fría de noviembre, en la que el sol lucha con los nubarrones, Luisito tiene visita. Los parientes vienen en comitiva, a comunicarle que su madre ha muerto.

De nuevo en el patio de «profundos», el niño llora silenciosamente, junto a la monja que le intenta consolar. Faustino se levanta y acerca. Sor Aniceta le susurra: «Ha perdido a su madre.»

El esquizofrénico queda perplejo. Acaricia a Luisito. Luego silencio. Al fin un arranque aparentemente trivial, de los que pasan inadvertidos en la tierra, pero que retumban en las bóvedas del cielo como el tronar de mil cañones: Faustino regala a Luisito el mango del paraguas. El niño lo acepta y sigue llorando. Faustino, con un gesto dolorido, como quien separa los bordes de una herida, abre lentamente, muy lentamente, la bolsa, y le entrega el retrato de su madre.

6. La fuga de los grandes capitales

Durante mucho tiempo la llamaron así, «La fuga de los Grandes Capitales». Las primeras semanas no se habló de otra cosa en el hospital. Cuando alguien preguntaba de alguno de sus protagonistas: «ése, ¿quién es?», recibía siempre la misma respuesta: «ése, uno de los Grandes Capitales», después solían contar la historia de la fuga.

Esta fuga fue causa de un bonito susto para el director. La fuga de un enfermo siempre preocupa al director del hospital, por lo que le pueda ocurrir al prófugo y porque según la Ley es responsable de los desmanes que cometa el paciente. Pero ¡la desaparición simultánea de cuatro enfermos, llevándose además con ellos el portero! Eso alarma al más templado.

El portero, Aquilino, era en realidad otro enfermo más. Jubilado el titular de la portería, el sueldo era tan mezquino que tardaron en encontrar sustituto. Durante unos meses suplieron su ausencia en la vigilancia de la puerta tres pacientes, elegidos entre los menos graves, que por una gratificación hacían sus turnos.

Siendo la portería de un manicomio puesto de responsabilidad, habían elegido enfermos «insobornables», pero ya se sabe: la carne es floja. Aquél fue precisamente un asunto de «la carne», y eso explica todo.

Debimos haber sospechado al notar cómo miraba Aquilino a las alumnas de Psicología cuando acudían al hospital a realizar su examen práctico. Solían hacerlo en la sección de mujeres, para no alborotar con su fragante presencia a los enfermos. Eran otros tiempos. El control de las manifestaciones externas de la sexualidad tenía carácter casi obsesivo. La televisión ha cambiado las cosas con rapidez y profundidad no previstas. En los pueblos las mujeres iban vestidas de negro, y con falda hasta la pantorrilla. Según se instalaban repetidores de televisión por la geografía española, podía adivinarse al pasar en coche si ya en el pueblo tenían o no televisión, según siguiesen de negro, o vistieran minifaldas multicolores. Ésta es una historia de antes de la televisión, cuando aquellos pobres asilados pasaban años sin ver más silueta femenina que la de las Hermanas de la Caridad con sus grandes hábitos y tocas monumentales. Las Hermanas se encargaban de dejar bien claro que ellas no eran «mujer objeto», eran monjas.

Por otra parte, hay que ser justos, las estudiantes de Psicología no tenían la culpa de ser tan jóvenes, ni de haber engordado por la vida sedentaria de la preparación de los exámenes, ni de que éstos se celebrasen durante los calores del final de junio teniendo que acudir con el ligero atuendo apropiado a la canícula.

En el «Don Juan» de Mozart hay una escena inesperada en el primer acto, cuando Don Juan olfatea el aire nocturno' y dice, imponiendo silencio a su acompañante: «Zitto, mi pare sentir odor di femmina...» (calla, me parece sentir olor a mujer), y efectivamente por la esquina opuesta de la plaza aparece una «femmina». Quizá el entusiasmo por esta ópera me haga asociar la presencia de las estudiantes en el patio de entrada, de paso hacia el departamento de mujeres, con la desazón colectiva que se notaba en el de hombres. No era posible que todos tuvieran un olfato como el del Burlador de Sevilla.

Aquilino no precisaba ventear su presencia. Era él quien les abría la puerta e indicaba el camino a seguir. ¡Qué miradas, qué sonrisas, qué gestos zalameros, qué modo de seguirlas con la vista y con

el olfato, acompasando los movimientos de su cabeza con el ritmo de las caderas de las visitantes!

Las estudiantes desaparecían por la izquierda del patio de entrada. Hacia la derecha se entra en el primer pabellón de hombres, que tiene jardincillo propio en uno de cuyos rincones cría canarios el capellán. Junto a la pajarera, sentados en un banco están el «Príncipe de Hernán-Borbón» e Iñaki.

El «Príncipe» dormita, Iñaki mira atentamente las nubes por si consigue que adquieran forma de mujer. No precisa que nadie le encandile con las hembras, porque sólo piensa en ellas y en el vino. Eso al menos se deduce de su historia clínica en la que, como debe ser, constan recogidas literalmente algunas frases características del enfermo. De la primera entrevista con Iñaki a su ingreso queda este pintoresco diálogo:

— ¿Qué tipa de vida llevaba usted?

— ¿Yo?, pues *bilbaíno rico*. — ¿Y en qué consiste eso de bilbaíno rico?

— *Pues, comer mucho... beber mucho..., mujeres...!bilbaíno rico!*

En el tiempo que lleva en el hospital, con una demencia alcohólica que le ha dejado pasmón y reiterativo, no ha salido de este círculo de ideas pese a la ausencia de mujeres, de la carencia de vino, de que la comida no es gran cosa y de que la riqueza ya se la había bebido y prostibuleado años antes de ingresar. Como consecuencia de tanta privación en sus valores fundamentales insiste en demostrar el único vigente: ser *bilbaíno*. Para ello cuenta con un argumento aplastante: la foto de un grupo de personas apiñándose a la puerta de un conocido restaurante. Esta foto ajada, con pliegues y las esquinas rotas es para él a la vez documento de identidad, ejecutoria de nobleza, y carnet de un club «muy exclusivo» como dicen ahora los cursis. Señalando con la uña del meñique un tanto enlutada una de las cabezas visibles en la foto, Iñaki pregunta sistemáticamente a su interlocutor:

— ¿A éste conoses, verdad?

— No, no le conozco.

—*Despistado eres, pues. Este es Santi, uno de los Bocheros, y aquí casi a su lado, yo soy.*

Inapelable, porque allí está Iñaki, con más pelo, menos años, menos kilos, y aire de muy satisfecho pese a que en el grupo no hay mujeres. Con el vino y la comida acababan de tener la más entusiasta de las relaciones, no hay duda.

En el mismo banco cabecea junto a Iñaki el «Príncipe de Hernán-Borbón». Es otro tema. Aunque alguno de los valores básicos de Iñaki también le afectan, especialmente la afición a las mujeres, tiene que compartirlas con más graves preocupaciones, de modo particular las del gobierno de España y sus restantes estados, «ahora todo usurpado por Franco, pero he dicho a mis súbditos que no quiero derramamiento de sangre,».

De sangre quizá no, pero derramamiento de palos lo exige de vez en cuando hasta por escrito: «¿Han sido ya apaleadas esas viles mujeres?» Esta nota conminatoria va dirigida al director del hospital. Las «viles» mujeres no han sido apaleadas, continúan en la cocina y el apaleado fue él.

El incidente se produjo unos días antes debido a que el «Príncipe, está a régimen, y contra las normas del reglamento de vez en cuando llegaba hasta la cocina a elegirlo. La cocina, como tantas cosas en el hospital, funcionaba gracias a los enfermos, en este caso enfermas, que ayudaban al exiguo personal de plantilla. La cocinera, dos pinchas de oficio y una monja, reforzadas por algunas pacientes. Entre ellas una robusta moza recién ingresada, de firmes caderas que excitaron el principesco apetito mucho más que las que se cocinaban en el caldero que removía la enferma. Acercándose por detrás, como para mirar por encima del hombro, el «Príncipe, se sintió con licencia para ejercer una versión actualizada del derecho de pernada, sumamente discreta todo hay que reconocerlo, con un prolongado y lascivo pellizco.

La enferma dejando el cucharón soltó de revés una soberana bofetada que echó por tierra al egregio visitante, y luego arrepentida de haber abandonado el instrumento volvió a agarrar el cucharón de madera y ¡zas!, ¡zas!, ¡zas! Cruzó repetidas veces las posaderas del obseso prócer, que luchaba con sus kilos, vergüenza y furia para incorporarse.

El episodio, por supuesto, no fue silencioso. A los insultos de la pincha se sumaron en seguida los de las demás. A escobazos, empujones y patadas, le echaron de la cocina entre menciones a la madre del pellizcador, mientras éste intentaba corregir: «Augusta Madre, ¡cretinas!, Augusta Madre.»

Como muchos obesos cincuentones el «Príncipe» era hipertenso. Con el sofoco además de la dignidad quedó quebrantada su salud. No es de extrañar que reclamase «un castigo físico, público y ejemplar». Días después insiste por carta: «¿Han sido ya apaleadas esas viles mujeres?» Cada cosa en su sitio.

De regreso del turno de portería, Aquilino centra la curiosidad de los otros enfermos, que desean conocer las novedades del único punto de contacto del hospital con el exterior: «Ahora no hay mucha animación, pero los días de exámenes... ¡se ven unas carnes!»

Vedada definitivamente la cocina, las mujeres, viles o no, siguen obsesionando al «Príncipe». Cedió en su altivo distanciamiento acercándose al grupito en el que Aquilino describe la reciente etapa gloriosa de la portería con un permanente movimiento ondulatorio de las manos. La escena se prolonga y se repite. De vez en cuando el «Príncipe» interrumpe, sin que nadie le conteste: «¿Se ha informado a esas señoritas de mi presencia en este lugar?»

El hospital, como todas las agrupaciones de seres humanos, tiene su estructura social. Arbitraria y delirante, pero la tiene. No había lucha de clases, pero clases más que en ninguna parte, y enfermos muy empeñados en marcarlas. En ocasiones este acento social surge del modo más inesperado. Uno de los indicios de la categoría en que se autocoloca el enfermo es la interpretación que hace de la identidad del lugar donde se hallan encerrados. Recuerdo una cursi postmenopáusica, la cursilería imprime carácter y se conserva hasta en la demenciación, que insistía en que aquello era: «un pensionado para señoritas damas nobles». Para algunos es «un monasterio», «un centro de espionaje», etc. Para el «Príncipe» es «una de mis posesiones confiscadas». Otros pacientes, mejor orientados, suman a las amarguras de la enfermedad el saberse internados en un manicomio. La perturbación al profundizarse sirve, a veces, de forma de consuelo.

Algunos enfermos logran que sus categorías sociales imaginarias se respeten por los demás, al menos en términos generales. Otros causan irritación a los restantes enfermos con sus pretensiones, o se convierten en tema de burla, que a veces es mutua. En general sorprende lo bien que los pacientes aceptan las pretensiones ilusorias de los demás. Deberíamos tomar ejemplo.

El «Príncipe» se las arregla para provocar todo tipo de reacciones, alguna como la de la cocina. Todos somos un poco lo que nos creemos, y en cierta medida logramos convencer a los demás. El «Príncipe» cuando está de buen talante mantiene un tono de superioridad digna y de tolerancia, que recibe como eco un trato deferencial incluso por parte de los médicos que no nos logramos sustraer a la fascinación de su empaque.

El día de los inocentes colocaron sobre su cama una imitación de un rosco de heces, bastante bien logrado con cartón, de los que venden precisamente para este tipo de bromas. Al «Príncipe» no le gustó. Fue a verme: «como representante del gobierno que me tiene aquí confinado, le ruego dé instrucciones para que se respete mi rango. Puedo aceptar alguna broma o inocentada, siempre que sea una broma principesca, por ejemplo un ramo de flores perfectamente imitadas, que al acercarse a olerlas resulte que son artificiales y no huelen... pero esa deyección de pega, comprenderá usted que es impropia». A quien se expresa en este tono, se le responde casi automáticamente con respetuosa cortesía, y era muy frecuente encontrar a alguien, sano o enfermo, brindándole explicaciones o excusas.

La enfermedad del «Príncipe» es de las que inducen al paciente a representar su papel, y era un

excelente actor. Para llevar airoosamente un delirio de grandezas que valga la pena son precisas ciertas condiciones, y ambición. Años después tuvimos otro enfermo, gordito, tímido y optimista, de Carabanchel, quien padeciendo también un delirio de grandeza y pudiendo por tanto elegir sin límite para sus deseos, se conformó con un papel secundario, de acompañante. «¿Usted, quién es?»: «¿yo?, el hermano de Gento». Es el delirio de grandeza más original que he conocido, y todos los récords tienen su interés.

El «Príncipe» tenía ciertas cualidades. La modestia y la gratitud no figuran entre ellas. Una prima carnal, que trabajaba de cocinera en Madrid, era la única persona que acudía a visitarle y solía hacerlo con alguna confitura de regalo: «Señora, agradezco su amabilidad, pero estos pequeños obsequios tienen que enviármelos por alguien del Cuerpo Diplomático, con categoría de embajador. De lo contrario prefiero no recibirlos. Por supuesto estas visitas de usted, como las de cualquiera de mis súbditos leales, las acepto con mucho gusto.» La prima seguía viniendo, dicen que estuvo enamorada de él. Le aguantaba todo, y eso sólo se hace por cariño o una inmensa generosidad.

En las colecciones de sellos hay un ejemplar más raro que los restantes, por eso máspreciado y que se tiende a mostrar a los otros filatélicos. El «Príncipe» era nuestra pieza excepcional. El único caso en el hospital de paranoia pura. Aparte su interés humano, lo tenía enorme desde el punto de vista clínico y didáctico. Algunos autores afirman que la paranoia no existe en forma tan nítida. Por tanto era obvia la tentación, y la conveniencia de mostrarlo para la enseñanza. A las clases de la facultad ni se me ocurrió llevarle. Lo hubiese vivido el enfermo como una afrenta y vejación tan graves, que ningún interés didáctico podía justificar. Bastantes sufrimientos aporta la enfermedad, para que los médicos nos permitamos aumentarlos. Con los médicos y estudiantes de prácticas en el hospital se tomaban precauciones, dando al encuentro una versión satisfactoria para el delirio del «Príncipe». «Hay una comisión que desea visitarle, ¿acepta recibirles?» Eran los «súbditos leales» que mencionaba a su prima.

Hace algunos decenios Extremadura debía de estar dividida en muchísimas mitades, pues hablaban de multitud de personas cada una de las cuales era «dueño de media Extremadura». En los dominios de uno de estos latifundistas nació el «Príncipe». Hijo de un vaquero, fue tan palpable su condición de niño excepcionalmente inteligente, que los dueños de la finca le pagaron estudios, pasando con el tiempo a nombrarle administrador y encargado general. La psicosis le privó simultáneamente del puesto de trabajo y de la cordura.

La paranoia es una enfermedad de comienzo paulatino, progresivo. El delirio se va montando pieza a pieza, sin perder nunca la coherencia consigo mismo. El paciente sigue razonando, bajo premisas falsas, pero con habilidad, de modo que su fantasía patológica adquiere el carácter de una novela, que es invención, pero pudiera haber ocurrido, y se engarza con el ambiente en que vive el enfermo. Si está casado con una mujer atractiva puede desarrollar un delirio de celos, si fue víctima de alguna injusticia de ella arranca un delirio de persecución; si anhela honores y riqueza se los brinda la fantasía distorsionada por la enfermedad. Este fue el caso del «Príncipe», cuya mente fue urdiendo la trama por la que trepar, y cuyo esquema en resumen era así: Con hábiles inversiones había creado de la nada una inmensa fortuna llegando a ser el hombre más rico de la Tierra. Por un donativo generoso al Vaticano, el Papa le concedió el título nobiliario pontificio de «Vizconde de Hernán». Al financiar la reconstrucción de los ferrocarriles japoneses, el emperador Hiro Hito, agradecido, le ascendió a «Duque de Hernán». Habiendo sostenido económicamente en el exilio a don Alfonso XIII y luego a toda su familia, recibió el privilegio de añadir el Borbón al ducado inicial, quedando como «Duque de Hernán-Borbón con Grandeza de España». El principado vino después, y al fin el derecho a la corona de España, por una serie de convenios que detallaba minuciosamente. Prometido en noviazgo formal a la princesa Margarita de Inglaterra, estaba esperando a que Franco se convenciese al fin de que era inútil prolongar la situación existente, devolviéndole los bienes confiscados y el acceso al puesto de mando supremo. Así el pleito acabaría en un final feliz para todos los españoles.

Franco no parecía muy dispuesto a cambiar de actitud pese a la generosidad del «Príncipe», que

escribía asiduamente al Pardo ofreciendo perdonar «la sucia maniobra de haberme encerrado en uno de mis edificios, convertido en manicomio, mezclándome con auténticos enfermos mentales para desacreditarme...».

Bloqueado política y económicamente dentro de España, no lo estaba en las imaginarias finanzas internacionales, comprando a diario nuevas minas, navieras, ferrocarriles, fincas, etc.

En el pabellón en que se alojaba el «Príncipe» todos los pacientes disponían de habitación individual, y la suya tenía las paredes cubiertas de mapas, de los utilizados en las escuelas para enseñar Geografía, en que iba marcando con tinta las nuevas adquisiciones.

Una vieja máquina de escribir le servía para teclear las cartas diarias a ministros, al Banco de España, a gobernantes y magnates extranjeros. Muchos días disponía de «secretario», Germán, un infeliz a quien había prometido un «alto cargo en un ministerio», y acudía servilmente a escribir al dictado aquel torrente epistolar. Tras varias horas de tecleo le despedía: «Bien, Germán, hoy puedes marchar contento, has cumplido con tu deber.» Efectivamente Germán marchaba contento, para regresar al día siguiente con apego masoquista a aquella esclavitud voluntaria, de la que los médicos y otros asilados intentaban liberarle. El «Príncipe» hacía confidencias a muy pocas personas, pero a éstas les había confiado: «No sé, no sé. Creo que a Germán no se le debe dar el puesto a que aspira en el ministerio. Le falta presencia y dotes de mando. Será mejor recompensarle con una pensión vitalicia, y algún cargo honorífico sin responsabilidad.» Era muy cuidadoso en materias de gobierno.

Hasta las personas más trabajadoras precisan de algún rato de asueto, y el «Príncipe» lo compartía con otros tres internados jugando al mus. Uno de ellos era Iñaki el «bilbaíno rico», no en vano se decía por aquellos años: «era un grupo muy elegante, había duques, marqueses y gente de Bilbao». Los otros dos musitas eran Don Servando y Don Lisardo «El Filósofo». Inicialmente el «Príncipe» pretendió que los otros tres le recibieran en pie y con una reverencia. Al comprender que no iba a conseguirlo ni a encontrar mejores compañeros de mus, les dijo solemnemente: «El mus es un juego que precisa soltura y espontaneidad para ser divertido. Durante la partida quedan dispensados del protocolo y formalismos.» Sabía perder airosamente.

Don Lisardo era efectivamente catedrático de Filosofía de instituto. La enfermedad, por el llamado «defecto procesual», había mermado sus facultades. Sin embargo conservaba vestigios del oficio, y hablando poco dejaba caer de vez en cuando un comentario, refrán, proverbio o pensamiento, que se recibían por los asilados como la quintaesencia de la sabiduría. Pasaba la frase de un corrillo a otro entre elogios a su profundidad, «donde hubo siempre queda». Abofeteado un enfermo por otro, la víctima rodeada de un grupo que intentaba calmarle se quejó «además se me está hinchando», Don Lisardo hasta ese momento silencioso dejó caer: «es lo suyo». Estas tres palabras bastaron para afianzar su prestigio, y así en cada una de las intervenciones, por muy vulgar que fuese el comentario.

La educación filosófica de la mente la convierte en una herramienta de análisis, y la de Don Lisardo seguía ocasionalmente funcionando en este plano con brillantez. El mus, como todos los juegos en que además de la apuesta se ventila la vanidad, es propenso a tensiones, y una de ellas hizo explotar una discusión violenta entre Don Servando y el «Príncipe». Su Alteza Serenísima lanzó lo que consideraba un desprecio: «es usted un tendero», y Don Servando que con tanto orgullo hablaba de su antigua firma «Servando, géneros de punto», contestó con un disparate venenoso. La obesidad prenil del «Príncipe» se acompañaba de lo que los libros de Medicina llaman ginecomastia, y deja al sujeto como si se estuviese preparando para un concurso de amas de cría. Don Servando, puesto en pie y rojo de ira, mirando fijamente al abultado pecho del egregio contrincante le espetó: «señora, es usted un bidé». El «Príncipe», levantándose se retiró con majestad al muestrario geográfico que solía llamar «mis habitaciones». Quedaron solos los otros tres jugadores. Don Servando sentado de nuevo, intentaba explicar a los otros que estaba cargado de razón. A Iñaki, como de costumbre, no se le ocurrió nada, pero Don Lisardo sentenció: «Nunca se deben acumular dos insultos a la vez, además de estropearnos la partida nos hemos quedado sin saber qué le molesta más, que le llamen señora o que le llamen bidé.» Un filósofo es un filósofo, ¡qué

caramba!

Don Servando es un personaje simpático, genial y disparatado. Lleva su agitada biografía y sus cien kilos con optimismo y alegría desbordantes. Viste colores chillones y adornos llamativos. Usa bastón, a veces dos o tres al mismo tiempo. Las manos con varias sortijas cargadas de pedrería. Al sombrero verde de cazador, aunque nunca fue de caza, además de la habitual pluma de perdiz o faisán le ha colocado tantas y tan variadas, que parece destinado a camuflarse en un gallinero.

Parlanchín, orondo, jocundo, va repartiendo risas, bromas y palmadas en la espalda, a diestro y siniestro... mientras no se le contraría y entra en uno de sus arrebatos de furia incontrolable. Pese a las enemistades que se crea en los episodios de irascibilidad, goza de la general simpatía. Es una nota de color y optimismo en el clima gris, sombrío y aburrido del hospital.

En su época dorada, en la que «Servando, Géneros de Punto, S. L.», además de la casa central en Murcia tuvo sucursal en Cartagena, e iniciaba una cadena de establecimientos, Servando era «figura» en el Madrid nocturno, tan reducido y en el que se conocía de nombre a todo el que era capaz de gastar unos miles. Servando fundió su próspera hacienda en juergas multitudinarias. Era de los que llegada la hora de retirarse la orquesta en Casablanca o Pasapoga, sus locales favoritos, cierran el local con «barra libre para todos los que quedan», y «que siga la orquesta por mi cuenta». Era difícil saber a quién ponía más contento, si a las fulandrusquillas que aún no habían ligado, a los noctámbulos gorriones, o a los músicos que deseaban horas extraordinarias. De las primeras y de los convidados sabemos poco porque no actuaban en agrupación; los músicos le adaptaron ramplonamente la letra de un pasodoble: «Servando eres el más grande...», sobre el de Marcial Lalanda. Con él iniciaban la prórroga de su actuación, y muchas veces lo tocaban al verle entrar en el local; entrada que ya se encargaba Servando de hacer notoria. La salida tampoco pasaba inadvertida, pues a pesar de que el guarda-coches y el portero se disputaban atenderle, él, erguido su corpachón, la calva reluciente bajo el neón de la fachada, vociferaba. ¡¡Felipeeee!! ¡¡¡Felipeeee!!! Los gritos destemplados no servían más que para despertar a los vecinos de la Plaza del Rey. Entre taxis y coches particulares no pasaban de veinte, y Felipe de todos modos ya estaba esperando a la puerta, «a la orden Don Servando», mientras la florista se empeñaba en cambiar el clavel que le puso a la entrada, «éste ya está ajado». Servando les dejaba hacer, repartiendo propinas desmedidas. No en vano le llamaban «el rey del calcetín», lo que ahora le daba una cierta base para no dejarse impresionar demasiado por el «Príncipe».

Don Servando no traía a Madrid el coche y el chofer, para evitar que éste regresase con chismes a Murcia. En una de sus primeras juergas le cayó simpático el taxista.

— ¿Cómo te llamas?

— Felipe. — ¿Cuánto ganas un día con otro?

— Tanto.

— Pues desde ahora te doy el doble, y todo el día conmigo cuando venga a Madrid.

Así empezó la intensa relación, conveniente en un principio para Felipe, y que ahora lo era para Don Servando. De las muchas personas que le debían favores y dinero sólo Felipe dio muestras de gratitud. Acudía periódicamente a visitar a su antiguo patrón vociferante. Unas veces en el taxi, y le sacaba de paseo. Otras en el cochambroso autobús que unía el pueblo con Madrid, y en el autobús se lo llevaba a pasar el día con su familia. Al regreso se complacía relatando las gracias de Servando, que a él le hacían retorcerse con una risa que nos contagiaba a todos. En uno de los viajes en autobús, que costaba 75 céntimos, al entregar el cobrador los billetes, Don Servando con tres bastones de puño labrado, cinco sortijas, chaqueta de grandes cuadros, corbata chillona sujeta con un brillante, el sombrero emplumado; preguntó despacioso y solemne: «¿Tiene usted cambio de mil dólares?» Viajaron gratis.

Una de las primeras cosas que aprendí en el manicomio es que la atenta observación de los visitantes tiene tanto interés como la de los enfermos. Era un espectáculo aleccionante ver la solicitud

con que Felipe cuidaba a Don Servando. Celebraba la comicidad de su ingenio extravagante, le protegía de cualquier consecuencia ingrata, y comenzó a llevarle a su casa los días en que se hace más amarga la ausencia del cariño familiar que faltaba a Don Servando, Navidad, Nochevieja, etc.

El taxista era profundamente religioso y tradicionalista, lo que no acababa de entusiasmar a Servando, porque le sacaba en fiestas de guardar, y las misas y procesiones a que asistían no era precisamente su idea de un día de fiesta, «además han puesto de cena sopa de almendras y besugo que dice que es lo típico». El Domingo de Ramos le regaló una corbata, «Domingo de Ramos, el que no estrena no tiene manos». En el Valladolid natal de Felipe, era un precepto al que el taxista seguía aferrado.

La mayor decepción de Servando ocurrió un viernes de marzo en que Felipe acudió a buscarle. No siendo día festivo esperó cambio en el programa de festejos. Regresó mustio. «¿Dónde han estado hoy?» «Me llevó al Cristo de Medinaceli, hicimos cola cuatro horas, luego nos tragamos media hora allí rezando estaciones, dice Felipe que tenemos que pedir por mi salud, que el Cristo es muy milagroso. Menos mal que justo delante en la cola iba una tía estupenda y muy simpática...»

La salud de Don Servando llevaba mejorando varios meses, gracias a lo cual podía salir con Felipe y pernoctar con la familia. Hoy no sería gran problema su curación estable; con los medicamentos de entonces se empezaban a conseguir remisiones, al menos por largas temporadas. Don Servando aceleró su normalización, y el deseo de abandonar el hospital empezó a estar justificado.

Como en tantos casos similares, enfermo y médico tropezamos con la familia, que no creyendo en la mejoría se negaba a aceptarle en la casa, casa que era suya y disfrutaban ellos. Don Servando estaba legalmente «incapacitado para administrar su persona y sus bienes».

La «incapacitación» de un enfermo mental se hace, teóricamente, sólo para su beneficio. Si por la enfermedad comete algún acto delictivo, queda automáticamente exento de culpa y sanción. Si firma cheques, hace donativos o es víctima de una estafa, nada de esto le perjudica, pues todos los documentos son nulos. El problema está en que queda en manos del consejo de tutela que nombra el juez, y que si no hay razones evidentes para modificarlo, suele estar constituido por los parientes más próximos. En la mayoría de las ocasiones en que hay cónyuge o hijos, quieren al enfermo, le protegen, y acogen con júbilo la curación o mejoría, la posibilidad de regreso al hogar y la anulación del expediente de incapacidad.

El mejor indicio del afecto o despego de una familia, es la frecuencia de las visitas, el deseo de sacar al paciente, tenerle unos días en casa, preocupación por su bienestar y satisfacciones. La de Don Servando no le visitaba, y de las muchas cartas que escribía el enfermo sólo contestaban alguna, de tarde en tarde y con evasivas. Ahora hacían lo mismo con las que enviábamos los médicos apremiando el alta del paciente.

El hospital era «de beneficencia», gratuito. Conservaba, como residuo anacrónico del pasado, un pabellón llamado «de primera», porque pagando la familia un simbólico suplemento, los pacientes disfrutaban en él de algunos mínimos privilegios. El dinero se invertía en carbón para prolongar las horas de estufa en el salón de estar. Los dormitorios carecían de calefacción, como los del resto del hospital. Ese pabellón fue originalmente el «de agitados», por lo que todos dormían en «celdas de aislamiento» que al haber resuelto la farmacología los antiguos episodios de violencia, se habían convertido en «habitaciones privadas», tan cochambrosas como cuando eran celdas de aislamiento, pero con otro nombre, y un rango ilusorio. De ilusiones también se vive.

Los enfermos del «pabellón de primera», incluso «Los Grandes Capitales», estaban sumidos en la pobreza. Los del resto del hospital en la miseria. Un signo visible era el atuendo, más cuidado, y ocasionalmente de mejor calidad. Testimonio de un trágico venir a menos. Otro signo que en las partidas de cartas apostaban algunos céntimos. En los demás pabellones sólo podían jugar la exigua ración de tabaco, no tenían otra posesión disponible.

El «Príncipe» disfrutaba de un reloj de oro de bolsillo, con cadena cruzando el chaleco, y unas pesetillas de renta, que pasando por la administración del hospital le servían para comprar el papel y sobres para las cartas, y ocasionalmente un nuevo mapa, algo de ropa y útiles de aseo, pues era extremadamente cuidadoso de su aspecto. Don Lisardo, «El Filósofo», gastaba su mezquina jubilación en el suplemento. Algo quedaba, muy poco, para aumentar la ración de tabaco. Conservaba una pitillera de plata. Iñaki unos gemelos de oro y un reloj de pulsera de acero, viejo pero en un buen estado. Don Servando su florido guardarropa, los bastones, alguno muy valioso pero difícil de vender y las sortijas con pedrería multicolor. Era lo único que la familia no se atrevió a arrebatarle. Aquilino, el portero, no tenía ninguna de estas cosas, pero sí una vista de lince y mente maquiavélica que premeditaba la agrupación del tesoro. Para reunirlo precisaba primero reconciliar al «Príncipe» y a Don Servando, incomunicados desde el altercado en el mus. ¡Qué talento perdido para la diplomacia española! Consiguió que Don Servando diese el primer paso. El «Príncipe» rumiaba los inconvenientes de haber perdido el auditorio predilecto y la partida vespertina de cartas, a esa hora estaba demasiado cansado para seguir dictando a Germán, y se aprestó al perdón. El «abrazo de Vergara» hizo posible el plan que Aquilino llevaba semanas tramando, con tan menguadas posesiones, que en aquel ambiente de privación bastaron para acuñar el apodo de «Los Grandes Capitales».

El plan de Aquilino era sencillo y tentador. Amigo de un quinquí del pueblo, el puesto en la portería le facilitaba hacer de intermediario en la venta de las alhajas. Con el dinero podían marchar a Madrid y en el anonimato de la gran ciudad, mientras daban con ellos, podían pegarse la vida padre con unas chiquitas alegres.

Don Servando, recuperado en gran parte el equilibrio mental, se negó a que la venta la realizase solo Aquilino, de quien empezaba a desconfiar, y aportó sólo dos de las sortijas, quedando otras dos en sus dedos gorduzuelos. No estaba dispuesto a quemar todas las naves. Acertada precaución.

El estratega Aquilino planificó la operación: Aprovecharían el momento en que después de la comida de los enfermos se sirve la del personal y disminuye la vigilancia, apuntalada precisamente en la portería a su cargo. El quinquí esperaría en la esquina, y cobradas las alhajas ¡corriendo a la estación! A esa hora pasa un tren hacia Madrid, y antes de que hubiesen notado su ausencia ya estarían mecidos dulcemente por el traqueteo de los raíles, mal ensamblados como todos los de España. Luego ¡ancha es Castilla!

La partida de mus se sustituyó por reuniones de cinco conspiradores. Por la imposición de Don Servando de intervenir todos en la venta, había que esperar a uno de los días en que el buhonero, llamado pomposamente anticuario por Aquilino, operaba en el pueblo. Varias noches casi sin dormir. Al fin noticias en la portería: mañana.

Los conspiradores fueron muy puntuales, no tenían ni otro deseo ni otra cosa que hacer. El punto de vista del quinquí era diferente. Retrasó de modo deliberado su aparición, para provocar la impaciencia de los fugados. Temerosos de perder el tren, con un regateo apresurado y angustioso tuvieron que aceptar las despiadadas condiciones del «anticuario». ¡Que no llegamos! Partieron los cinco gordinflones hacía la estación, con un trotecillo que el jadeo redujo en seguida a un paso rápido, y poco después a arrastrar el cuerpo como podían.

El tren, resoplando tanto como ellos, hacía su fatigosa entrada en la estación. No hay tiempo de cojer billetes, los tomaremos en ruta! Desconocedores de la estación confundieron el andén. Olvidaron que los anticuarios no son los únicos que se retrasan, subieron a un tren que debía haber llegado una hora antes..., y no iba a Madrid sino a Toledo. Don Lisardo tranquilizó al grupo con serenidad filosófica: «En todas partes cuecen babas, y si nacen toledanos es que hay mujeres.»

Aquilino, autonombado administrador general, pagó los billetes al revisor y en la primera parada compró una botella de vino para Iñaki, lo que por el momento calmó todas las inquietudes del *bilbaíno* rico. Don Lisardo, como todos los filósofos, estaba de espaldas al dinero y resignado a no tenerlo. Al «Príncipe» le pareció buena idea disponer de un «administrador», que además de liberarle «de la

impropia mezquindad de andar contando las vueltas, evita que sea yo quien dé las propinas, que tendrían que ser principescas, y el anticuario nos ha dejado como para no andar con fantasías». Don Servando, con el sofocón de la carrera descompensó su cardiopatía, y preocupado con sobrevivir a lo único que prestaba atención era a la taquicardia y extrasístoles, que por fortuna se iban atenuando.

Llegados a Toledo comprobaron que efectivamente había mujeres, con excesiva propensión a vestir de luto, pero muchas. Sólo faltaba encontrar las adecuadas. Don Serrando, recuperado, no dudó en el sistema: «Vamos a coger un taxi.»

El tráfico rodado del Toledo preturístico no tenía nada que ver con el actual. Dominaban aún los carros y carretas, lo que se llamaba técnicamente «tracción de sangre», para no ofender con «tracción animal» por si era un hombre quien empujaba el carrito. Ocupaban la plaza de la estación un par de autobuses, algunos coches privados, «coches oficiales» y cuatro taxis. Otros viajeros más avisados se llevaron los taxis.

Como decía Don Lisardo «Dios le da nueces a quien no tiene dientes», y en aquella España sin automóviles abundaban sobremanera los «guardacoches». Dos de ellos, en la plaza vacía de vehículos, se disputaron atender al grupo que desconcertado apiñaba sus corpachones.

—Queremos un taxi.

—No llevan más que cuatro pasajeros, tienen que coger dos.

—Bueno, pues trae dos taxis.

Vendrán dentro de dos horas, al otro tren.

Iñaki propuso ir a tomarse unas copas. Prevalció la opinión de Don Lisardo: «Primero lo primero, ya tendremos tiempo de beber después celebrándolo.» Los filósofos y los artistas pueden despreciar el dinero, pero no hay que olvidar que Juan Sebastián Bach tuvo doce hijos, la mujer de Goya 14 abortos, y que Sócrates no les aventajó porque los efebos no suelen quedar embarazados. Demos a cada cual lo suyo.

Uno de los dos guardacoches, dentadura verdosa y mellada visible al sujetar la colilla de puro con los dientes en vez de con los labios y la gorra de visera llena de manchas de grasa, logró echar al otro y apoderarse del grupo. Aquilino adelantó una propina mientras preguntaba por una «buena casa de mujeres».

—Funcionan por la noche, ahora sólo recibe la Herminia, pero ésa es más cara porque es para gente bien que no sale de noche.

—No importa, llévanos a la Herminia.

El guardacoches, por la propina recibida calculó la que iban a darle al despedirse a la puerta del burdel. Calculó también la cuesta arriba, empinada e inacabable, el calor aplastante, y decidió que con lo mezquino que se había mostrado el gordinflón no valía la pena. Llamó a un niño que se hurgaba apaciblemente la nariz, en la sombra apoyado en una columna: «Paquito, lleva estos señores cá la Herminia.» Paquito miró al extraño grupo, a la cuesta y se hizo el remolón, pero una patada del guardacoches en el trasero del zagal puso en marcha a todos tras el chico.

Pronto comprendieron la renuncia del guardacoches. El largo camino y luego la cuesta, que ahí sigue, ahora abarrotada de coches rugientes que meten la primera para poder subir, estaba silenciosa y vacía de peatones por la hora de la siesta, brindando toda la calzada al grupo, que por ella marchó con desprecio de las estrechas aceras. El sol plomizo, cayendo en vertical suprimía el alivio de cualquier sombra, y rebotaba en el adoquinado con aliento de fuego.

Con la excepción de los campesinos, la población española utilizaba chaqueta y corbata incluso durante los rigores de la canícula. Quien podía permitírselo tenía una chaqueta blanca y los zapatos bicolors, blanco el empeine y marrón o negro el resto del calzado. Del mismo material que durante el invierno. Don Servando venía apercebido con atuendo de rigor: americana blanca cruzada y zapatos

de dos colores. Los otros cuatro lo mejor de su exiguo guardarropa.

En la primera esquina se desabrocharon el cuello de la camisa y se aflojaron la corbata. En la esquina siguiente, ya sudorosos y jadeantes, se despojaron de las chaquetas llevándolas plegadas sobre el antebrazo izquierdo. Poco después encontraron cierto alivio arremangando la camisa por encima del codo. En la tercera esquina, con los pañuelos empapados en el sudor que recogían de frente y calvas, el «Príncipe» sintió una punzada en el costado y Don Lisardo extrasístoles.

No teniendo dónde sentarse lo hicieron en el bordillo de la acera los más afectados, los restantes pegados a la casa inmediata, para utilizar la estrecha sombra que se iniciaba y el muro como respaldo. Paquito, impaciente, intentó decir que le estaban esperando para jugar: « ¡Tú calla y espera, mocoso!»

Estaban aún en el inicio de la cuesta. Ninguno se decidía a reemprender el suplicio. Pasó mucho tiempo y con él los primeros transeúntes. Un aldeano seguía a su burro con un saco cruzado sobre el lomo.

Abrieron algunas ventanas protegidas por la sombra fresca de persianas verdes enrollables. Fueron apareciendo los ciudadanos, camino del trabajo vespertino, Las miradas curiosas sirvieron de acicate, y acuciado por el decoro el grupo tornó al ascenso, jadeante y temblón. Paquito siempre unos pasos delante, dando algunos brincos de la acera a la calzada para no aburrirse, y luego parando a esperarles, como un cachorro que tira de su dueño durante el paseo.,

A mitad de la cuesta, a la derecha, hay una plazuela con árboles y bancos de piedra. En ella unos niños jugaban al fútbol con una pelota de goma color naranja. Al ver a Paquito le gritaron: «¡veenga, que te estamos esperando para emezaaaar!» La distancia era pequeña. Podían haber hablado en tono normal, casi en voz baja y se les hubiese entendido. Los niños españoles por misteriosas razones siempre gritan, a tope del potencial de su laringe y pulmones, que es mucho. Paquito quizá no era el mejor del grupo para el fútbol, pero en vociferar dejó bien sentado que a él no le gana nadie. « ¡¡¡Que no pueedo, que tengo que acompañar a éstos que van de puuutas!!!»

Un latigazo sacudió a los prófugos. Todos desearon amordazar a Paquito, e inmediatamente a los otros niños. Paquito debía de ser importante para el partido o éste no prometer gran cosa, porque el grupo de chiquillos tras unos cuchicheos recogieron la pelota, y colocándose detrás del quinteto de obesos emprendieron la tarea que pareció divertirles mucho más que la pelota, gritando a coro, en un tono melódico parecido al del canturreo que empleaban en la escuela para aprender de memoria por dónde pasan los ríos de España: ¡Vaan dee puuutas!, vaan dee puuutas, vaan dee puuutas...»

Iñaki y Aquilino salieron tras ellos. Una breve carrera hizo evidente que no les podían alcanzar. Además los niños toledanos no se andan con chiquitas y algunos cogieron piedras. Era mejor una honrosa retirada. No logró ser muy digna porque reagrupados los críos unos pasos detrás de los Grandes Capitales, volvió a tronar por la cuesta y calles vecinas el alarido infantil: «Vaan dee puuutas, vaan dee puuutas, vaan dee puuutas...»

Ya no hacía tanto calor, pero el esfuerzo de la subida, la rabia y la vergüenza congestionaban a los perseguidos. Cinco masas gelatinosas temblando de fatiga y de ira treparon penosamente, aguijoneados por el coro implacable, seguidos por algunos curiosos y por las miradas de quienes se iban asomando a puertas y ventas atraídos por tan original proclama.

Traspuesta la cumbre, se llega en seguida a la casa donde la Herminia tenía su establecimiento de sólida reputación. Paquito señaló la puerta. «Aquí es», y extendió la mano para la propina. «Lárgate, hijo de puta o te rompo la crisma.» Por los pelos logró escurrir el agarrón de Don Lisardo que estaba hecho un basilisco. Se unió a sus amigos, al parecer todos dispuestos a continuar indefinidamente la serenata: «Vaan dee puuutas, vaan dee puuutas...»

Casi no quedaba en la calle una ventana sin una faz curiosa, que atraída por el pregón de intenciones quería ver la pinta de los interfectos. Una vieja que hacía calceta en el umbral de su puerta, inició las invectivas: «¡Cochinos!» De una ventana, analizado el aspecto del grupo precisaron:

«¡Cerdos!» Este calificativo despertó más eco entre otros espectadores, que desde las aceras y ventanas prestaron sus voces al apedreo de improperios, ¡cerdos!, ¡cerdos!, en un despliegue de unanimidad de criterios muy raro entre nuestros compatriotas.

La piara, disneica y azorada se refugió en el portal. La Herminia, que atisbaba tras la persiana desde que se empezó a escuchar el coro de «voces blancas», envió al chulo del lupanar armado de un palo en persecución de los niños cantores, que se dispersaron a toda velocidad. Tras ellos salió Aquilino, con agilidad inesperada, desapareciendo por una esquina...

—Vamos, suban, no se queden ahí — susurró la Herminia.

Desplomados en las butacas de mimbre del salón, se abanicaban mientras regresó el chulo y renacía el silencio en la calle.

Recuperado el aliento, otros estímulos volvieron a hacer latir apresuradamente cuatro fatigados corazones. La Herminia servía copas de licor, acompañada de alguna de las pupilas disponibles.

Tardaron mucho rato en percatarse de que la salida de Aquilino no fue para una persecución, sino para la fuga, con el dinero de todos.

—Lo tiene todo él — murmuró Don Servando.

La Herminia suspendió el suministro de copas mientras reflexionaba. El escándalo callejero le iba a proporcionar sin duda algún disgusto. No podía dejar escaparse de bobilis a los responsables del alboroto con todas las copas que se habían tomado. Su mirada rapaz se fijó en las dos sortijas que le quedaban a Don Servando, un tresillo con un brillante y dos rubíes, y otra sólo de oro, gruesa y muy labrada. Señalando ésta dijo insinuante: «Pueden dejar en depósito esa sortija, y... un servicio para cada uno.»

—No tenemos con qué volver, ni dónde dormir. —Eso no es cosa mía.

Servando tuvo un arranque rumboso, propio del antiguo «Rey del Caletín»: «Va también el tresillo, y dormida para los cuatro con todas las ocupaciones que hagan falta.» La Herminia tuvo un destello de codicia en los ojos y la respuesta apropiada: «Vamos, niñas, ¿qué hacéis ahí paradas como tontas?, más copas para los señores y que vengan las otras...»

Volvieron al hospital al día siguiente hacia las doce, con dos números de la Guardia Civil en un taxi, apretados como sardinas en lata en el asiento y los dos trasportines. No sabiendo cómo regresar se habían entregado a la Benemérita.

Dejó al administrador discutiendo con el taxista y los dos civiles sobre quién pagaba el taxi, para ocuparme de los enfermos. Venían ojerosos, con el traje arrugado y aire de satisfacción que en el «Príncipe» se materializó en un desplante perdonavidas: «Esta salida la he hecho de incógnito, espero que el hospital sepa mantener la debida discreción.» Pero, bueno, ¿dónde está Aquilino? «Ese es mejor que no vuelva.»

Volvió. Una semana más tarde. Durante ella fue, según se hartó de alardear, huésped predilecto de las casas «que sólo funcionan de noche». Todas las de la ciudad.

Para evitar conflictos con los otros cuatro se le trasladó de pabellón. Allí un auditorio nuevo y pasmado de asombro y envidia, escuchaba incansable la repetición, cada vez más adornada por la fantasía que embellece los recuerdos, de una descripción gozosa y apasionada de los más variados encantos femeninos y sus posibilidades de utilización. Los demás narradores de historias lascivas quedaron relegados a segundo plano.

El rapsoda, embriagado por el estrellato y convertido en el más interesado de los oyentes de sus propios relatos, no echaba de menos ni la portería ni a las estudiantes de Psicología. Es triste comprobar que el encumbramiento suele ir acompañado de un olvido ingrato de los primeros peldaños del ascenso.

7. El Eufrasio, desde el otro lado del espejo de sus pupilas

Una de las tragedias mudas del hospital psiquiátrico era la pérdida, sin esperanza, de toda satisfacción amorosa o sexual. La «autogestión» y alguna sórdida escaramuza homosexual hacían de triste sustituto de la fiesta de fuegos de artificio del alma y de los sentidos. Con la falta de libertad, es la privación más dolorosa.

La desesperanza erótica de los manicomios se anestesia paulatinamente con la falta de estímulos. El equilibrio, precario e inestable, se rompía al menor soplo avivador del rescoldo bajo las cenizas. Un buen narrador es un catalizador erótico. Lo es cualquier enfermo recién llegado con anécdotas de mujeres. Los conversadores con chistes o relatos lascivos, como Aquilino o Don Agustín, tienen siempre su corrillo de oyentes con sonrisa embobada. Han oído la historia cien veces, y sin embargo llegan a hacer una dependencia obsesiva de estas torpes expansiones imaginativas, muchas veces preludio de la descarga física.

Al submundo de miseria y aislamiento que era un hospital psiquiátrico de aquellos años apenas llegan noticias del exterior. Las pocas veces que un asilado recibe de su familia una revista con fotografías, porque la envían o la dejan un día de visita, se produce una petición en cadena, con turnos, privilegios y sobornos para contemplarla. Algunas fotos recortadas se atesoran, pese a que la rígida censura hace que vengan ya muy descargadas eróticamente desde la imprenta, pudiendo apreciarse los trazos negros de tinta que suben escotes y bajan faldas.

«Aquilino», «Don Agustín», «El Eufrasio». ¿Por qué a un enfermo se le llama de tú, a otro de usted, a un tercero se le antepone el Don, a un cuarto el «El» y al vecino se le conoce por el apellido? Generalmente porque el interesado lo induce así. Recuerdo una frase reveladora de J. J. Rousseau: «Hay que tener cuidado con lo que se desea, porque se acaba teniendo.» Esta máxima sigue vigente dentro del hospital. Los pacientes crónicos se van adaptando a su modo a las realidades en que están inmersos, entre estas realidades figura la personalidad de sus compañeros, en la que cuentan tanto los elementos reales como los patológicos. Si un delirante se empeña en que los demás le llamen marqués, suele conseguir que lo hagan, aunque sea en guasa o como mote.

En otros casos son rasgos personales ajenos a la enfermedad los que marcan la forma de relación: El enfermo que hace los trabajos de ebanistería, siempre activo, atento con los demás, pero distante, es: «el señor Macario». No he oído llamarle de otro modo. En su previa vida extramuros dicen que se le llamó así desde muy joven, pues era excepcionalmente serio y cumplidor. Tan cumplidor que al padecer una paranoia de celos, mató a su mujer con una de las herramientas de la profesión, el mismo oficio que por voluntad propia sigue ejerciendo en el hospital. «Fue muy duro para mí porque la quería mucho, pero volvería a hacerlo, el honor de un hombre...» El motivo de que siga hospitalizado es que su única hija sobrevivió a las heridas, y «siendo el producto del pecado y del deshonor...», está dispuesto a reemprender la tarea. Ya lo hemos dicho, es muy cumplidor. En el hospital es inofensivo y responsable.

Resulta impresionante cómo los criterios sociales deciden el comportamiento de los enfermos delirantes. En los siglos en que ha estado vigente el código de honor calderoniano, los enfermos más

peligrosos fueron los que padecían la misma enfermedad que «el señor Macario», pues sistemáticamente «cumplían con su deber». Actualmente ni se les ocurre, se dedican a pleitear contra la esposa intentando no pasarle dinero, quitarle los hijos y perjudicarla. Sigue siendo un drama, pero se desarrolla en otro escenario.

«El señor Macario» andaba aquellos días muy preocupado. Como hombre consciente sabe la responsabilidad que tiene al guardar herramientas tan peligrosas como las que él maneja, cuidando que no caigan en manos de otro enfermo que pueda cometer un desmán. Pese a sus precauciones han desaparecido de la carpintería varios utensilios punzantes y cortantes y, cosa extraña, también papel de lija.

El misterio se desveló poco después, y por fortuna no guardaba relación con ningún proyecto sanguinario, sino sorprendentemente con la «revolución sexual» que iba cociéndose en el manicomio. En los talleres había explotado una bomba erótica.

Las mejores intenciones provocan consecuencias impensadas. En aquel ambiente de penuria no se podía soñar con que nos proporcionasen un taller para «terapéutica de ocupación»; para tener a los enfermos trabajando y adiestrándose, recuperando funciones en vez de embotarlas dando vueltas en la inactividad de los patios, jardines y salas de estar. Denegadas las peticiones de material, herramientas, monitores y dinero, un psiquiatra entusiasta e ingenioso, Ildefonso López Caño, imaginó un sistema para montar el trabajo colectivo de los enfermos sin ninguno de estos elementos. Un ejemplo más de cómo la falta de material se suple con celo, según dicen las ordenanzas militares. En los mercados de Madrid estaba prohibido empaquetar alimentos en papel usado, con una excepción: los huevos. López Caño Llegó a un acuerdo con un proveedor de bolsas de media docena y de docena para los huevos vendidos en Madrid. Eran tiempos de escasez de papel y rudimentaria industrialización. Las bolsas podían hacerse a mano con papel de periódicos usados y salir más baratas que las nuevas. El intermediario se encargaba de proporcionar el papel, cola y brochas que nosotros no podíamos comprar. Los pacientes hacían las bolsas y cobraban en relación con el trabajo terminado. Una miseria, pero cobraban. Algunos por primera vez en su vida. La mayoría tenía dinero tras muchos años de no verlo. Pronto nos dimos cuenta los médicos de que ahora poseían una cosa aún más importante que el dinero: tenían TRABAJO.

Fue impresionante el cambio provocado en el hospital, en la vida y en la actitud de aquellos psicóticos crónicos por la introducción de este nuevo factor: el trabajo. Aun de forma tan rudimentaria y mal remunerada, dignificó a los pacientes. Se organizaron en equipos para trabajar en cadena, compitiendo con otros grupos en velocidad y rendimiento. Era como un campeonato deportivo. Pacientes mutistas, que no hablaban una palabra desde hacía años se enrolaron. Alguno volvió a hablar, otros en silencio participaban con evidente entusiasmo. Uno de estos silenciosos inventó y construyó una máquina complicadísima, ensamblando una rueda de bicicleta y algunos engranajes de utensilios rotos y abandonados en el almacén del manicomio. Todo sujeto con alambres, cinta aislante y las transmisiones con cordeles. Aquel artificio estrambótico, que parecía una caricatura de máquina funcionaba divinamente. Doblabla y pegaba las bolsas de papel a una velocidad ocho veces superior a la del mejor operario, pero necesitaba cuatro hombres para atenderla, y los cordeles se rompían constantemente. El inventor pasaba media jornada laboral reparándola ante la impaciente expectación de sus tres colaboradores, todos ellos empeñados en mejorar el rendimiento de los demás equipos. La victoria o derrota dependía del número de averías. Si había suerte y en la jornada se rompían pocos cordeles, ese día barrían.

El beneficio para la salud y el clima humano colectivo de esta rudimentaria terapéutica de ocupación, fue tan importante como el logrado con los nuevos medicamentos.

Nuestros pobres enfermos, mutilados de la mente y abandonados de todos, volvían a tener trabajo, dinero, estímulo y... decisiones que tomar. Hasta ese momento nunca habían tenido voluntad colectiva. Se dejaban conducir pasivamente, como un rebaño. Nada les pertenecía y todo se les daba hecho. Ahora, con el manicomio convertido en industria clandestina y los enfermos trabajando con verdadera «furia española» (que los españoles sanos nunca emplean para trabajar), en unas

semanas nos encontramos con una respetable cifra en la caja donde íbamos metiendo los pagos del empresario de las bolsas.

Los médicos, lógicamente, no quisimos intervenir en el uso del dinero, y pretendimos pasar la papeleta al administrador. El administrador nos echó una ducha de agua fría: Todo ese tinglado tan bonito que habíamos montado era ilegal. Cada peseta que entrase en el hospital debía pasar por los libros de administración, y la administración entregarla a Sanidad, que no tenía posibilidad burocrática de devolverla, pues no había precedente. Por tanto si los enfermos trabajaban tenían que hacerlo gratis. Comprendiendo el administrador que esto era un desatino y vistos los beneficios de la «operación bolsas», proponía: no darse por enterado y lavarse las manos.

Insatisfecho, no comprendía que aquello no pudiese tener solución, recurrí a mis distantes jerarquías burocráticas, el jefe provincial y después el director general de Sanidad. Debía de haber una epidemia de limpieza en los despachos oficiales, porque con rara unanimidad se lavaron también las manos, añadiendo que a ver si alguna vez les iba a visitar al despacho, para algo que no fuese antirreglamentario y a la vez un lío de mil pares de diablos. ¡Bolsas para huevos...! De momento no se daban por enterados (era otro rasgo epidémico y al parecer contagioso), que siguiese si quería con mis innovaciones. Si trascendía procurarían ayudarme... «ma non troppo», por que tendrían que hacerse de nuevas y muy sorprendidos.

No muy alentador, pero con inconsciencia juvenil me pareció suficiente. Y tenía razón, porque nunca pasó nada, y en cuanto les fue posible proporcionaron permiso oficial y ayuda económica estable...

Al no recibir solución quedamos abocados a la única agradable: que los propios enfermos decidiesen el destino de sus ganancias. Un efecto terapéutico no buscado inicialmente, pero que surgió con el trabajo y el reparto de beneficios fue la resocialización de los enfermos. Estando el taller en un pabellón, los enfermos de los demás departamentos, hasta entonces incomunicados, se reunían en la tarea común, colaboraban en los equipos, cada uno tenía que contar con la ayuda de otros. Hubo que organizar reuniones, hoy las llamarían asambleas, en las que votar, delegar, asociarse, etc. Todo un remedo de la política, en una congregación de perturbados que tenían que decidir cómo y en qué gastar su dinero.

La primera sorpresa fue la actitud conservadora de los habitantes del manicomio. Casi todos los que eran capaces de emitir opinión eligieron ahorrar. Guardar el dinero para comprar algo útil para todos, que la mayoría decidió fuese un proyector de cine sonoro. Aunque los médicos habíamos pensado no intervenir, no resistimos la tentación de convencerles de que repartiesen al menos la mitad de lo ganado, tanto por hora de trabajo y el resto para el anhelado cine. El «Príncipe de Hernán-Borbón», que no trabajaba pero acudía asiduamente a «vigilar SU fábrica», pretendió cobrar «derechos reales». Con buen sentido desistió al primer abucheo. Era mucha su dignidad.

Compraron un proyector usado, de 16 milímetros sonoro. Funcionaba bien, pero había muy pocas películas de alquiler y caras, con lo que la base de las proyecciones eran films prestados gratuitamente por la Embajada inglesa y la Casa Americana que brindaban ese servicio a centros docentes, (decidimos que éramos «centro docente»), y alguna película del Ministerio de Educación. La población manicomial adquirió una gran información sobre la agricultura en Minesota y el ciclo biológico del gusano de seda, en vez de recibirla sobre el ciclo sentimental de Juanita Reina, que es lo que a ellos les hubiese gustado. El dinero no trae siempre felicidad.

El cumplidor «Señor Macario» no daba a basto, componiendo mesas, haciendo con tableros y caballetes otras alargadas muy útiles para el «trabajo en cadena», el bastidor para la sábana-telón-de-cine, etcétera. Necesitó ayudantes, y eligió como aprendices de ebanista a Bermúdez, por habilidoso, y a «El Eufrasio», por vigor físico. En el taller de carpintería hacia él casi todo el trabajo, sin apenas dejarles meter mano, pero en cuanto salían del recinto invertía los términos. Parecía un safari: en cabeza el «señor Macario» como el bwana, descargado, detrás Bermúdez también con poco peso y en cola «El Eufrasio» llevando a cuestas todo el material.

El equipo del «Señor Macario» funcionaba bien. «El Eufrasio» que fue pastor y llevaba años en el hospital, inactivo y aislado; sintiéndose útil se espabiló. Recordó habilidades de pastor y volvió a hacer bastones tallados y objetos de madera o cuerno con dibujos geométricos trazados a navaja. Los fue regalando a otros pacientes y éstos aceptándole. Todo marchó a las mil maravillas hasta el incidente.

En realidad fueron dos incidentes simultáneos: La aparición de las revistas porno y la desaparición de las herramientas de la carpintería.

Las revistas llegaron mezcladas con las demás que traía el empresario de las bolsas. Debió de comprar un lote a algún diplomático, porque en una carga vinieron muchas revistas en inglés y unos cuantos números de una porno de la época. Francesa, que se llamaba *París-Hollywood*.

La primera tarea en el taller era abrir los periódicos o revistas por el pliegue central, para quitar las grapas y separar las hojas, pasando éstas a otra mesa donde los «plegadores» hacían los dobles, que en otra mesa distinta se pegaban con engrudo.

El «desgrapado» era la tarea más fácil, encomendada a enfermos muy deteriorados, incapaces de realizar otra. Todo lo deteriorados que se quiera, pero menudo respingo! al abrir la página central y encontrarse con el poster «obsequio de la semana». Además en color, un color malísimo pero color, con la carne de un rosa cerdito, pero carne a toneladas. Toda la carne del mundo. No llevaban puestos más que unos zapatos de tacón alto. Debía de haber cristales rotos en el cochambroso estudio donde hacían las fotos, porque ese detalle era infalible. Al parecer morían con los zapatos puestos, o quizá el fotógrafo tenía un fetichismo particular. Un joven de hoy, criado entre subpornografía hasta en los anuncios murales, no puede sospechar el impacto causado en aquel ambiente pudibundo.

En el tumulto el único que conservó inicialmente la serenidad fue el silencioso inventor, intentando salvar su máquina del atropello de quienes saltaban sobre sillas y mesas para apiñarse en torno a la del desgrapado, donde cien manos se disputaban las revistas y cien ojos estaban a punto de salirse de las órbitas.

Fuera de peligro el artillero encordelado, el inventor se unió a la turbamulta, gritando como el que más: ¡mira ésta!, ¡y ésta!, ¡y ésta!... El shock le había curado el mutismo, pero por el momento con una cierta monotonía en los comentarios. Daba igual porque nadie estaba para comentarios. Ni el enfermero que tenía los ojos tan desorbitados y la boca tan seca como cualquier otro; y como todos intentó guardar alguna revista para su uso particular. Había muchas, pero temo que el reparto no fuese de lo más democrático. La desigualdad en el acaparamiento dio lugar a rencillas, intercambios e incluso mercado negro.

Aquilino, que no estaba cuando el hallazgo, se afaná en que le dejaran ver todas, y de vez en cuando comentaba: «Mira, ésta es igual a una de las de Toledo.» Comentario inútil, porque nadie le escuchaba. Nadie escuchaba a nadie. Aquilino no quería comprender que los más perjudicados eran ellos, los narradores de obscenidades. La competencia industrial les había aniquilado la clientela.

Ah, qué lección sobre la caducidad de las ambiciones humanas, sobre las pompas y vanidades y lo perecedero del encumbramiento y el prestigio. Podría haberla aprovechado el capellán para un sermón, pero con las monjas fue el único que no vio las fotos, y tardó en enterarse.

La rueda de la fortuna encumbró repentinamente a «Don Nicolás», un viejecito olvidado de todos, que no trabajaba en las bolsas por el temblor de manos y porque no le daba la gana. Remiradas mil veces las fotos, alguien cayó en cuenta de que las revistas además de ilustraciones tenían texto, y ahí debía haber algo interesante. «Don Nicolás» era el único que sabía francés. ¿Puede usted traducir esto, Don Nicolás? Podía. Vaya si podía! Estuvo a punto de ponerse malo del esfuerzo. Después de tantos años abandonado en su rincón ahora le rodeaba, ahogándole con su impaciencia, un círculo apretado de admiradores.

El repentino estrellato de «Don Nicolás» era halagador, pero a la vez aplastante. Los fans son

despiadados. La vocecilla cascada de «Don Nicolás» se quebraba con el prolongado esfuerzo. «¡Más alto!» «Darle agua, que se ahoga.» «Me parece que ya no le están bien esas gafas, pruebe las mías a ver si puede leer más deprisa.» «Apartarse, hombre, abrir el corro y cabemos todos.» Esto les parecía muy bien a los de la última fila, no a los de la primera. «Es que si nos alejamos no se le oye.»

La fabricación de bolsas pasó por un serio bache de productividad y disciplina. Ahora todos querían estar en el desgrapado, en una violenta fiebre del oro fotográfica. Pero el filón se había agotado y las cosas volvieron a su cauce normal durante las horas de trabajo. No en las de inactividad. El impacto sobre la sexualidad oprimida fue tan brutal que la desbocada autosatisfacción empezó a notarse en los reconocimientos. Muchos enfermos perdieron peso y se supo que uno de ellos había hecho un agujero en un árbol y tenía amores con él todos los días.

Primero encontramos al árbol violado, luego hubo que buscar al enfermo y a las herramientas robadas al «Señor Macario» que tan preocupado le tenían a él, y a nosotros. Unos instrumentos mortíferos rodando por un hospital psiquiátrico, en manos desconocidas, son una bomba retardada que puede explotar en cualquier momento.

Enfermo y herramientas aparecieron juntos. Las tenía «El Eufrasio», el ayudante cargador del «señor Macario». Las utilizó, como un Pigmalión rupestre y elemental para esculpir su amante inmóvil, o al menos la parte que más le interesaba de ella.

Al árbol le ocurrió lo mismo que a «Don Nicolás»: de repente se convirtió en el centro de la curiosidad pública. Todos acabamos pasando disimuladamente a verlo, un tanto intrigados. No parecía tener ningún encanto especial. Había elegido «El Eufrasio» un árbol de tronco grueso y corteza suavcita, creo que un chopo boliana, esbelto y de copa afilada, como todos. El orificio delator perforado a la altura conveniente para «El Eufrasio», que es bajito, y en verdad el agujero lo tenía hecho un asco.

Llegó noticia de una discusión. Un protagonista, el celador nocturno que descubrió al culpable «in fraganti», no sentía simpatía por «El Eufrasio» e intentó desde el principio, quizá para darse importancia como detective, dramatizar el asunto. Frente a él el enfermero, que a quien no tenía simpatía era al celador.

—Mira qué cochino, cómo lo ha lijado. —Hombre, si se clava astillas no puede. Además ha elegido el mejor árbol. —Claro, no va a escoger al más feo. —El árbol se va a secar.

—Pues yo lo veo tan lozano.

Enrabiado el celador por haber llevado la peor parte en la discusión, al día siguiente tapó el agujero con cemento. Todavía no sé si para molestar a Eufrasio o al enfermero. Dijo que era para que los insectos no pudriesen el árbol. Jamás había mostrado tanta devoción forestal. Nunca es tarde.

Todo esto resulta bastante divertido para comentarlo con los otros médicos durante la pausa del cafecito, y me hallaba embalado en el relato del episodio cuando entró sor Domitila y me llamó aparte: «Doctor, ¿qué vamos a hacer con Eufrasio?» Contagiado del estilo polémico del enfermero se me escapó: «Qué quiere usted que haga, no pretenderá que le casemos con el árbol.» Por la cara de la monja comprendí que esta vez el sarcasmo estaba fuera de lugar. Sor Domitila era una mujer inteligente, trabajadora, con verdadero cariño por sus enfermos y abierta a comprender cualquiera de los problemas. Uno de SUS enfermos, Eufrasio, estaba de nuevo en problemas, y lo que pretendía era ayuda, no ironías.

Marché contrito con la monja a su departamento. Era el que ofrecía mejores condiciones de seguridad. Se alojaban allí, mezclados con otros pacientes, los «enfermos judiciales». Por suerte tentamos pocos. Los «enfermos judiciales» son personas que habiendo cometido un delito se demuestra durante el proceso que padecen una perturbación mental que impide la conciencia del acto, y que éste está relacionado con la enfermedad. En ese caso el juez no puede imponer una pena, pues la enfermedad mental resulta eximente, y se les envía a un hospital psiquiátrico para su curación. La única diferencia con los restantes pacientes es que están ingresados por orden judicial, y

que bajo ningún pretexto pueden salir del establecimiento sin permiso del juez, quien lo da una vez que los médicos certifiquemos que está completamente curado de la enfermedad que provocó su peligrosidad, y que no hay riesgo de que la patología le lleve de nuevo a delinquir. Son una pesadilla para el director del hospital, que no desea retenerles más de lo indispensable, como a todos, pero que se encuentra con la amenaza de que si certifica la curación y el paciente recuperada la libertad vuelve a cometer un delito, el médico queda responsabilizado. Lógico, a la vez injusto y muy difícil de modificar.

«El Señor Macario» y «El Eufrasio» eran enfermos judiciales, por eso estaban en el mismo departamento, y el primero había elegido al segundo como colaborador. Conocía bien la historia del ebanista, superficialmente la del pastor. Absorto en los primeros meses con las reformas colectivas, con la psiquiatría social del hospital, aún no había tenido tiempo de familiarizarme con todos los pacientes individualmente, y «El Eufrasio» era una de mis lagunas. Sor Domitila trajo la historia clínica.

Cualquier vestigio de comicidad del «caso Eufrasio» se disipó al repasar su historia. Eufrasio estaba en el hospital por la violación de una niña de ocho años, sodomizándola. En el juicio salieron a relucir los frecuentes actos de bestialismo con las ovejas, sorprendidos por vecinos del pueblo en que era pastor.

Durante el proceso, los informes de los forenses mostraron retraso intelectual y perturbación. El tecnicismo aplicado fue «psicosis injertada en una oligofrenia», y el dictamen final: irresponsabilidad. Pasó de la cárcel a un hospital, y de éste al nuestro. Al profundizar en su análisis la figura de «El Eufrasio» adquiría rasgos cada vez más siniestros, pues en la ficha consta que a poco de llegar forzó sexualmente a un subnormal, indefenso frente al hercúleo pastor.

Todo esto ocurrió cuatro años antes de mi arribada al manicomio. Con el tratamiento inicial, según la historia, mejoró de la parte activa de su enfermedad, la desorganización del pensamiento y las alucinaciones, quedando sin modificar la deficiente inteligencia.

Por su talante esquivo, naturaleza huraña y aspecto físico desagradable, se aisló de los otros pacientes, inactivo y embotado. Sin saber qué hacer, pues en el hospital nada guarda relación con su antiguo estilo de vida, con las cosas que un pastor sabe y gusta realizar.

Tras la mejoría inicial con la medicación, no volvió a atentar sexualmente contra otro enfermo. Su turbio pasado, que algunos enfermos conocían pues en aquel tiempo la delincuencia era tan reducida en España que un caso como el suyo salía con carácter sensacionalista en todos los periódicos, fue olvidándose poco a poco, difuminado entre las otras muchas historias dramáticas que albergaba el hospital. Se olvidó su pasado, y en realidad se le tenía también olvidado a él.

Eufrasio fue uno de los más beneficiados con la fiebre laboral de las bolsas. Forzado a salir del aislamiento por el trabajo en equipo, siguió relacionándose en las horas libres. Su inteligencia no era tan pobre como había parecido a los forenses, estaba atrofiada por falta de uso. Tras permanecer hacinado cuatro años entre enfermos, ahora comenzaba a vivir CON hombres, a sentirse útil. Al ser seleccionado por «El señor Macario» tuvo por primera vez en su vida la vivencia de participación. Desperzó el ingenio embotado, y los dibujos con muescas en bastones y tallas se agilizaron con el manejo de nuevas herramientas y las lecciones del ebanista, despertó facultades dormidas, mejoró día a día, empezando a disfrutar de algo que jamás había tenido: amigos. Hasta se permitía pavonearse un poco: «Eufrasio, ¿cómo va el telón del cine?» «Bien, bien, lo ESTAMOS terminando.»

Ahora el episodio del árbol, que parecía una broma de mal gusto, adquirió matices sombríos al despertar en otros enfermos recuerdos y remover posos amargos: bestialismo, violaciones. Eufrasio empezó a ser visto como un ser salvajemente anormal, fuente de repugnancia y temor... y 61 a notarlo y arrinconarse, como fiera acorralada. Los ojos de Eufrasio, que hablan recuperado transparencia, tornaron a ser impenetrables. En las pupilas, brillantes y aceradas, rebotaba la mirada del interlocutor, como en un espejo. Esto es lo que deseaba aclarar sor Domitila al preguntar: «Doctor, ¿qué vamos a hacer con Eufrasio?» Pero, como me hubiesen dicho en el ministerio: «no

había precedentes», era la primera vez que me encontraba ante un caso de esta índole.

Por fortuna mi maestro nos había inculcado a todos sus discípulos que un psiquiatra jamás puede juzgar a sus enfermos. Tenemos que aceptarles como son. Ayudar, sin ningún tipo de rechazo; sin tolerar que brote en nuestro ánimo el menor atisbo de repugnancia, hostilidad o desprecio. Sólo así se puede comprender.

¡Triste vida la de Eufrasio! Se habla mucho de la crueldad deshumanizada de las grandes ciudades, y no se piensa en la crueldad de los villorrios. Qué tragedia sorda encontrarse el más feo, tonto y pobre del pueblo! Caserío que es el principio y fin del mundo, para alguien de tan pocas luces. Sin una sola memoria grata de la infancia. Zagal con un pastor zafio y violento sin el menor apego a un oficio que abandonó, quedando Eufrasio, «El Eufrasio» todavía niño, a cargo del rebaño de los vecinos.

Al regresar a contraluz del ocaso que convierte en polvo de oro, el del camino que levantan las ovejas, éstas van quedando en grupos de dos, tres, cuatro, a veces una, inmóviles ante las puertas de las casas de sus dueños, hasta que al final resta Eufrasio solo, porque no tiene ninguna.

Tampoco tiene con quien hablar. Si alguna vez se ocupan de él es para gastar una broma pesada. Aún no existían las radios de transistores, que han cambiado el mundo interno del pastor, con una comunicación unilateral, pero comunicación. Para «El Eufrasio» sólo las ovejas, el campo, el frío, la lluvia heladora, el calor aplastante, las ovejas, el arroyo refrescante, el soto umbrío verdinegro y acogedor, las ovejas, el día, la noche, la luna, una naturaleza robusta en la que el instinto sexual nunca bien comprendido brota intermitentemente con fuerza arrolladora como un geiser y... las ovejas. El pueblo con la gente como un erizo con las púas amenazando, necesidad de compañía, soledad, desprecios, soledad, burlas crueles, soledad, una niña que aún no envenenada contra él sonríe, habla, no insulta, ríe, juega, corre a cuatro patas... como una oveja...

¡Tiene que haber sido el Eufrasio! ¡¡Ha sido el Eufrasio!! Unidos en justa ira le persiguen, acorralan y también unidos, ¡todos a una!, en una «justicia» por su mano tan irracional y monstruosa como la acción que él ha cometido: garrotazos, patadas en el bajo vientre «para que aprenda», garrotazos, patadas, garrotazos, pérdida del conocimiento. Vive, porque llegó la guardia civil que percatándose de que iba a morir le trasladaron al hospital de la ciudad más próxima. Fractura de cráneo, de maxilar, de húmero derecho, de dos costillas, de tibia, orquitis traumática, lesiones internas...

El traumatólogo del hospital hizo unas cuantas proezas, la naturaleza férrea de Eufrasio las demás, indispensables para su recuperación. Sólo física. En cama con los maxilares cosidos, teniendo que alimentarse por medio de una paja introducida a través del boquete de un diente que hubo que arrancar para este fin, y medio cuerpo enfundado en escayola, arreciaron las visiones y las voces que dieron lugar al diagnóstico de los forenses: «psicosis injertada en una oligofrenia» (enfermedad psíquica que aparece en un cerebro ya tarado por una deficiencia intelectual).

La cárcel, el hospital psiquiátrico penitenciario, el juicio y nuestro hospital...

Cuatro años de encierro estupuroso dentro de sí mismo. El trabajo en equipo. Eufrasio empieza por primera vez a ser y sentirse hombre, a tener camaradas, compañeros, incluso amigos. ¿Por qué el árbol?

Eufrasio se encuentra de nuevo fiera acorralada, está a la defensiva y es difícil relacionarse con él, pero poco a poco se confía. Al principio no responde, lo hace con monosílabos después, para abrirse más adelante y acabar buscando las entrevistas, necesitando hacer confidencias. Con ellas se va perfilando el mundo interior, alicorto y atormentado, de un ser humano convertido en anormal peligroso por la crueldad del destino y de los hombres.

En el hospital no hay aún psicoterapeutas. Intentamos sustituir su labor. Eufrasio de la confianza sube al entusiasmo. Muestra nuevas aptitudes, las desarrolla, y pese a las barreras de un distinto lenguaje y diferente visión del mundo, es capaz de comunicarse con sutileza. No sólo se apresta a

una nueva vida, remodela la interpretación de su pasado: Eufrasio, ¿por qué un árbol, por qué aquél precisamente? (No voy a intentar imitar su lenguaje, expongo las ideas de Eufrasio en el mío.)

— ¿Para qué hablar de eso?

— Es lo único extraño que has hecho últimamente, que alarme, que pueda ser el principio de una vuelta a lo que te trajo aquí. Conviene que lo hablemos, para protegerte enseñándote cómo lo puedes superar.

—No quiero volver a hacer daño a nadie, por eso elegí el árbol.

— Reconozco que es triste que hayas tenido que recurrir a un sistema tan raro y tan incómodo.

—No, si no es sólo para eso. Aquí encerrado me empecé a acordar de mi vida. A echar de menos cuando estaba solo en el campo. Los recuerdos buenos se separan de los malos, y se quieren repetir los buenos.

— ¿Por qué precisamente ese árbol?

—Está al lado de la fuente. Abriendo el grifo, el ruido recuerda en el silencio de la noche el arroyo del soto. El mismo fresco con la brisa que mueve las hojas, entre las que se filtra la Luna. Ya se lo dije, no era sólo para eso.

Singular revelación. Un acto anormal y abyecto, visto desde su protagonista puede presentar un aspecto insospechado. La mejoría de Eufrasio se consolida. La psicosis ha remitido desde su remoto ingreso en el hospital. El *otro* factor dictaminado por los forenses, la subnormalidad intelectual, ha mostrado ser en gran medida un bloqueo afectivo. Al recibir estímulos ha despertado la inteligencia embotada, y aun siendo inferior al término medio ya no justifica su reclusión. Debo enviar al juez un informe: «... la enfermedad que provocó tanto su irresponsabilidad como el delito cometido, ha desaparecido. Clínicamente puede ser dado de alta y abandonar el hospital...».

Si el juez se convence, ¿cuál será el resultado para «El Eufrasio»? Al pueblo ni quiere ni puede volver. El intenta olvidar los recuerdos negros, es poco probable que sus paisanos hagan lo mismo. ¿Buscarse la vida en la ciudad? No está preparado. ¿Tornar a su oficio de pastor, en otro lugar, donde no pudiesen llegar noticias de su pasado? Si lo desea, puede ser una solución.

Eufrasio pidió, llorando, seguir en el hospital.

La profesión de psiquiatra es fascinante, pero no siempre alentadora.

8. Amor en el crepúsculo

El ejercicio de la Psiquiatría brinda la oportunidad de observar «El Teatro Mundo» entre bastidores, con los actores despojándose del disfraz o prestos a entrar en escena, mudando el gesto para la representación. Como a los españoles nos entusiasma traspasar cada puerta en que está escrito: «prohibida la entrada a toda persona ajena a...», suele envidiarse esta licencia para deambular entre bambalinas y camerinos. No todos los espectáculos se contemplan mejor entre bastidores, por ejemplo el ballet está diseñado para disfrutarse sólo visto de frente. También en nuestra profesión hay ocasiones en que conviene que abandonemos apresuradamente el puesto de observación profesional para regresar al patio de butacas, si no queremos perdernos lo mejor del espectáculo. Este libro es en esencia, una muestra de lo que los médicos sólo podemos ver si nos quitamos durante unos minutos las gafas de los conocimientos técnicos, y miramos al hombre con los ojos humildes y afectuosos de un ser humano como otro cualquiera.

Para el análisis del amor, el sillón del psiquiatra es un observatorio privilegiado, porque uno de los dos protagonistas está en menoscabo, y el amor al no ser fruto de la pasión sino del cariño, la idealización, el recuerdo o la generosidad, adquiere su expresión más sublime. Es muy fácil que dos personas jóvenes y atractivas se amen apasionadamente. Es un bello espectáculo, pero no para presentarlo a un concurso de méritos, les induce a ello, casi les obliga, la naturaleza. Por eso voy a rememorar ahora tres episodios de amor en el atardecer de la vida, en los que el instinto no representa ningún papel.

Logradas las primeras reformas del hospital, que empezaba a parecer habitable, los nuevos medicamentos hacían curables a enfermos que antes no lo eran, y mejoraban a otros lo suficiente como para regresar a su hogar. Para atenderlos, fue necesario abrir una consulta ambulatoria, para enfermos externos, en aquel centro oficial «de régimen cerrado», que permaneció tantos años aislado del exterior. Junto a los pacientes en alta provisional que acudían a revisión, empezaron a venir otras personas. Al principio del pueblo o zona inmediata, y luego también desde Madrid.

Aquel hombre, alto, delgado, espada encorvada, pómulos salientes, nariz afilada, caía antipático en el contacto inicial. Aunque no hacía frío él lo tenía; entró en la consulta con el abrigo puesto y frotándose las manos, largas, huesudas y pálidas.

Hablaba en voz baja obligando a un esfuerzo para no perder el hilo de su relato, ordenado, dicho de forma monótona, distante, sin entonación sentimental, casi de modo desdeñoso.

Algunas piezas de concierto, como el «Bolero de Ravel», siguen un esquema curioso, parten de unos pocos compases que se reiteran constantemente, añadiendo en cada repetición la compañía de nuevos instrumentos, hasta conseguir en su despiadada monotonía un efecto orquestal deslumbrante, que arrastra al oyente. El relato del friolero tuvo el mismo efecto.

Contó que era traductor de libros para las editoriales, tarea compartida con su esposa, y que les permitía vivir muy modestamente en una habitación alquilada con derecho a cocina, en un barrio céntrico de Madrid.

«Vivimos al borde de la pobreza, luchando uno junto al otro, hombro contra hombro para sobrevivir dignamente. De todos los seres con que he tropezado en mi vida sólo tengo motivos de agradecimiento para ella. Es la única persona que se ha portado bien conmigo y que me ha querido.

Soy un hombre difícil, sé que resulto poco atractivo como hombre y como compañero. Ella con su cariño me ha hecho creer, y me ha hecho sentir, que mi existencia y mi compañía son preciosas para alguien. No lo puedo olvidar ahora, no me quiero morir sin pagárselo.»

Sobre estos compases iniciales, el friolero fue construyendo su concierto, añadiendo nuevos elementos que reforzaban la repetición, que adquiriría dimensión heroica al ser dicha con despegue.

El tema siempre el mismo: la deuda de gratitud con su esposa.

Un cambio en la situación venía a plantear su dificultad de pago. Acababa de recibir el diagnóstico de un cáncer pulmonar. Estaba informado concienzudamente de la posible supervivencia: sólo unos meses. También de la evolución de los dolores, que en esos días se iniciaban y le habían pronosticado que irían en aumento constante hasta hacerse lancinantes, insufribles, combinándose al final con las dificultades respiratorias, y el ahogo.

Fue una de las consultas médicas más extrañas de que tengo noticia, pues no venía buscando ni esperanza ni alivio: «Sé que no tengo remedio, y que los dolores sólo se pueden embotar con calmantes morfínicos, todo eso ya está planeado y no es tema de ustedes.»

Pedía orientación para hacer soportable toda esta etapa final no a él mismo sino a su esposa, aún no enterada del diagnóstico. Se confesó agnóstico, y por tanto sin el consuelo ni apoyo que la religión puede prestar en estos casos a un creyente. «Temo que me falte el valor y la serenidad, y amargar nuestros últimos meses de convivencia. Convertirme en una carga y una pesadilla para ella, y que ya para siempre se le haga penoso mi recuerdo. Físicamente creo que puedo aguantar, temo fallar psicológicamente. Por eso vengo, para tener una guía técnica, y un punto de apoyo, y poder disimular hasta el fin, o fingir que no sufro. Cuando mi mujer tenga que enterarse, si cree que yo no padezco, lograré aliviarle este calvario que no le puedo evitar...»

«Supongo que igual que el Yoga enseña a hacer ciertas cosas que no se logran normalmente, tendrán ustedes una psicoterapia o algo similar, que pueda ayudarme a no hacer sufrir a mi mujer.»

Pocas veces me he sentido tan ignorante, tan desvalido, tan pequeño, ante alguien que acude en busca de consejo y ayuda.

* * *

La segunda partitura de este concierto para instrumentos desafinados, es de música religiosa. Al contrario que el protagonista del relato anterior, el padre Garzón era creyente. Jesuita de los de antes, de sotana, fajín, teja, tonsura y San Ignacio metido en las entrañas. Ahora se dice que estos jesuitas eran unos monstruos traumatizantes para sus alumnos-víctimas. Lo cierto es que la mayoría de sus antiguos discípulos no nos enteramos de que nos torturaban, ni ahora nos embarga el «justificado rencor» que se nos dice debemos sentir. Posiblemente es falta de sensibilidad o de memoria, pero... ¿de tantos a la vez?

Del padre Garzón no guardaba ningún recuerdo ni bueno ni malo, pese a haber estado durante años en el colegio en que él aún permanecía en el momento de la consulta. No fue profesor de mi promoción, y era tan insignificante que nos pasó inadvertido.

Tampoco él me recordaba. Quedamos un tanto sorprendidos e incómodos al comprobar que habíamos pasado ocho horas diarias en el mismo edificio cuatro años, sin tener noticia el uno del otro. Mi incomodidad dejó en seguida paso al asombro, porque aunque la enfermedad del padre Garzón es una de las más comunes, el modo de vivirla no tiene precedente.

La «melancolía» o «depresión endógena» es una dolencia frecuente y curable, pero no por eso menos temible. Quienes la han padecido juran, todos ellos, que prefieren la enfermedad más dolorosa, la amputación de una pierna, cualquier calamidad antes que sufrirla de nuevo.

Los que les rodean no les pueden comprender, porque su aspecto es saludable. Conservan el vigor físico, y 'no tienen dolores corporales, nada que al espectador pueda darle una imagen del sufrimiento del deprimido. Frecuentemente el médico tampoco valora la tragedia interna del enfermo,

pues los análisis y demás pruebas a que le somete dan respuestas normales. Tanto los parientes como los amigos y el mismo médico acaban diciendo: «Lo que tienes que hacer es distraerte, salir, caminar, ir a los sitios, ver gente, viajar y olvidar esas tonterías...»

La gota de agua que hace rebosar el vaso de amarguras del enfermo de melancolía suele ser este tipo de consejos, porque con ellos se encuentra víctima de la incompreensión y de la mayor de las injusticias. Su enfermedad consiste en la imposibilidad de «distraerse, salir, etc.». Un filtro maligno se ha instalado en el cerebro cerrando el camino a todo lo grato o consolador y en cambio actúa amplificando todo lo desagradable o doloroso. Por lo tanto tampoco puede «olvidar esas tonterías».

Si a cualquier persona se le suprime todo lo agradable de la vida, y le multiplican las molestias y sufrimientos su estado es digno de compasión. La tragedia del deprimido va más allá. En la vida siempre hay algún momento terrible, por ejemplo el de la pérdida del ser más querido, en que la pena parte el alma, y se está incapaz para todo, embargado por el dolor. Este es exactamente el estado del enfermo de depresión endógena. La misma tristeza, sufrimiento interno que se contagia al cuerpo, que pese a estar sano apenas puede arrastrar de modo mecánico. Desconsuelo infinito, sin un rayo de esperanza en el horizonte. La impresión de que la vida carece de sentido. El deprimido tiene además sentimientos injustificados de indignidad o de culpa, y un pesimismo aplastante que le convence de que todo le va a ir cada vez peor. Pierde el deseo de vivir, la muerte se ve como una liberación, la única posible, y al final siente una inducción apremiante, obsesiva, hacia el suicidio.

El padre Garzón tenía todos estos síntomas. La mayoría de los deprimidos lloran durante la consulta, especialmente al notar que, ¡al fin!, se les entiende. Si consiguen dominar las lágrimas, el relato adquiere de todos modos una gran tensión emocional. Lo llamativo inicialmente en el jesuita era que pese a la precisión de las descripciones, el relato se desarrollaba en tono menor, en pianísimo. Le interesaba informar al médico para que no se equivocase. No había la menor búsqueda de eco sentimental, de compasión, y esto es muy raro.

El anhelo de compasión está enclavado en el corazón de todo el que sufre. La educación de algunas personas les impulsa a eludir esta búsqueda de compasión, pero instintivamente la llevamos dentro. No se libran ni los santos; lo que ocurre es que, como en tantas cosas, los santos se dominan. En cambio los aspirantes a santo no siempre lo consiguen, expresando el deseo al menos de modo simbólico. En el proceso de beatificación de una monja visionaria del Valladolid de primeros del siglo XVII influyó negativamente el que en una de sus visiones Nuestro Señor, quien ya le había proporcionado cuatro ángeles que hacían guardia permanente junto a ella, le dejó como compañía suplementaria otro ángel «pequeñito, en forma de niño». El confesor de la visionaria, que redactó su biografía para enviarla a Roma, se pregunta ¿para qué?, y reproduce en el expediente la interpretación de la interesada: «para que se compadeciese de ella». Al parecer en la Roma del siglo XVII, siglos antes de Freud, se hilaba bastante fino en el análisis del subconsciente, porque este desliz desiderativo le costó a la monja no pasar el proceso de beatificación y quedarse en «Venerable».

Dudo que el padre Garzón llegue a tener un proceso de beatificación, pero eludiría fácilmente este obstáculo. No buscaba compasión. Más notable aún, tampoco parecía muy interesado en el alivio del tormento. El paciente siempre viene buscando algo a la consulta. ¿Qué quería éste? La respuesta me tiene aún perplejo: Quería seguir amando.

Sesentón, rechoncho, bajito, manos sarmentosas de artrítico que se posan en una cartera de cuero, vieja y medio descosida a punto de reventar por la cantidad de libros que lleva dentro, ojos grises descoloridos y sin brillo tras los gruesos cristales de las gafas, pelo blanco y escaso, suficiente para sembrar de caspa los hombros de la sotana, desgastada y lustrosa por el uso. El padre Garzón no presenta la imagen de un poseído de amor.

Tampoco la presentaba el friolero. Ambos mostraron una generosidad admirable y ese rasgo excepcional de renuncia a la compasión ajena, vivido y motivado de modo diferente. En el canceroso era la muestra de su mal concepto del género humano, como si dijese: «Ya sé que no puedo esperar

nada de usted ni de nadie, ni siquiera que me compadezcan, por tanto renuncio a poner carita de pena. Además no debo desperdiciar energías, las necesito todas para mi mujer.» El sacerdote tenía expresión de tristeza, con un curioso matiz: pena para llevarla dentro de sí mismo, no para mostrarla a los demás, como quien tiene un bonito reloj de bolsillo y sólo es visible cuando lo saca para saber la hora, o cuando tiene que mostrarlo al relojero para su reparación. Esto último ocurría en la consulta.

En cualquier enfermedad se consideran síntomas graves los que indican peligro para la vida, o los que causan invalidez o gran sufrimiento. Todas ellas tienen otros síntomas llamados concomitantes, que acompañan a los principales como personajes oscuros del séquito oficial. Tienen que estar allí, pero da igual, nadie se fija. Sin embargo, el padre Garzón deseaba, antes que nada, la desaparición de uno de estos síntomas, cuya mera enunciación parece trivial: la desgana.

En la depresión los síntomas fundamentales son la tristeza, congoja, desconsuelo, pesimismo, remordimiento, desesperanza. Tan intensos que como hemos comentado, inducen al suicidio, y cuya magnitud de sufrimiento sólo puede comprender quien los ha padecido. Por eso al deprimido le da la sensación de que no le entiende nadie. Otro síntoma grave porque les incapacita profesionalmente es la llamada «inhibición psicomotriz», que consiste en una pereza enfermiza, invencible que tienta a permanecer en cama. Vestirse, lavarse, parece una tarea abrumadora. Escribir una carta rutinaria supone un esfuerzo como trepar a una montaña. Por la mañana al despertar, todo deprimido se dice: «Otro día más, qué carga tan pesada, no voy a poder con ella!»

Algunos muy cumplidores, empujados por la fuerza de voluntad, logran acudir al puesto de trabajo y allí con esfuerzo indescriptible realizar parte de su función.

Entre los síntomas secundarios relacionados con la inhibición psicomotriz están las disminuciones de apetencias: del apetito de comida, del apetito sexual. También de las apetencias psicológicas, de las ilusiones. El coleccionista de sellos mantiene cerrado el álbum. La mujer que no para de hacer labores de punto se siente incapaz de tocar las agujas. Quien se acaba de comprar un coche con el que lleva soñando años, con asombro de su familia no baja ni a verlo. En otros terrenos más sutiles, como es el de la pasión amorosa o el cariño, el enamorado nota desinflar su entusiasmo, la abuela chocha con los nietos prefiere no verlos. Todo ello son manifestaciones de la desgana patológica.

El padre Garzón estaba sufriendo una depresión endógena grave, con todo su martirio sordo y feroz de angustia y tristeza desgarradoras, inhibición paralizante que lograba vencer en parte. Refirió todos estos síntomas sin quejarse de ellos. Su esquema mental era en síntesis así: «He llevado una vida sin pena ni gloria dentro de mi orden religiosa. La Gloria la espero para después, y sé que hay que pagarla con la pena. He recibido con agradecimiento que al fin me envíen mi cruz, deseaba tener una con la que cargar. Bendigo a Dios todos los días por haberse acordado de mí, al final, cuando ya me queda muy poco de vida, y parecía haber perdido toda oportunidad de hacer algunos méritos. Pero he notado que ahora en el confesionario, en la dirección espiritual no siento como antes, como toda mi vida, esa ilusión por ayudar, ese cariño espontáneo lleno de impaciencia, de necesidad por el alivio de los que acuden a mí. Logro dar los consejos porque el cerebro me funciona, pero no los siento con el corazón, y eso da una nota falsa, artificial, y no puedo consolar a mis fieles como antes. Nunca me había pasado, tiene que ser la enfermedad. Esto es lo que le pido que me cure. Lo demás ya se irá con el tiempo, y si no ¡bendito sea Dios!»

Hice un esfuerzo de memoria, intentando revivir algún recuerdo olvidado del padre Garzón en el colegio. Inútil. Cuatro años tropecé de vez en vez con él por los pasillos. Su figura tan insignificante que ni siquiera resultaba ridícula, al contrario que la mayoría de los curas con los que no teníamos contacto directo pero habitaban en el colegio, no mereció ni la dudosa distinción de que le pusiéramos un mote.

Han pasado muchos años desde esta entrevista. El alejamiento hace que quede fundida en el horizonte de la memoria con los episodios del colegio. Sigo contemplando con admiración y agradecimiento a muchos de mis profesores, maestros de talento singular, pero según la experiencia

de la vida modifica la escala de valores, se agiganta la figurilla de este anciano insignificante y casposo, con sed de amor, por que la enfermedad había agostado el manantial de cariño y entrega a sus semejantes que siempre brotó espontáneo de su corazón, sin que nadie se percatase de ello.

* * *

Don Plácido Álvarez buscaba compasión. Encontrarla era el principal motivo de su ingreso en el hospital, y casi lo único que podíamos proporcionarle, porque no padecía una enfermedad. Estaba destrozado por la pena, sin la grandiosa renuncia a sí mismo del traductor y el jesuita.

Las primeras consultas no fueron para 61, sino para su esposa, doña Brígida, una anciana pizpireta, con arrumacos y perifollos, conocida en el hospital como «La glamorosa sexapilera». El mote se lo había puesto uno de los estudiantes en prácticas. Un asturiano que se las daba de ingenioso y cosmopolita por lo que propendía a soltar frases con palabras exóticas, que él consideraba signo de distinción. En realidad era ingenioso. Asturiano sólo a medias. Nació allí por casualidad, durante un veraneo de sus padres. En sucesivas estancias en el Principado se contagió de la diabólica habilidad que los habitantes de mi patria chica tienen para motejar.

Los asturianos la emplean con crueldad despiadada. Insultan mejor que nadie. Es un deporte local. Se rumorea que para la temporada de ópera de Oviedo, que tanto les fascina, invitaban todos los años a un tenor muy malo para darse el gustazo de vocear insultos ingeniosos hasta quedar afónicos. El resto de la ópera aplauden a rabiar, con lo que quedan satisfechos todos los anhelos musicales y de temperamento. Eran los años en que Marilyn encandilaba a la humanidad entera. Una chica ovetense disfrutaba de gran parecido, incluso la superaba en el desarrollo de los más gratos atributos de la feminidad. La llamaban «La Pechonín Monroe». Lo atroz de los motejadores ovetenses es que no ridiculizan, como es costumbre, los defectos sino también las cualidades. Un prócer local, sencillo, sin ambiciones, afectuoso con todo el mundo, recibió como recompensa de saludar afablemente hasta a los limpiabotas el ser conocido como «Educación y Descanso», y un pariente suyo aún más saludador: «Educación sin Descanso.» Una chica muy cordial y sociable, que era la primera en hacer amistad con los estudiantes que acudían a Oviedo a examinarse, y solía darles algún festejillo para presentarles a sus amigas era: «Oviedo saluda a los forasteros.» Una familia con varias hijas casaderas, las presentaba en todas las fiestas, organizaciones benéficas y cualquier tipo de oportunidad de mostrarlas emperifolladas. Disfrutaban de uno de los motes más largos: «Ferias, fiestas, romerías y mercados.» Dos hermanas descomunales de Gijón: «Las Gijonudas.»

Por supuesto cualquier defecto, el más insignificante, sirve como único punto de referencia. Si es pelirrojo, que por motivos locales no es un color apreciado: «El Roxu.» Cuando se trata de alguien pequeño de estatura y cabeza grande, sólo tiene dos posibilidades de designación: «El Hombrín» o «El Cabezu».

Embalados en esta competición de ingenio a costa de los demás, los campeones de la agresión verbal no se detienen ante la crueldad de los sarcasmos. Alguno de estos graciosos de oficio cae en la bellaquería con tal de hacer reír a sus contertulios, saltando en el fácil trampolín de la desgracia ajena. Arturo, víctima de la polio en su infancia es «El Coxu». Al lado de las sillas que en la acera tiene un café en que hacen tertulia hay una agencia de viajes en la que va a entrar Arturo. Del grupo sale una voz: «Arturín, ¿vas pa Lurdes?»

Viniendo de esta escuela, el estudiante estuvo relativamente discreto con la «Glamorosa-sexapilera». Quizá la moderación se deba a que por ser doña Brígida pariente suya, don Plácido la ha traído a la consulta del hospital.

Tratándose de un centro de beneficencia, en época de escasez en que los médicos no teníamos coche, y llegábamos en la furgoneta, a todos sorprendió ver a la pareja de ancianos en un cochazo americano impresionante, de los que llamaban «haiga»; suponiendo que el propietario era un nuevo rico del estraperlo, que en la tienda había pedido «el mejor que haiga».

Además de los explotadores de la escasez, poseían «haiga» los indianos. No se había iniciado la

emigración al Mercado Común y la de América traía en su reflujo la figura singular del «indiano». Junto a los emigrantes enriquecidos, el típico indiano, empezaban a aparecer esporádicamente otros emigrantes, que con escasos ahorrillos los invertían todos en uno de estos coches deslumbrantes, que sólo ellos podían importar. Con las ganancias de la reventa a un estraperlista regresaban a América tras una visita a la patria convertida en buen negocio o permanecían aquí definitivamente.

A este grupo de jubilados modestos, con disfraz transitorio de rico, pertenecían don Plácido, doña Brígida y su haiga, formando un trío inseparable. Doña Brígida, un par de años mayor que su marido empezaba a declinar intelectualmente, en las primeras fases de una involución senil arteriosclerosa. La duración de la vida ofrece un ingrato dilema. A nadie gusta la idea de morir pronto, pero si la vida se prolonga hasta una edad avanzada, tarde o temprano entre otros achaques y miserias se pierde el pelo, los dientes y la memoria.

Los achaques físicos se soportan, y el cuerpo se acostumbra y adapta a las nuevas limitaciones. Acaba uno tan contento tomando el sol sentado en un banco. Los achaques de la mente convierten a la persona en una caricatura de sí misma, con la exageración de todos los defectos del carácter. El enérgico se convierte en violento, en avaro el ahorrador, el desenfadado en grosero, y el presumido en portador de una vanidad pueril, ostentosa y ridícula. Junto a la pérdida de memoria, este rasgo de presunción zangolotina era lo más llamativo en el desmantelamiento de la personalidad de doña Brígida. Maquillada en exceso y torpemente por su miopía, con trajes de corte y colorido juvenil, pestañas postizas, contoneos de la anatomía que debió ser apetitosa años atrás, pero que ahora anquilosada con una obesidad y derrumbamiento, que todo su despliegue de recursos de corsetería hacían más llamativos en vez de disimular, doña Brígida era todo un «quiero y no puedo» de la apariencia y el atractivo, que dio lugar al remoquete de «La glamorosa sexapílera».

Doña Brígida probablemente fue una mujer honestamente coqueta y zalamera. La pérdida del control de matices en estos y otros rasgos la hacían aparecer ridículamente provocativa. A la vez inoportuna y gazmoña, con una nota permanente de teatralidad hueca, de estar haciendo un papel que además de no corresponderle representaba con una pésima actuación.

La disminución de la memoria en las edades avanzadas siempre se manifiesta de una forma que parece absurda: Olvidan lo ocurrido media hora antes, lo que han comido, las personas con quienes han hablado durante el día o la víspera, mientras recuerdan perfectamente hechos, conversaciones, personas, nombres que tuvieron significado cincuenta años antes y que no habían vuelto a recordar. Este fenómeno les induce paulatinamente a colocarse en otra época, la que recuerdan bien, tendiendo a portarse como hacían entonces, pero de modo distorsionado y con sonido a falso al estar fuera de situación.

La imagen lastimosa de doña Brígida la percibían todos, menos don Plácido quien la contemplaba y escuchaba embelesado. Con la agudeza visual y la de la mente embotadas por su propia incipiente senilidad, don Plácido miraba a su mujer con los ojos del recuerdo, la ilusión y la gratitud. Sólo se percataba de la pérdida de memoria, motivo de la consulta. Todo lo demás «del color del cristal con que se mira», en su caso color de enamorado. Teñida por el afecto, la ridícula imagen de doña Brígida aparecía tal como ella se veía a sí misma: atractiva, juvenil, inquietante y al mismo tiempo fiel y recatada.

El sentimiento que dominaba en don Plácido era el de ternura y se hacía evidente al solicitar: «Por favor, doctorcito, póngamela bien, que es muy linda, toda corazón y el temperamento de seda.» Los modismos y ceceo americanizados del emigrante, acentuándose en esta petición al fin de cada consulta, acompañaban a la mirada protectora con que envolvía cálidamente a su mujer al ofrecerle el brazo para marchar.

Los sentimientos son contagiosos, y acabamos tomando cariño a doña Brígida. Sin que nadie lo propusiese dejó de usarse el apodo burlón y, poco a poco, a través de la idolatría de don Plácido, empezamos a encontrar en ella aroma de feminidad, encanto y un empaque exótico y entrañable, en sus gafas con la montura ribeteada de brillantitos, la chaqueta de lana rosa con lunares bordados en

hilo plateado, aquel bolso inaudito en forma de corazón que portaba en bandolera, y los zapatos con tacones de plástico transparente.

La condición de recién estrenado de todo el atuendo de doña Brígida es muestra de que, al igual que el haiga, va destinado a impresionar a sus paisanos de El Pito, un pueblo vecino a Cudillero, del que ambos partieron en su juventud para la aventura de ultramar.

La ligera mejoría en el psiquismo arterioscleroso de doña Brígida, se magnificó en la expectación anhelante e ilusa de don Plácido, quien al despedirse para el veraneo con grandes muestras de agradecimiento, dejó como recuerdo una calabacita con bordes de plata para tomar el mate, que supongo seguirá rodando por alguna estantería o cajón del que fue mi despacho en el hospital. «La cañita para sorber el mate es también de plata labrada, y muy lííínda, pero no la ubicamos, si aparece vendremos a traerla.»

Apareció y la trajeron. Venían radiantes tras el feliz veraneo en Cudillero sin apearse del haiga, mezclando giros asturianos resucitados con americanismos. No sobrevivía ningún pariente próximo, pero los lejanos y simples conocidos, con admiración envidiosa y la esperanza de algún provecho en la amistad de estos ancianos con disfraz de millonarios, les bailaron el agua disputándose su amistad y ser cada uno de ellos quien les presentaba en la cerrada sociedad local. «Fíjese, dortorsito, un cuñau de un sobrín llevónos a merendar al Pitu al jardín de los Selgas, ¡coime, ye macanudo!»

Además de este máximo espaldarazo social, el mejor recuerdo era el desfile de «El día de América» en Oviedo. No sé a quién pudo ocurrírsele, pero la idea era genial. En septiembre, durante las fiestas de San Mateo comenzaron en esos años a pulular por las estrechas calles de Oviedo los indianos a exhibir sus haigas. El español estaba hambriento de automóvil y en torno a cada uno de aquellos paquebotes rodantes formaban un corro de admiradores. Se decidió agruparlos a todos en un desfile, el del «Día de América en Asturias».

Esta ocurrencia un tanto disparatada tuvo inmensa acogida popular, aumentando año tras año mientras se mantuvo la escasez de automóviles. La provincia entera se volcaba en Oviedo. Cada pueblo competía con los demás en el número de hijos afortunados, triunfadores de allende el océano. La cantidad y calidad de los coches era la unidad de medida del talento y prosperidad de los emigrantes de cada pueblo. Sus convecinos decidieron arroparlos en el desfile. Eran también los años de máximo esplendor de «Coros y Danzas». Cada poblado enviaba su grupo folklórico, ataviado y danzando al modo local, precedidos de carteles y pancartas, y la banda de música, o por lo menos el flautista-tamborilero y el «gaiteru». Los conductores se empeñaban en llevar el compás con el claxon, que interfiriendo con el ritmo de los grupos que marchaban delante o detrás formaban una algarabía infernal en la que cada bailarín danzaba a su aire. No importa demasiado porque la atención general se centra en los coches, con las guapas del pueblo de tiros largos. Colocadas en el techo o capó con la falda extendida en abanico, arrojaban serpentinas y confetis, como en el desfile de carrozas de un carnaval. Los ovetenses, burlones de nacimiento, creyeron encontrar una ocasión para el pitorreo, pero al segundo año estaban tan entusiasmados y orgullosos como los que desfilaban por la calle Uria. Todos los balcones y ventanas de esta avenida abarrotadas de espectadores que entre guasa y admiración dejaban caer una lluvia de serpentinas y papelillos, en remedo de lo que en los noticiarios habían visto ocurrir en las grandes conmemoraciones de Nueva York.

Don Plácido, con el Packard descapotable abarrotado de bellezas engalanadas fue la estrella de Cudillero. Doña Brígida invitada en un balcón. Al pasar bajo su esposa, don Plácido, los ojos chispeantes tras las gafas bifocales de montura de metal dorado, detuvo el coche y aporreó el claxon olvidando llevar el ritmo, mientras con la otra mano saludaba a doña Brígida, hasta que le advirtieron que paraba el desfile.

Para el matrimonio este alarde glorioso fue la traca final con que termina la fiesta. El regreso a Madrid tenía como propósito realizar la venta del «carro». La visita al hospital a revisión de doña Brígida y traer la cañita de plata para sorber el mate, tenía un dejo de tristeza. Al subir al coche dijo el

marido: «Será la última vez que venimos en él, párese que hay comprador.»

La prueba de fuego para los coches se realizaba en el «Alto de los Leones». En una de las cuestas, la llamada «recta de Madrid», los cacharros vetustos mil veces reparados, solían pararse humeando. Había que cambiar el agua del radiador, y muchos sólo podían realizar la subida marcha atrás. El aspirante a poseer un haiga solía ser dueño de uno de estos trastos, y había pasado repetidamente por las humillaciones del agua al radiador y la marcha atrás. Con pasmada incredibilidad, al ver subir el haiga sin esfuerzo, tomaba la decisión de compra. El ritual se cumplió exactamente en la prueba del coche de don Plácido. El accidente ocurrió con el descenso, en el regreso a Madrid. Con la escasez del tráfico rodado cada accidente era noticia. La publicaron todos los periódicos: Un muerto y tres heridos graves en la caída de un coche a un barranco en Guadarrama.

La víctima del accidente mortal fue doña Brígida. Don Plácido ingresó en nuestro hospital dos meses después, en una silla de ruedas, con las piernas paralizadas por la lesión de columna. Pidió su admisión el estudiante asturiano que los trajo por primera vez, temiendo el suicidio de don Plácido.

Intenté disuadir al estudiante:

—Resulta impropio alojarle en un hospital de beneficencia.

—No puede elegir, perdió todo en el accidente. El coche representaba casi la totalidad de sus ahorros. El resto lo ha gastado en estos dos meses de tratamientos. No tiene nada ni a nadie. Soy el único que se interesa por él.

Don Plácido se había convertido en una ruina humana. Inválido, empequeñecido y plañidero. El aire de anciano sólido y garboso, optimista y protector, era sólo un recuerdo. El presente, sin esperanza, un perpetuo lamento en búsqueda de calor humano a través de la compasión. Compasión a la que el traductor y el jesuita renunciaron, y que a don Plácido le era tan necesaria como un salvavidas para no ahogarse.

En la desolación absoluta, este hombre triturado por la adversidad tuvo su gesto de grandeza. Entre los lamentos por la felicidad perdida, flotaba constantemente, dominando todo, la añoranza de doña Brígida, el dolor de su ausencia.

Intenté ofrecer un alivio parcial con la novedad clínica del momento, los tranquilizantes:

—Don Plácido, desgraciadamente no le podemos devolver a su esposa. Con el cariño que les unía es lógico que sufra, pero este padecimiento se lo podemos aliviar. La pena será la misma, pero con unas medicinas se atenuará, la notará menos.

Don Plácido agarró convulsamente los brazos del sillón. Con expresión de angustia e irritación gritó:

— ¡Noo!, ¡no quiero!

— ¿Por qué don Plácido? No supone ninguna deslealtad a su memoria. Usted la seguirá recordando y echando de menos igual, pero es como a quien le han dado una paliza, mientras curan las heridas, con calmantes se le puede quitar el dolor, ¿por qué no?

Enronqueció a punto de quebrarse la voz de don Plácido:

—No doctorsito, no. ¡LA PENA NO ME LA QUITE!

¡ES LO UNICO QUE ME QUEDA DE ELLA!